Corazón Sombrío

Cathy Williams

Argumento:

Román Ferrers creía que para triunfar en el mundo de los negocios había que ser despiadado, que no había sitio para los débiles...

Pero Sammy no era un negocio y, aunque Román estuviera acostumbrado a obtener siempre lo que quería, ella no estaba dispuesta a convertirse en su última adquisición.

Lo único que podía hacer era reconocer que se había extralimitado cuando escribió aquel artículo sobre él, pero, desde luego, no iba a ponerse a merced de un hombre que podía robarle el corazón sin ofrecer nada a cambio...

Capítulo 1

—¡Estás metida en un lío! He pensado que debía prevenirte.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Sammy a su amiga—. ¿De qué estás hablando, Florrie? Acabo de llegar; así que no es posible que me haya metido en problemas. Para empezar… —consultó su reloj—. He llegado a tiempo, de hecho, he llegado media hora antes, así que explícate.

—Es por el artículo que escribiste —susurró Florrie, a pesar de que se encontraban solas en el guardarropa.

Sammy se quitó el abrigo y trató de encontrar una percha vacía, terminó colocándolo encima de una chaqueta.

Más por hábito que por vanidad, se miró en el espejo para asegurarse de que no llevaba nada que llamara la atención.

Cada vez que recordaba que dos meses antes había llegado a las oficinas del periódico con una mancha de grasa de bicicleta en una ceja y otra en la mejilla se avergonzaba.

Entonces, se había visto obligada a pasarse el día defendiéndose de los comentarios que le hacían sobre las pinturas de guerra.

A partir de entonces, se había asegurado de que le arreglaran la bicicleta y había aprendido a mirarse en el espejo antes de subir a su despacho.

—¿No te interesa saber de qué se trata? —preguntó Florrie, alzando la voz. Sammy sonrió.

—¡Dejarás de sonreír cuando oigas lo que te voy a decir! —exclamó Florrie.

Dímelo mientras vamos a mi mesa.

Levantó su enorme y desordenado bolso y se dirigió a la puerta, Florrie la siguió. Sammy iba pensando en lo que había planeado hacer ese día. Terminaría de escribir el artículo sobre el crimen de Padley que debía entregar al cabo de dos días y haría una entrevista por la tarde para la historia enternecedora de la semana que publicaba el periódico. Siempre terminaba haciéndola a pesar de que prefería hacer reportajes más emocionantes.

Agradecía haber conseguido aquel trabajo de periodista en el periódico de la localidad, pero tenía que admitir que todavía no había podido desarrollar todo su talento como periodista aunque su

jefe, por fin, comenzaba a encargarle asuntos más interesantes.

Antes de que empujara la puerta que separaba el pasillo de la parte principal de la oficina, Sammy sintió que Florrie le agarraba la muñeca.

—Estoy hablando en serio, Sams —dijo Florrie, mirándola preocupada.

Se mordió el labio y Sammy tuvo la impresión de que su amiga se iba a echar a llorar, pero esperaba estar equivocada. Le tenía aprecio, pero no se sentía con fuerzas para lidiar con un estallido sentimental.

Miró a su amiga, preocupada.

—Bueno, dímelo ya —no se movió y continuó agarrando el picaporte de la puerta—. ¿Qué te pasa? No creo que haya cometido ningún error tan terrible.

—¿Recuerdas el artículo que te mecanografié hace como quince días?

Sammy frunció el ceño y movió la cabeza. Como no tenían ordenadores individuales, Florrie era la encargada de mecanografiar la mayor parte de los artículos. Había mecanografiado más de un artículo para Sammy durante aquellas dos semanas.

—¿Cuál de ellos? —preguntó con paciencia.

—Recuerda que me lo diste poco antes de salir de la oficina. Llevabas un vestido rojo, el que tienes…

—Olvida el vestido —la interrumpió Sammy—. ¿Qué artículo?

—El artículo central sobre Román Ferrers, el magnate multimillonario y dueño de Thurston Manor.

—Ah, ese —un deje de dureza se filtró en su voz. Ese artículo. Ese hombre. Sammy lo recordaba muy bien. Su jefe casi lo había rechazado por considerarlo un tanto mordaz, pero ella había logrado convencerlo de que lo publicara, después de que el consejero legal de la oficina les hubiera dado el visto bueno.

Sammy había disfrutado mucho escribiéndolo. Román Ferrers era nuevo en la región y hacía poco había comprado Thurston Manor, una inmensa propiedad situada a unos treinta kilómetros del pueblo.

Sammy se había esmerado al escribir aquel artículo, aunque al final se había visto obligada a admitir que era excesivamente sarcástico. Pero Román Ferrers era justo el tipo de rico que le

disgustaba. Compraba mansiones en la campiña para luego visitarlas sólo una vez al año, sin darse cuenta de que eran parte de la historia del lugar.

Además, corrían rumores de que planeaba hacer algo en la mansión. No se sabía nada en concreto, pero se hablaba de que quería convertirla en hotel. ¡Un hotel! Habría piscinas en el lugar que en ese momento ocupaban los árboles; montarían un campo de golf y quizá alguna odiosa discoteca con actuaciones durante los fines de semana.

—¿Qué problema hay con ese reportaje? —le preguntó a Florrie, tratando de serenarse.

—Bueno… —murmuró Florrie sin poder disimular la alegría y la emoción en su voz—. ¡El está aquí!

Enmudecida, Sammy se la quedó mirando.

—¿A qué ha venido? —preguntó con el ceño fruncido.

—¿Cómo voy a saberlo? No olvides que sólo soy la secretaria —Florrie sonrió sin poder reprimirse—. Es guapísimo —añadió con voz soñadora—. Justo el tipo de hombre que me gusta, aunque un hombre como ése jamás se fijaría en alguien como yo.

—Tienes razón —respondió Sammy—. No lo haría porque eres superior a él.

Empujó la puerta para abrirla y se encontró con las miradas de sus colegas. Tuvo ganas de gritarles que Román Ferrers era sólo un ser humano. ¿Por qué se comportaban como si se hubiera declarado la Tercera Guerra Mundial?

Se dirigió lentamente a su escritorio y se sentó tratando de ignorar a Robert, un joven de diecinueve años, que compartía con ella la terminal del ordenador y que se acercaba decidido sentado en una silla de oficina de ruedas.

—Lo sé —Sammy levantó la mano para evitar que chocara contra ella—. Román Ferrers ha decidido visitar el periódico del pueblo. Florrie me lo ha contado con todo lujo de detalles de modo que… —añadió con énfasis—… más te vale volver a tu escritorio. Y asegúrate de que Hugo no te vea porque va a empezar a regañarte por los destrozos que estás haciéndole a la alfombra.

Hugo era el jefe, tenía más de cuarenta años, era un hombre inteligente, pero le faltaba el dinamismo para progresar. A Sammy le gustaba porque era bondadoso y comprensivo.

—Hugo no puede venir ahora —anunció Robert en el mismo tono escandalizado que Florrie—. Román Ferrers está con él. Y por su aspecto, es posible que haya encadenado al pobre de Hugo al escritorio y esté a punto de darle una buena paliza.

—No creo —Sammy arqueó una ceja—. De todos modos, ¿te importa? Ya sabes lo que se suele decir: el tiempo es dinero, o no lo es, según el caso. De cualquier modo, tenemos trabajo. Quiero terminar mi artículo acerca del crimen y tengo una entrevista esta tarde a las dos.

Se volvió hacia el montón de papeles que tenía encima del escritorio y comenzó a mirarlos.

—¿Qué haces? —preguntó Robert.

—Trabajo, para eso me pagan.

—¿No te lo ha dicho Florrie? Hugo quiere verte en su oficina y nos ha pedido que entraras tan pronto llegaras.

—¡Maldición! —Sammy abrió de par en par sus enormes ojos castaños y Robert la miró comprensivo.

La joven miró de soslayo la puerta cerrada de la oficina de Hugo y sintió el primer estremecimiento de nerviosismo. No estaba de humor para una discusión y Román Ferrers no se caracterizaba por ser una persona excesivamente dialogante.

Pero ella podría controlar la situación. Se mostraría serena, reservada y educada sin fijarse mucho en lo que él dijera.

A regañadientes, se puso de pie y les hizo una mueca a sus colegas, que la observaban preocupados.

A través de los cristales, Sammy vislumbraba dos figuras y decidió que como las dos estaban sentadas el asunto no se le podría escapar de las manos.

Llamó a la puerta muy segura de sí.

—Pase —casi no reconoció la voz estrangulada de Hugo, no era el tono paternal al que estaba acostumbrada.

Alzó la barbilla en un gesto de rebeldía y se dijo que Ferrers iba a tener que vérselas con ella; todo el mundo sabía que Sammy era una joven decidida y voluntariosa.

Hugo levantó la vista cuando la joven entró y Sammy notó que parecía alegrarse de verla.

Román le estaba dando la espalda; no se puso de pie para saludarla y tampoco volvió la cabeza para mirarla. Sammy se dijo

que era mejor que no se levantara, sólo el cielo sabía lo que medía aquel hombre.

Sammy medía poco menos de un metro cincuenta y cuatro centímetros y pensó que sería más fácil lidiar con Román estando él sentado.

—¿Desea hablar conmigo, señor Dixon? —preguntó animada, ignorando la presencia de Román y acercándose al escritorio.

—Sí. Este… parece que tenemos quejas por el artículo que escribiste hace…

—Una mujer, debería habérmelo imaginado —Román se volvió un poco para mirarla y Sammy vio por fin el rostro de Román Ferrers.

Era el hombre más impresionante que había visto en su vida. Sus facciones eran fuertes y, curiosamente, agradables a la vista. Tenía el pelo oscuro, casi negro. Su mirada era dura como el granito y sus ojos de un color verde extrañamente oscuro.

Todo en él inspiraba seguridad y control, desde las firmes líneas de la boca hasta los largos dedos que descansaban en los brazos del sillón de cuero.

—¡Se ha dado cuenta, qué observador! —comentó tensa después de haber abierto, cerrado y vuelto a abrir la boca.

—Siéntate, Sammy —Hugo señaló la otra silla. Sammy obedeció y descubrió que tenía que levantar la vista para mirar a Román Ferrers. Cruzó las piernas y esperó a que él dijera algo. Él la observaba con detenimiento e interés.

Era imposible que la considerara una mujer interesante. Sammy había visto bastantes fotos en los periódicos y sabía que le gustaban las mujeres altas, delgadas y rubias. Ese tipo de mujer complementaría su altura muscular y su aspecto.

—Pensaba que el artículo había sido escrito por un hombre —declaró en voz grave.

—Por supuesto —repuso Hugo—. Desde que Samantha trabaja con nosotros la llamamos Sammy. Así firma sus artículos: Sammy Borde.

—No veo qué diferencia puede haber en el hecho de que el artículo haya sido escrito por un hombre o por una mujer.

—¿Mujer, no habrá querido decir, una jovencita?

Sammy rechinó los dientes. Aquel hombre era un machista.

¿Quién diablos se creía que era? Era cierto que ella no tenía un aspecto exuberante, pero eso no le daba a él derecho a hacer comentarios tan burdos como ése.

Hugo se secó la frente con un pañuelo; parecía haber estado sitiado diez días.

—No pierdas los estribos, Sammy —dijo mirando nervioso a Román—. Sammy tiene fama de ser muy fogosa —explicó.

—No estoy… perdiendo… los… estribos —contestó Sammy con frialdad.

—¿No? —se burló Román.

Sammy reprimió la réplica que comenzaba a salir de sus labios y trató de controlarse.

—¿Qué no le gustó, señor Ferrers? —preguntó de la forma más educada que pudo.

—El señor Ferrers piensa que es un artículo escrito con muchos prejuicios. Cree que contiene demasiadas insinuaciones como para que sean coincidencias. Por ejemplo, escribiste: «Román Ferrers tiene fama de trabajar muy duro, pero no hay duda de que también se distrae. ¿De qué otra manera puede explicarse la serie siempre cambiante de mujeres apoyadas en su brazo que lo miran embelesadas?» —Hugo tenía una copia del artículo delante y leyó esa cita molesto.

Román no parpadeó y esperó con calma a que Hugo terminara de hablar, para decir en un tono que no admitía discusión.

—Señor Dixon. ¿Sería tan amable de dejarnos solos unos minutos?

Preocupado, Hugo miró a Sammy y ella trató de sonreír para tranquilizarlo.

—No hay nada por lo que pueda acusarnos de difamación, señor Ferrers —repuso Hugo, poniéndose de pie. Antes de imprimir el artículo consultamos a nuestro abogado. En asuntos de este tipo somos muy cuidadosos permaneció de pie un rato, sin saber si irse o esperar la reacción de su adversario.

Sammy observó atentamente a Román, éste permaneció impasible. De hecho, se relajó en el sillón y estiró las piernas hacia delante.

—Ah, no busco venganza, señor Dixon —murmuró.

—¿No? — Hugo se tranquilizó. No Román sonrió, pero había

una fiera dureza en sus ojos—. De haber querido vengarme, había comprado este periódico sin la menor dificultad —extendió los brazos en un gesto con el que parecía estar abarcándolo todo.

—Sólo quiero una disculpa, señor Dixon —miró a Sammy.

—Por supuesto —Hugo suspiró agradecido.

—¡De ninguna manera pienso disculparme! —exclamo la joven.

—No veo el problema, Sammy. No olvidas que trabajas para mí y harás lo que yo diga.

—Sé que trabajo para usted, señor Dixon, pero eso no significa que deba comprometer mi integridad sólo porque… —miró a Román y estuvo a punto de describirlo como un frívolo rico… —sólo porque un extraño testarudo decida imponernos sus normas. ¡El no es el dueño del periódico y tampoco es mi dueño! Sabe que no tiene ningún motivo para demandarnos.

Inmediatamente, Sammy se arrepintió de su exabrupto. Y no fue porque no tuviera razón sino porque tenía cariño a su jefe. No quería contradecirlo y mucho menos discutir con él, pero se negaba a doblegarse ante ese hombre.

Román los observaba muy interesado y con gesto divertido.

—Por favor, déjenos solos, señor Dixon —repitió calmado.

—Piensa en lo que te he dicho, Sammy —Hugo se limpió los cristales de las gafas y después de una pausa, salió de la habitación.

—¿Un extraño testarudo? —Román se cruzó de brazos y la miró con un aire de superioridad enfurecedor.

Sammy estaba decidida a no dejarse llevar por su genio. Era evidente que Román era inmutable y, si ella perdía la cabeza, daría la impresión de ser infantil y mezquina. Lo trataría con el mismo desdén.

Con calma sacudió una motita de polvo invisible de su falda, le ofreció una sonrisa que esperaba no fuera lo bastante desdeñosa y no contestó.

—¿Y bien, jovencita?

Sammy sintió que le hervía la sangre.

—Tengo veinticuatro años, señor Ferrers. Hace tiempo que dejé de ser una jovencita y de hecho, hace años que no me acerco a una muñeca. Me atrevo a decir que comparada con las reinas de belleza con las que suele aparecer en las revistas quizá parezca muy joven, pero no me gusta su actitud condescendiente.

A Román el resultó imposible disimular una sonrisa y eso enfureció todavía más a Sammy. ¿Cómo se atrevía a llegar allí para exigir una disculpa por un artículo que, a juzgar por lo que ella sabía de él, contenía sólo una insinuación de la verdad.

—¿Reinas de belleza? Debo decir que maneja usted las palabras de manera extraña. Casi es una lástima que las malgaste en un periódico tan pequeño. ¿Por qué eligió precisamente éste para venir a trabajar?

Sammy lo observó con recelo. La conversación tomaba un giro inesperado y no le gustaba. Estaba dispuesta a discutir, pero no permitiría que la engatusaran para que se sintiera segura con su fingido interés. Ah, no. no era tan ingenua.

—No veo adónde conduce esto, señor Ferrers…

—Llámame Román.

—Señor Ferrers. En primer lugar, no sé por qué ha invadido esta oficina. No podía imaginarme que un insignificante artículo, aparecido en un periódico local casi desconocido pudiera causar tal reacción en usted. Es decir, ¿no tiene cosas más interesantes que hacer?

—¿Por eso lo escribió? —preguntó Román a su vez mirándola con los ojos medio cerrados—. Porque pensó que entretendría a los habitantes del pueblo asegurándoles que nosotros, los extraños, somos como esperan que seamos y que yo no me enteraría porque los magnates nunca se molestan en leer un periodiquillo como éste.

Incómoda. Sammy desvió la mirada. Normalmente vencía a quienes se la quedaban mirando, pero aquel hombre la inquietaba. Decidió que se debía a que le desagradaba, igual que todo lo que él representaba. ¿Qué otra cosa podía ser? No comprendo.

—¿De verdad?

Sammy se movió inquieta en la silla.

—Me parece que en ese artículo había algo implícito que era más que una crítica personal. Por eso he venido. No he invadido nada como usted ha dicho.

—No.

—¿Qué tipo de investigación hizo sobre mí cuando aceptó ese encargo?

Sammy se sonrojó. Si Román hubiera reaccionado de otra forma, habría podido lidiar con la situación y hubiera logrado convencerse

de que cada una de las palabras que había escrito era verdad.

—Leí otros artículos —aceptó débilmente.

—Artículos de otros periódicos.

—Se suponía que mi artículo no debía de ser exhaustivo —se defendió—. Sólo debía resultar interesante para los lectores locales.

—Y, sin duda, ahora todos creen que soy un ogro aficionado a las faldas. Un patán que se arrastra por el suelo y cuyas obsesiones son las mujeres y ganar dinero.

La descripción estaba tan cerca de la imagen que Sammy tenía de él que ésta río nerviosa y decidió que él debía tener una extraña facultad para leerle el pensamiento. Era muy desconcertante.

—La gente no siempre cree lo que lee —comentó incapaz de negar lo que Román decía.

—¿Se supone que trata de convencerme de que lo que escribió está justificado porque se basó en la prensa amarilla? —Torció la boca—. ¿De verdad cree que puede justificar su intento de ensuciar mi nombre sin haberme dado antes la oportunidad de defenderme? La insinuación, señorita Borde, es el método de ataque de un cobarde.

—Está bien. Si busca una disculpa, lo siento —para ella el asunto había concluido y decidió ponerse de pie y salir. Cuanto antes se alejara de la presencia claustrofóbica de Román Ferrers, antes podría ordenar sus pensamientos.

—¿Adonde cree que va?

Al oír la pregunta se paró en seco, medio de pie y medio sentada y aferrada a los brazos de metal de la silla.

Sammy se puso de pie y lo miró de frente; volvió a pensar que las fotos de los periódicos no le hacían justicia.

Definitivamente, no habían captado las inflexibles líneas de su barbilla ni el efecto embriagador de su mirada.

—¿Qué ha dicho? —le preguntó con amabilidad.

—He dicho que adonde cree que va.

—Desde luego, no a servirle una taza de café —replico y comprendió que sus esfuerzos por mantenerse calmada comenzaban a desmoronarse.

Román la observaba con esa ligera curiosidad que la hacía sentirse como una adolescente delante del director de la escuela. La sensación no le gustó nada, como tampoco le había gustado que

Román no la reconociera como mujer. Pero no le importaba lo que él pensara de ella y redobló sus esfuerzos para no dejarse afectar por las críticas sobre su aspecto físico.

Había tardado años en aceptar su aspecto. Desde que recordaba, la gente la había comparado siempre con sus dos hermanas y había recalcado insensiblemente las diferencias entre las tres.

Sus dos hermanas de niñas eran unas muñequitas rubias de ojos azules y al crecer se habían convertido en mujeres de voluptuosas curvas.

Sammy, sin embargo, tenía el pelo y los ojos claros, no era tan guapa como sus hermanas y su madre siempre la presentaban como la más inteligente de la familia. Sammy no había tardado mucho en comprender que en su caso inteligente era sinónimo de común y corriente.

Por eso se había cultivado intelectualmente, estudiando con fervor en la universidad y rebelándose contra la afectación de sus hermanas.

Emily, la hermana mayor, estaba casada, vivía en Yorkshire y tenía dos hijos tan guapos como ella. Sammy los adoraba.

Catherine seguía en casa de sus padres, rompiendo corazones como siempre. Era una fuente constante de problemas tanto para sus padres como para Sammy.

—¿Hola? —Román interrumpió el curso de sus pensamientos y ella lo miró con disgusto. «Jovencita», ¡por Dios! Si hubiera tenido cincuenta años menos habría agarrado el objeto más cercano para tirárselo a la cabeza.

—Ya me he disculpado y eso era lo que usted quería, así que me voy. Tengo mucho trabajo.

—Ha interpretado mal mis palabras —Román también se puso de pie mostrando así toda su altura. Vestía un traje gris pizarra, tan bien hecho que realzaba su ya llamativa musculatura. Al tomar consciencia de ello, Sammy se estremeció y apretó los labios.

—Usted quería que me disculpara y yo me he disculpado. No hay otra forma de interpretar lo que ha pasado.

Román se sentó en el escritorio de Hugo.

—Al decir disculpa, me refería a una disculpa pública. Quiero que la impriman en el periódico. ¿No le parece que es justo?

Sammy lo miró acongojada.

—No puedo hacerlo —murmuró y tuvo que sentarse porque las piernas le flaquearon.

—¿Por qué? Aceptó que lo que escribió estaba basado en lo que yo calificaría generosamente como una investigación defectuosa. Sólo exijo que acepte su equivocación en su periódico.

—¿Por qué en vez de eso no me pide que sea la pregonera del pueblo durante unos días? —soltó en tono sarcástico—. Para asegurarme de que todo el mundo se entere. ¡O quizá deba meter panfletos debajo de todas las puertas!

—Esto tal vez le parezca muy divertido, pero a mí no. señorita Borde —la observó sombrío.

—De cualquier manera, yo no soy la encargada de hacer ese tipo de cosas —respondió Sammy sin mirarlo a los ojos. Deseó poder evaporarse.

—¿Quién puede autorizar entonces que publiquen una disculpa, el señor Dixon?

—Sí. Pero yo no lo firmaré.

—Sí lo harás pequeña arpía. Si yo digo que lo harás esté segura de que lo firmará.

—Espero que no esté amenazándome porque desde ahora le digo que no me asusta.

—Perfecto porque no es eso lo que quiero, simplemente estoy describiendo una realidad.

Sammy observó el rostro sombrío de su interlocutor. Este la miraba con expresión dura e implacable.

—Vaya a buscar a su jefe. —Sammy se puso de pie a regañadientes y abrió la puerta de la oficina. Hugo estaba revisando un trabajo con Robert. Levantó la cabeza y Sammy le indicó que entrara.

—¿Ya ha quedado aclarado el asunto? —preguntó Hugo fingiendo jovialidad, pero frunció el ceño al ver la boca apretada de Sammy.

—Quiero una disculpa pública, señor Dixon. Y que ocupe el mismo espacio que el artículo que apareció sobre mí. No estoy dispuesto a aceptar nada menos.

—Ah —resignado. Hugo suspiró y se encogió de hombros—. Supongo que podemos complacerlo.

—¡Yo no! —Sammy lo miró estupefacta—. No me arrepiento de

lo que escribí.

Decidió ignorar la imponente presencia de Román, que continuaba sentado en el escritorio de Hugo.

—Harás lo que te diga, Sammy —le informó Hugo, después de aclararse la garganta.

Sammy lo observó y suavizó su expresión. Sabía que a Hugo le sería difícil obligarla. Conocía a su familia desde mucho antes de que ella naciera. Y siempre había sido su favorita.

—En ese caso, renuncio —anunció lo más tranquila que pudo.

—¿No te parece un poco exagerado?

Los dos miraron a Román que había guardado silencio hasta ese momento.

—Lo mismo pienso yo —aceptó Hugo—. Vamos, Sammy, sabes que eres la periodista más creativa que tengo. No quiero perderte.

Eso fue una novedad para Sammy, Hugo nunca se lo había dicho. ¿Sería tan terrible entonces, que cediera? Se dijo que sí porque establecería un mal precedente y ninguno de sus lectores tendría fe en lo que ella escribiera en el futuro.

Aceptaría dar una disculpa pequeña en las últimas páginas del periódico, pero de ninguna manera, una que ocupara dos hojas centrales.

—No se me ocurre una alternativa —aseguró con rebeldía.

—A mí sí —repuso Román, escudriñándola con la mirada.

—¿De verdad? —preguntó Hugo, esperanzado.

Román no apartaba los ojos de Sammy y ella se ruborizó. Román la obligaba a recordar sus limitaciones físicas y reaccionaba poniéndose a la defensiva.

Lo ignoró y dirigió la mirada hacia la tranquila calle High. Quería oír qué idea genial se le había ocurrido, sólo por curiosidad porque de ninguna manera cambiaría de parecer y, cuanto antes lo comprendiera aquel estúpido arrogante, tanto mejor.

—Corríjame si me equivoco —se dirigía a Sammy de modo que tuvo que mirarlo—. No quiere disculparse por escrito ni en público porque sigue pensando que lo que escribió tiene gran parte de verdad y no quiere perder la credibilidad de sus lectores. ¿Tengo razón?

—Sí —murmuró molesta.

—Creo tener la solución —hizo una pausa y se quedaron los tres

en silencio—. ¿Qué le parece si me sigue de cerca durante un mes o más, observa lo que hago y cómo lo hago? Si al terminar ese período le parece que sigo siendo el monstruo depravado que descubrió, ya no la obligaré a contradecirse en el periódico. Pero, si por el contrario, descubre que soy diferente, aceptará su equivocación y eso aumentará su popularidad porque sabrán que siempre dice la verdad y no perderá lectores.

Era un plan astuto. Después de dudar, Hugo se mostró entusiasta. Sammy lo meditó y se enfadó consigo misma al descubrir que en caso de aceptar, la única objeción sería que tendría que pasar demasiado tiempo con él.

Ya le había parecido suficientemente inquietante estar a su lado una hora. ¿Cómo se sentiría después de pasar cuatro semanas siendo su sombra?

—Admite que la idea es buena, Sammy —dijo Hugo, tratando de animarla.

—¿Dónde estaría yo… usted… dónde trabajaríamos, en caso de que acepte esa ridícula proposición?

—Yo… usted… nosotros estaríamos sobre todo en Londres, pero también aquí —contestó Román con voz burlona y vagamente divertida.

Rabiosa, Sammy pensó que Román estaba disfrutando de aquella situación.

—Si descubro que no es el más fiel representante de la bondad humana, tal como cree ser, ¿podré escribir lo que yo piense en un segundo artículo, aunque no le guste lo que tenga que decir? —Se cruzó de brazos y lo miró a los ojos—. ¿Aunque vaya en contra de su reputación intachable?

—¿Por qué no? —respondió. Se puso de pie y metió las manos en los bolsillos. Sammy volvió a estremecerse.

—Entonces, queda decidido. ¿Cuándo comenzamos?

—Mañana salgo para Londres. ¿Estará lista para acompañarme?

Sammy miró a Hugo y éste aceptó con un movimiento de cabeza. Parecía tranquilizado. No perdería a su mejor periodista y ya no estaba en la incómoda situación de enfrentarse con un juicio legal contra una persona poderosa con muchos contactos, no sólo en el mundo de los negocios sino en todos los ámbitos.

—Muy bien.

Cuando Román salió, Sammy se dio cuenta de lo tensa que estaba. Fue como si hubiera contenido el aire durante todo ese tiempo y que por fin pudiera soltarlo.

—Es astuto —comentó Hugo, admirado—. No conozco a nadie que hubiera solucionado el problema a la satisfacción de todos.

—Sin la menor duda —asintió Sammy, pensativa—. Y el tiempo demostrará cuántas cosas más es.

Capítulo 2

—Creo que es maravilloso, no te imaginas lo que daría por ir a Londres. Piccadilly Circus; la calle Oxford. Ojalá pudiera persuadir al gerente del banco de que necesito que me trasladen. ¡Me iría inmediatamente!

Sammy frunció el ceño y miró a su hermana emocionada ante la idea de vivir en Londres. Le había hecho la permanente y el pelo le caía en ricitos que parecían seda sobre los hombros.

—Te has sentado encima de mi almuerzo —respondió sin dejarse contagiar. Catherine se movió y sacó un paquete de sándwiches ni de atún aplastados. —Lo siento. Olvídalo, creo que en el refrigerador ha quedado un poco de requesón.

Sammy comenzaba a dudar seriamente si debía hacer la maleta y abandonar su apartamento durante un mes, más o menos. Román le había dicho a Hugo que era posible que ella tuviera que ausentarse un par de semanas más y Hugo, sin titubear, había aceptado. De modo que iba a tener que viajar y estar con un hombre que le disgustaba durante seis semanas. ¿Quién daría de comer a su gato? Robbie estaba sentado encima de la maleta pequeña y con escaso interés observaba lo que ocurría.

—Ojalá no hubiera leído el periódico porque así yo no me encontraría en esta situación —dijo en voz alta y tiro algo de ropa interior dentro de la maleta abierta antes de añadir dos blusas y un pantalón de mezclilla.

—Pero lo hizo.

—Sí, lo sé —murmuró Sammy, irritada.

—¿Cómo es él? Florrie me ha dicho que es muy guapo.

—Supongo que a muchas mujeres les gusta ese tipo de hombres —frunció el ceño.

—¿Pero no a ti?

—Preferiría sufrir un ataque al corazón.

—Lo que te pasa es que sigues sufriendo por tu desilusión con Derek Cairas.

—¡No es cierto! —exclamó Sammy con fiereza, mientras intentaba cerrar la maleta.

—Sufres, y ese es uno de los motivos por los que escribiste el

artículo mordaz acerca de Román Ferrers. Sigues dolida por los efectos de tu ruptura con Derek.

Sammy toleró el comentario de Catherine porque tenía parte de verdad. Todo lo referente a Derek Cairas seguía siendo un tema delicado. Le había dejado mal sabor en la boca y había sido especialmente doloroso porque Sammy no era una persona muy dada a tener relaciones apasionadas con el sexo opuesto.

—Deja de pensar tonterías, Catherine. Pásame el neceser, por favor.

Catherine se lo pasó y volvió a sentarse en la cama.

—Ese es un motivo para que te animes con estas pequeñas vacaciones.

—No son unas vacaciones, Cath —le informó—. Es una especie de castigo.

Dejó la maleta en el suelo y se sentó cerca, jadeando por el esfuerzo. Todavía había ropa por doquier y a pesar de los grititos horrorizados de Catherine, Sammy recogió todo, hizo ovillo y lo metió en el armario.

—No olvides que no voy voluntariamente, han decidido por mí. Esta es la versión de Román Ferrers en el siglo veinte de la tortura china. No soporto a ese hombre y voy a tener que pasar semanas en su compañía.

—Podías haberte negado.

—No lo conoces. No comprende el significado de la palabra «no».

—De todos modos, pensamos que irte de aquí un tiempo te sentará bien.

—¿Pensamos?

—Mamá y yo.

—¿De modo que habéis estado hablando de mí? —tronó molesta.

No se necesitaba mucha imaginación para adivinar qué habían dicho. Debían de haber estado comentando la desastrosa relación que tuvo con Derek Cairns.

Sammy lo había conocido casi por accidente en un bar después del trabajo y, en cuanto la había visto, él había iniciado una campaña de seducción.

Había sido muy halagador. Sammy lo recordó con claridad,

disgustada consigo misma. Ningún hombre la había bombardeado con tantas atenciones. Había empezado a salir con él con bastante regularidad porque desde la barrera. Sammy había observado durante años a Catherine y a Emily que habían tenido muchos pretendientes, tantos que podían haber montado una agencia matrimonial.

¡Qué tonta había sido! ¡Cómo se podía estar tan ciega!

La suerte y la lógica la habían hecho aterrizar bruscamente en la realidad. Sammy se había tomado un día libre para darle una sorpresa a Derek y se había dirigido al bar en el que éste solía almorzar. Y, ciertamente, lo había sorprendido porque lo acompañaba una mujer que había resultado ser su esposa.

Se había enfadado mucho más consigo misma que con Derek, a pesar de que su familia le había repetido una y otra vez que ella no había tenido la culpa. Sentía un alivio supremo por no haberse acostado con él. Le había negado el objetivo final del juego, aunque eso le proporcionaba muy poca satisfacción.

—De todos modos, te sentará bien —insistió Catherine.

—¿Desde cuándo eres psicóloga? No quiero hablar del tema, por favor… —levantó uno de los pies de Catherine y lo bajó a un lado de la cama.

—¿Esto significa que quieres que me vaya? —preguntó Catherine, dolorida.

—Román va a venir a buscarme dentro de cuarenta minutos. Quiero bañarme y tener un aspecto presentable.

—Estarías más presentable si me hubieras hecho caso y te hubieras hecho la permanente.

—Gracias, Catherine —no merecía la pena irritarse. Sammy estaba acostumbrada a que su hermana le hiciera ese tipo de comentarios.

Además, sabía que Catherine no lo decía con mala intención. Era vanidosa, flirteaba abiertamente, pero tenía buen corazón, sobre todo cuando se trataba de su familia.

Sammy esperó a que su hermana saliera de casa para meterse en la ducha. Se lavó el pelo, se lo secó y resignada, observó que continuaba teniendo el mismo aspecto rebelde de siempre.

Pensó en Román y en el tipo de mujeres que le gustaban, según había leído en la prensa y, con rebeldía, se puso el pantalón

vaquero más viejo que tenía, un jersey muy ancho que su madre le había tejido hacía más de tres años y sus botas de agua.

Catherine le había prometido encargarse del gato y Sammy, sintiéndose culpable, se pasó quince minutos acariciándolo. Odiaba dejar a Robbie. Estaba segura de que él presentaría su desaparición. ¿Qué efecto causaría en el animal su ausencia?

Estaba culpando a Román cuando sonó el timbre de la puerta.

Román la esperaba apoyado en el marco de la puerta; llevaba un pantalón beige y un suéter color hueso. Parecía más alto, delgado y ágil de lo que ella recordaba. Lo miró y se asustó ante el efecto que tenía en ella su presencia. ¡Cómo si no hubiera aprendido la lección! Se dijo que debería mantenerse lejos de los hombres como él.

—Mi maleta está adentro, voy a buscarla. Román la siguió observándolo todo con interés. —¿No te da claustrofobia este lugar? —preguntó él.

—No —respondió—. Es más que suficiente para mí —tomó la maleta, las dos bolsas y el bolso y trató de imaginar cómo iba a meter todo eso en el coche. De pronto, Román alargó el brazo y agarró el asa de la maleta. La rozó y Sammy tuvo que hacer un esfuerzo para no alejar su mano.

—No tienes por qué sobresaltarte —comentó Román, divertido —. No pretendía tocarte, sólo quería ayudarte con la maleta.

Sammy soltó el asa y se ocupó de llevar todo lo demás. Le hubiera gustado responder, pero un agudo sentimiento de vergüenza había silenciado su afilada lengua.

Si eso era una muestra de lo que la esperaba, más le valía dominarse y no olvidar que la experiencia que la esperaba tenía como finalidad valorar a Román Ferrers de la manera más objetiva posible.

Espero que no te moleste la grabadora —señaló una de sus bolsas.

—De molestarme no estaría allí. —Te equivocas —replicó y le pasó las bolsas. Notó que él no parecía tener ningún problema para llevar todo su equipaje. Le dio una palmadita a Robbie, abrió la puerta de la entrada y disgustada admiró la fuerza de Román.

El invierno había extendido sus garras sobre el pueblo y el aire era helado. Sammy se estremeció, pero le siguió el paso rápido a

Román hacia el coche, un Jaguar plateado.

Sammy no estaba acostumbrada a ese tipo de lujos. Admiró el tablero de madera cuando se acomodó en el asiento.

—Puedes quitarte la cazadora —sugirió Román—. El coche tiene calefacción. De hecho, con ese anorak vas a terminar sudando como si estuvieras en el día más caluroso del verano. ¿Dónde diablos has encontrado eso? Creía que habían pasado de moda cuando la gente decidió que no era más agradable parecer un neumático.

—Resulta que este anorak es muy cómodo —repuso con frialdad.

—No me digas que antepones la comodidad a tu aspecto.

Sammy observó sus facciones fuertes y bien dibujadas, suavizadas por el esbozo de una sonrisa y se preguntó qué haría Román si abría en ese momento la puerta del coche y exigía que sacara sus cosas del maletero. El trayecto iba a ser largo y tendría que olvidar la educación si él insistía en demostrar su sentido del humor a su costa.

—Así es, pero eso no es asunto tuyo —empezó a quitarse el anorak y se congeló cuando sintió que Román la ayudaba.

—¿Siempre te pones tensa ante el más leve contacto? —preguntó Román mientras ponía el coche en marcha.

—No sabía que me ponía tensa —murmuró mirando las calles cubiertas de escarcha.

Fueron un rato en silencio porque Román estaba atento a la carretera y Sammy agradeció aquella oportunidad para ordenar sus pensamientos.

Después de su desastrosa relación con Derek Cairns había decidido evitar lo más posible a los hombres.

Si quería tener alguna relación, buscaría a un hombre que fuera bondadoso, comprensivo y humilde. Le irritaba que su cuerpo reaccionara contra su voluntad frente a un hombre como Román Ferrers porque era justo el tipo de hombre del que debía alejarse. Además, él ya había dejado muy claro el valor que le concedía como mujer.

Sammy volvió a valorarse con toda honestidad. Era baja, tenía poco pecho y era incapaz de tratar de emular a las mujeres sin cerebro que siempre rodeaban a Román Ferrers.

Se relajó en el asiento. Al menos, su capacidad de razonamiento

seguía intacta y mientras permaneciera así, no habría peligro de que malinterpretara su relación con Román.

No tardaron en salir del corazón del pueblo y el coche aumentó la velocidad en las carreteras de la campiña.

—¿Cuánto tiempo llevas viviendo aquí? —preguntó Román interesado, mientras recorrían la carretera.

—Toda mi vida.

—Entonces, no ha sido mucho tiempo.

—Si vas a comenzar con lo mismo otra vez, será mejor que demos la vuelta —Sammy apretó la boca. Era un cumplido —murmuró Román, volviendo la cabeza un instante para verla—. ¿Tienes idea de cuántas mujeres estarían encantadas de oír que tienen aspecto de jovencita?

—Supongo que deben sentirse muy inseguras —respondió—. Me refiero a las mujeres que quieren ocultar su edad. No puedo imaginarme nada peor que no envejecer con dignidad.

—Eres la primera mujer que me dice eso.

—¿Mujer? —se burló—. Por lo visto he madurado desde la última vez que hablamos. Si no recuerdo mal, entonces, yo era una jovencita.

—¿Te ofendí?

—No —mintió—. No me importó entonces lo que pensaras de mí y no me importa ahora.

—¿Por qué eres tan sensible? Necesitas que te domen. Me sorprende que nadie en el pueblo haya tratado de hacerlo, pero quizá hayan hecho. ¿Tienes novio?

—¡Eso no es asunto tuyo!

—¿He tocado un tema doloroso?

—¿Y tú tienes novia? —decidió contestar con una pregunta.

—Miles de novias, si hemos de creer lo que escribiste de mi en tu artículo. Ahora que me conoces, ¿qué piensas?

—No lo sé —respondió—. Supongo que lo averiguaré a su debido tiempo.

—Quizá lo consigas —se echó a reír y la observó con atención.

—Ese es el propósito de que esté contigo —replicó ella de inmediato—. Háblame de tu trabajo porque eso me ayudará a saber qué debo esperar en Londres.

Por fortuna, Román no insistió y le explicó lo que hacía.

Había iniciado su trayectoria profesional en bienes raíces y, conforme ese negocio crecía, había decidido ampliar su horizonte y dedicarse a ser consultor financiero. Diez años después, había invertido las ganancias en varios tipos de negocio, incluyendo una cadena de hoteles, bastantes de ellos en el extranjero, y la última adquisición de una importante compañía farmacéutica en Europa.

Sammy recordó su artículo y a regañadientes aceptó que realmente había sido un poco injusta. Había separado al hombre de las columnas de sociedad del hombre astuto que había construido un imperio a base de mucho trabajo. Había decidido concentrarse en lo que consideró sus cualidades menos agradables.

Sammy se sorprendió al darse cuenta de que estaban en las afueras de Londres. Estaba tan concentrada en lo que Román le decía que el tiempo había pasado volando.

—Por fin hemos llegado —anunció Román—. Debes estar muy incómoda porque llevamos en el coche más de tres horas.

Sammy estiró las piernas y se puso las botas que se había quitado para estar más cómoda.

—La verdad es que no —respondió con franqueza—. Estoy acostumbrada a coches más imponentes. Dentro del Mini de mi amiga si suelo sentirme incómoda en cuanto llevo más de diez minutos dentro. Y no ayuda que el coche tenga cien años y que no pueda ir a más de cuarenta y cinco kilómetros por hora.

Román rio y sus ojos se encontraron. Sammy sintió que la boca se la secaba y que el pulso se le aceleraba. La risa murió en los labios de Román y la observó detenidamente durante un segundo, antes de volver a concentrarse en la carretera.

Iban despacio porque las calles muy transitadas contrastaban de manera marcada con los espacios libres y abiertos de Padley. Sammy pensó que a Catherine la encantaría todo aquello.

El apartamento no está lejos, está en Hampstead. Sammy fue presa de la duda. Desde el principio se había imaginado que se alojaría ahí, pero no había pensado mucho en eso.

En ese momento, se puso nerviosa al comprender que iban a vivir juntos. ¿Sería porque le resultaba imposible olvidarse de la sensualidad que aquel hombre emanaba?

Cuando Román paró el coche frente a una enorme casa victoriana, Sammy trató de controlar el pánico que la invadió.

Guardó la grabadora en su bolso y saltó del coche antes de que él saliera para abrirle la puerta.

No permitiría más contactos accidentales. Sabía que era una tontería, pero era preferible enfrentarse a los hechos.

—Ocupo dos pisos —explicó Román, mientras abría la puerta—. Uso el superior como gimnasio.

Cuando le había dicho que tenía un apartamento, ella se había imaginado algo más pequeño. Con razón el de ella le había parecido claustrofóbico. Comparado con el de él, parecía una caja de cerillas.

Era evidente que lo habían arreglado con criterios expertos. El decorador había sido fiel al período de construcción del edificio, aunque no se veía nada pasado de moda. Mientras Román la conducía por las habitaciones, Sammy se fijó en las alfombras mullidas, los muebles eran antiguos y los cuadros originales.

En el piso de abajo había una sala grande, un comedor, un estudio y una cocina que parecía no usarse.

—¿No cocinas a menudo? —preguntó Sammy.

—Pocas veces tengo tiempo —Román se encogió de hombros—. Casi todos los almuerzos y cenas son de negocios. Las demás… bueno, suelo comer en restaurantes. ¿Qué me dices de ti?

—Tampoco yo tengo mucho tiempo para cocinar —comentó con indiferencia—. Me bastan las ensaladas, fruta y emparedados —le estaba dando la espalda a Román y no vio su sonrisa—. Para algunos es imposible salir a cenar con frecuencia dado el saldo que tenemos en el banco.

Subieron la escalera. La barandilla brillaba como si acabaran de pulirla y Sammy supuso que tenía un ama de llaves que se encargaba de la limpieza. No podía imaginarlo quitando el polvo y pasando la aspiradora. La idea le pareció divertida y rió.

—¿No me cuentas el chiste?

—No es nada, es algo privado.

—¿Algo que compartes con tu novio? —preguntó Román, que subía detrás de ella.

—Algo parecido —respondió para terminar con el lema.

—¿Cómo es tu novio? —preguntó Román a su lado, sin darle tiempo a que se adelantara.

Román la precedió para abrirle la puerta de la habitación que ella iba a ocupar y se detuvo de frente de modo que ella tuvo que

mirarlo. Confundida, levantó la vista con la terrible sensación de estar sobrecogida por la presencia de alguien cuyo encanto podía hechizarla.

—¿Qué?

—¿Cómo es tu novio? —se apoyó en el marco de la puerta después de dejar la maleta de Sammy en el sucio, impidiendo así que pasara.

—Un hombre normal —se encogió de hombros sin atreverse a mirarlo de frente—Altura media, pelo castaño y ojos azules.

—Suena impresionante. Luego me dirás que se apellida Smith. Perdona —respondió con dulzura.

—No pienso decirte nada más.

—Tengo entendido que a la mayoría de las chicas les gusta hablar de su novio…

—Bueno, si quieres saberlo, trabaja para una empresa… de ordenadores y me encanta.

Román la observó con interés. Sammy pensó que él quizá estaba intentando imaginarse al tipo de hombre que podía atraer con su insignificancia.

—¿De verdad? Entonces, ¿te gustan los hombres normales y corrientes?

—Eso parece, ¿no? —miró interesada a su alrededor dando a entender que la conversación había terminado—. Tu casa es muy bonita —dijo animada. Empezaba a sentirse culpable por aquella mentira.

—Por lo visto —aceptó Román apartándose para ir a dejar la maleta encima de la cama.

—Es mucho más grande de lo que me imaginaba —dijo lo primero que se le ocurrió—. ¿Cuántos dormitorios hay en la casa?

—Cuatro.

—¿Y baños?

—Si tanto te interesa la distribución de la casa, puedes recorrerla. Mi ama de llaves vendrá a prepararnos una ligera cena. Te veré a las siete y media.

Se volvió y salió antes de que Sammy pudiera abrir la boca.

La habitación tenía un baño al lado. Abrió los grifos de la bañera, la llenó de espuma y caminó por la habitación. Miró hacia afuera y en el fondo, vio un jardín muy bien cuidado. Se fijó en el

tapiz que colgaba de la pared y en los diferentes adornos.

No era como lo había imaginado. Se había imaginado a Román viviendo en un apartamento más moderno con muebles de cuero negro, pero aquel era de exquisito gusto.

Todo indicaba que al dueño le interesaba mucho la historia y la cultura. Por primera vez, se preguntó cómo sería Thurston Manor por dentro.

La idea de discotecas ruidosas y turistas escandalosos no encajaba muy bien con lo que hasta ese momento se había imaginado de Román, pero no sería sensata si confiaba en su primera impresión.

De todos modos, no debía haber sido tan mordaz en su ataque. Recordó lo que Catherine le había dicho, que se había valido de su orgullo herido por Derek Cairns para escribir un artículo de alguien a quien había catalogado en la misma categoría.

Pensó que Derek y Román eran dos polos opuestos. Uno era superficial y egoísta. El otro… el otro… Sammy se estremeció de emoción. El otro era un hombre complejo y astuto, con una mente que para Sammy era todo un desafío.

Se metió en la bañera y se obligó a pensar en el tipo de mujer que Ferrers frecuentaba. Altas y mundanas. Imaginó cómo sería en la cama con ellas y con ella. La idea la hizo contorsionarse de vergüenza. ¿Qué sentiría si Román le acariciara? ¿Si la besara con su boca llena y sensual?

Se obligó a pensar en Derek Cairns. «¿Lo recuerdas?», se preguntó con amargura. «Él es tu protección contra cualquier tipo de relación con otro hombre». Decidió que se mostrara competente, cortés y distante como le fuera posible. Controlaría su carácter y no haría comentarios sarcásticos.

Mientras se vestía para la cena, sonrió frente al espejo porque recordó a la persona que había decidido ser.

Sería interesante averiguar si realmente podría dominar su carácter, ser cortés y distante; si lograba dos de las tres cosas, del asunto sería llevadero.

Se puso el pantalón vaquero y su jersey favorito color avena y bajó al comedor donde vio que Román vestido con un fino pantalón y una camisa de seda. La señora Shirley, el ama de llaves, la miró con desaprobación, pero Sammy estaba de buen humor. Había

establecido el patrón de su comportamiento y, desde ese momento en adelante, navegaría sin problemas. Le sonrió a la señora Shirley y también a Román después de que éste hiciera un comentario acerca de la ropa que ella vestía.

—No suelo arreglarme mucho —explicó Sammy, mientras saboreaba el primer plato—. Voy casi siempre en vaqueros. Es cómodo y no necesita ir a la tintorería.

—¿Es la misma teoría que te impulsó a ponerte ese horrible anorak esta mañana?

El buen humor de Sammy comenzó a evaporarse.

—No tengo dinero para gastarlo en ropa.

—Quizá no lo gastarías, aunque lo tuvieras.

—¿Qué quieres decir?

—Que quizá menosprecies tu cuerpo porque no te brinda mucha confianza.

—Eso es un insulto. Prefiero pensar que mi ropa es una extensión de mi personalidad y no un ardid para exhibirme delante de los hombres.

—Hablas como una maestra de escuela.

—Quizá no veo la necesidad de malgastar mis encantos contigo —recalcó dolida por su acusación.

—¿Por qué?

—Porque he venido a hacer un trabajo, por si lo has olvidado. Además, podríamos hablar de algo más importante, por ejemplo de ti.

La señora Shirley sirvió el plato siguiente y Sammy se concentró en la comida, furiosa por el temblor de sus manos. Román había vuelto a ponerla nerviosa.

—¿Por qué no? —Román inclinó la cabeza un poco hacia atrás para beber el vino, pero sin dejar de observarla.

—Ya me has hablado de tus negocios, ahora dime algo de tus antecedentes. Por ejemplo, qué hacías antes de decidir que ibas a ganar mucho dinero.

—¿Qué tiene eso que ver con tu artículo? —la miró fijamente.

—Todo —respondió Sammy, sorprendida.

—Para ti lo importante es lo que soy ahora —la dureza desapareció de su rostro—. Estoy dispuesto a decirte sólo lo que considero necesitas saber.

—¿Y si quiero averiguar algo más?

—En ese caso… —habló quedo—… supongo que descubrirás que la suerte te ha abandonado.

Sammy intuyó que le estaba haciendo una advertencia para que no se inmiscuyera en su vida privada.

—Quizá —dijo Sammy de manera ambigua—. Pero no olvides que los periodistas somos expertos en descubrir secretos.

—Y no olvides que los hombres de negocios no siempre juegan limpio.

Sammy lo miró y se estremeció con un incómodo presentimiento. Román tenía razón y ella sería una estúpida si olvidaba que él no había llegado a donde está siendo bondadoso y comprensivo. Bastaba con mirarlo para saber que jugaba limpio, a pesar de lo que acababa de decir, pero eso no significaba que no pudiera jugar con dureza.

Román Ferrers respiraba y vivía en el despiadado mundo de las grandes finanzas.

Capítulo 3

ESTUVIERON muy ocupados los siguientes tres días. Sammy no tardó en descubrir que Román tenía una enorme capacidad de concentración en el trabajo. Se imponía normas muy estrictas y esperaba que todos los que trabajaban para él hicieran lo mismo. Y sorprendentemente, lo hacían, desde el empleado menos importante hasta los que ocupaban puestos más altos. Sammy tuvo que admitir que Román sabía motivarlos. Los conocía a todos por su nombre, y su capacidad para recordar cualquier cosa de inmediato era asombrosa.

Sammy había iniciado la semana con la grabadora en el bolso. Cada vez que hablaba con alguien en la oficina central respecto a él, la sacaba y grababa la conversación.

Al terminar el segundo día, el asunto le pareció una pérdida de tiempo y del todo inútil. Recibía siempre el mismo mensaje: Román era un jefe muy apreciado. Era bueno con sus empleados, a pesar de ser intolerante con cualquier error.

Durante la cena, comentó que estaba aburriéndose de las constantes alabanzas, Román se apoyó en el respaldo de la silla con las manos entrelazadas detrás de la cabeza y la miró divertido.

—¿Qué esperabas? ¿Oficinas equipadas con instrumentos de tortura para quien se descuidara en el trabajo? —la observó con la languidez de un tigre bien alimentado.

Al otro lado de la mesa, Sammy casi podía percibir su inquietante aroma. Román era un hombre que sabía lo que quería de la vida y estaba decidido a obtenerlo. Sin duda, esa ambición abierta debía tener sus raíces en algún punto. Sammy había entrevistado a mucha gente y sabía que la personalidad de una persona encerraba siempre muchos matices.

Dejó el cuchillo y el tenedor encima de la mesa. ¿Cómo has logrado tanto respeto en el mundo de los negocios? —preguntó—. Es decir, no eres muy mayor.

—Eres muy generosa —murmuró—. Tengo treinta y seis años, supongo que te parezco un viejo.

—¡Por supuesto que no!

—¿No? No dejas de repetir que ya no eres una jovencita pero

das la impresión de no haber salido nunca de la adolescencia.

—¡Tonterías!

—¿Tú crees? ¿Que sabes de los hombres?

—Sé… titubeo cohibida.

—¿Qué sabes, Sammy?

—Se que de alguna manera nos hemos alejado del urna se felicitó por la firmeza de su respuesta—. No estoy aquí para que me interrogues, mucho menos en ese tono de voz que me hace sentir como una extraña criatura del planeta Marte. Si no te molesta, será yo quien haga las preguntas.

—Si, señorita —le hizo un saludo burlón y se puso de pie irritada. Sammy levantó la vista hacia Román y lo vio como se dirigía sala.

La señora Shirley los había precedido con el café y agradecida, Sammy le dio un sorbo al líquido caliente.

—¿Ya has descubierto que no soy un ogro? ¿No te parece que es el primer paso hacia tu disculpa impresa?

—Todavía me falta mucho —replicó Sammy—. Por ejemplo: he leído muchos artículos acerca de ti y todos hablan de la interminable lista de mujeres que ha habido en tu vida. ¿Por qué?

—Dímelo tú —respondió con calma—. Nunca he comprendido por qué los periódicos insisten en hablar de los detalles sórdidos en la vida privada de la gente. Generalmente es innecesario.

—No hablaba de eso.

—¿No?

—No, ¿por qué tantas mujeres?

—Ya sabes lo que dicen: la variedad le da sabor a la vida. Por algún motivo atraigo a las mujeres…

—¡Por algún motivo, que falsa modestia! —horrorizada vio que Román esbozaba una sonrisa.

—¿De modo que te parezco atractivo, Sammy? —preguntó con curiosidad.

—Tengo que reconocer que tienes unos rasgos bonitos.

—¿Tan bonitos como los de tu novio?

—¿Por qué nunca has echado raíces? —preguntó Sammy, haciendo caso omiso de las palabras de Román.

—Porque no veo la necesidad —sonrió a manera de advertencia —. El trabajo me quita mucho tiempo y no podría complacer las

exigencias de una esposa.

—¿Lo saben tus mujeres cuando inician una relación sentimental contigo?

—Por supuesto —respondió, pero el brillo de sus ojos le indicó a Sammy que estaba adentrándose en un terreno peligroso. Sin embargo, era un reto para su curiosidad de periodista.

—Y a pesar de eso, siguen compartiendo tu cama —murmuró porque no deseaba abandonar el tema—. Es sorprendente.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿No lo harías tú?

Guardaron silencio y Sammy presintió que Román estaba intentando averiguar algo con su atenta mirada. ¿Estaría flirteando o se burlaba de ella? Decidió que era lo segundo.

—No —repuso muy tensa—. De ninguna manera.

—¡Qué expresión! —Román se carcajeó—. La expresión de maestra de escuela ha vuelto. ¡Pareces una mojigata escandalizada!

—¡Te agradecería que te guardarás tus comentarios! —exclamó.

—¡Quizá sea mojigata, pero, al menos, sé que nunca perdería mi dignidad persiguiendo a un hombre que piensa que las mujeres no merecen la menor consideración!

—Tranquilízate. Y no llegues a conclusiones tan precipitadas. Acepto que, en parte, merezco tu exabrupto, pero en el futuro, harías mejor controlándote. ¿No es esa la primera lección que debe aprender un periodista. No le dio tiempo para contestar y continuó hablando de un tema menos conflictivo.

Sammy lo miró disgustada, sin prestar demasiada atención a lo que decía. Eran los planes para el día siguiente. Román ya había olvidado la acalorada discusión y estaba hablando de una reunión con un sindicato.

—No me imaginaba que alguna de tus compañías tuviera un sindicato —dijo Sammy.

Román se había puesto de pie y caminaba por la habitación con el ceño fruncido. Sammy presintió que toda su energía estaba concentrada en los problemas a los que iba a enfrentarse al día siguiente: los analizaba, buscaba soluciones, en fin, Román era como un ordenador.

—No lo tienen, pero es posible que compre una empresa de ingeniería cerca de Solihull. Tienen dificultades financieras y están pendientes de que la compre. Pero sólo invertiré el dinero si consigo

que el sindicato acepte mi punto de vista —endureció la voz—. En el pasado, la gerencia actual tuvo muchos problemas con los obreros. Si compro la empresa, esos problemas tendrán que desaparecer porque hay algunas cosas que yo no tolero.

Sammy se estremeció. Esa era la característica que lo había impulsado hacia el poder a una tierna edad.

—Suena terrible —murmuró Sammy.

—¿Tú crees? El mundo de los negocios no es para los débiles. Se necesita tener habilidad, astucia y cierta intransigencia.

—Y tú has cultivado esas tres cosas.

—Quería triunfar.

—¿Por qué el triunfo es tan importante para ti? —lo miró y tuvo la sensación de que estaba a punto de oír alguna revelación, aunque no tenía la menor idea de qué sería.

Pero aquel presentimiento pronto desapareció. La intensidad de la expresión de Román dio paso a una burlona frialdad. Sammy se había acercado y él, inmediatamente, dio unos pasos atrás.

Román se volvió.

—En resumen, mañana saldremos muy temprano —le sonrió—. Me interesa saber qué te parecerá la compañía.

Sammy sintió un estremecimiento de placer. ¡Román deseaba su opinión! Nunca se había alegrado tanto por algo. Era ridículo lo que ese hombre podía hacerla, peor aún, era peligroso.

A la mañana siguiente, Sammy se arregló con esmero. Se puso su mejor traje con una blusa de seda color crema. Se cepilló el cabello hasta sacarle brillo y se maquilló cuidadosamente.

Se miró en el espejo y sonrió, satisfecha con su aspecto.

Román la estaba esperando en la planta baja, a la mesa del comedor. En una mano tenía una taza de café y en la otra, el Financial Times.

Al oírlo, levantó la vista y arqueó una ceja.

—¿No crees que te has arreglado demasiado para lo que vamos a hacer hoy? —preguntó.

—¿Me he arreglado demasiado? —repitió tontamente.

—Sí, no vamos a tomar el té con la reina. Vamos a una fábrica. ¿Tienes idea de lo que es? Créeme, no verás muebles Chippendale ni vajilla fina. Más bien verás tazones y calendarios con fotos de chicas atractivas, colgados en las paredes. Bastará con que te vean

para que oculten las manos detrás de la espalda por miedo a que les inspecciones las uñas —rió.

—Muy gracioso. ¿Quieres que me cambie de ropa?

—Exacto —aceptó sin dejar de sonreír.

—Muy bien —tronó—. ¡Pero no me culpes si llegamos tarde! y ojala te atragantes con el siguiente sorbo de café—mascullo entre dientes.

Subió los escalones de dos en dos y al llegar al dormitorio se quitó el traje y la blusa y se quedó en ropa interior.

Busco algo más apropiado para la ocasión y finalmente arrojo una falsa plisada y un suéter gris perla encima de la cama.

No oyó que alguien llamaba a la puerta que, dada su prisa, había dejado entreabierta. Se volvió y vio a Román de pie en medio de la habitación mirándola como si fuera la primera vez que la veía.

Sammy no dijo nada. Estaba tan asombrada que no era capaz de reaccionar.

Román fue el primero en moverse. Dio unos pasos adelante hasta quedar a pocos centímetros de ella. Sammy siguió el movimiento de su dedo, lo deslizaba desde su hombro hacia el suave promontorio de su seno. Se detuvo en el pezón, endurecido debajo de la fina tela de la camisa.

Las sensaciones que la inundaron la hicieron retornar a la realidad y horrorizada, dio unos pasos atrás. Con manos temblorosas se puso el suéter, sin levantar la vista de sus pies porque no tenía suficiente confianza en sí misma para mirarlo por miedo a que lágrimas de humillación se deslizaran de sus ojos.

—Sal de mi habitación —murmuró con fiereza.

Román le levantó la barbilla para que lo mirara.

—No tienes por qué avergonzarte —murmuró él—. Estas cosas pasan. La puerta estaba abierta y me he imaginado que ya te habías vestido y que estarías lista para bajar.

Sammy no parpadeó. Tenía la mirada fija en el rostro de Román. Despacio, su mente comenzó a funcionar de nuevo y la vergüenza que anteriormente la había petrificado emergió con una fuerza salvaje.

—¿No me has oído llamar a la puerta?

Sammy no contestó. Levantó la mano y le dio una bofetada.

—¡Sal! —gritó con voz temblorosa.

—Te estás comportando como una niña —le agarró la muñeca y la acercó a su pecho—. De acuerdo, he perdido el control un instante y te he tocado. ¡Pero no te he violado! Por Dios, cálmate.

Sammy forcejó y él la soltó de inmediato.

—¿Cómo te atreves a tratarme como si no mereciera tener algunos principios? ¿No se te ha ocurrido pensar que no todas las mujeres quieren que las toques?

—No es lo que me insinuaba tu cuerpo —estaba tan furioso como ella.

Aquellas palabras fueron como una bofetada para Sammy. Le dolieron físicamente porque por más que ella gritara lo contrario, Román tenía razón. Cuando la había tocado, se había estremecido con una extraña excitación.

—¡Sal! —repitió y él se dirigió a la puerta muy erguido. Salió sin volver la cabeza y Sammy se puso la falda sin que le importara ya la impresión que iba a causar. Lo único que quería era que el suelo se abriera y se la tragara.

¿Por qué diablos no habría reaccionado de manera diferente?

Si se hubiera reído por la equivocación de Román, él se habría ido sin hacer nada. Román estaba acostumbrado a ver a mujeres completamente desnudas. Si hubiera mostrado más aplomo en vez de nerviosismo, él no la habría tocado.

Su experiencia con Derek Cairns se transformó en ese momento en algo risible, en una aventura juvenil.

Se reunió con Román en el coche, casi no lo miró y espero a que él rompiera el silencio, un silencio largo e incómodo.

Sammy lo miro de reojo y comprendió que Román ya se había olvidado de aquel incidente y estaba pensando en la reunión que los esperaba.

La despiadada lógica de la que Sammy se enorgullecía la hizo admitir que Román era peligrosamente atractivo. Desde luego, se fijaría en mujeres como él. Mujeres elegantes, y modernas que no se asombraban cuando un hombre las tocaba.

Le resultó doloroso pensar que sería una estúpida si no reconocía que Román la había tocado más por curiosidad que por otra cosa. El deseo no había formado liarte del incidente, al menos no para él. Comprendió que su principal debilidad era haber menospreciado el impacto que Román la causaba.

Apretó los labios y comenzó a prestarle más atención a la región. Se tranquilizó al ver los letreros con el nombre de Solihull lo cual le indicó que faltaban pocos kilómetros de recorrido.

Cuando llegaron al aparcamiento de la empresa, ya se había serenado lo suficiente como para hacerla preguntas sensatas, acerca de los planes que tenía para la compañía en caso de comprarla.

Román le abrió la puerta de cristal de recepción y ella pasó lo más rápido que pudo, sin que fuera excesivamente evidente. Y cuando la ayudó a quitarse la chaqueta, no se tensó.

Los directores los estaban esperando cuando llegaron. Los llevaron al salón de reuniones, una habitación poco amueblada, con fotos de la compañía en mejores tiempos, colgadas de las paredes.

Los administradores entraron; una mujer de rostro sombrío esperaba sentada con su libreta, lista para anotar las actas de la reunión.

Sammy observaba con creciente fascinación. Los directores de la compañía hablaron de los detalles técnicos de la empresa y Román los escuchó haciendo alguna que otra pregunta que indicaba que sabía de ingeniería mucho más de lo que Sammy suponía.

Con economía de palabras, Román esbozó los planes que tenía para la compañía, sin dar lugar a ninguna duda; después se centró en el espinoso tema de las relaciones laborales.

Parte de los asistentes a la reunión, comenzaron a discutir sobre la conveniencia de hacer una huelga.

Román estaba inclinado hacia adelante, atento a lo que ocurría, sin apostar ni rebatir ningún argumento.

Sammy no conseguía entender por qué no discutía.

Cuando uno de los administradores del taller dio un puñetazo en la mesa para dar más énfasis a sus palabras, Sammy se sobresaltó y gritó:

—¡Eso está bien para usted! ¿Qué me dice de la gente cuyos empleos debe proteger? ¿Qué les pasará si la empresa cierra porque usted no quiere atender a razones? ¿Qué sucederá con sus hipotecas y sus familias? ¿Acaso no le importan?

Todos enmudecieron asombrados. Incluso la secretaria dejó de escribir.

Sammy se atrevió a toser con nerviosismo. Pero no se atrevió a mirar alrededor de la mesa porque la falta de ruido bastaba para

indicarle que estaban sorprendidos por la interrupción.

¿Qué diablos la había impulsado a intervenir? Había estado atenta al debate cuando de pronto, alguna fuerza malévola la había hecho ponerse de pie.

Volvió a sentarse, sin mirar a Román que no había dicho una sola palabra.

Cuando el silencio se tornó casi intolerable, él habló con calma.

No mencionó el exabrupto de Sammy, que parecía haber causado algún afecto porque los dos administradores se tranquilizaron y escuchaban atentos a Román. Finalmente asintieron con un movimiento de cabeza y Sammy aliviada, comprendió que cederían.

—Tenemos que pensarlo, señor Ferrers —dijo uno de ellos cuando se disponían salir.

Fue más o menos una aceptación y, por primera vez durante toda la reunión, Román se permitió esbozar una media sonrisa.

Ofrecieron bebidas, té, pastas y los directores aceptaron tácitamente el triunfo. Sammy no decía nada porque notó que Román no la miró ni una vez.

Decidió que no le importaba. Si estaba enfadado por su intervención, era asunto suyo. Ella no trabajaba para él de modo que no podría despedirla.

Pero cuando estuvieron solos en el coche, Román se volvió hacia ella y gritó:

—¿Qué diablos creías hacías allí dentro? ¿A qué estabas jugando? ¡Podrías haberlo estropeado todo! ¿Creías que los gritos solucionarían algo?

—Lo siento —murmuró con humildad—. De verdad lo siento.

—No voy a dejar que grites en mis reuniones. —Compungida, Sammy asintió con un movimiento de cabeza.

—Si no consigues controlarte, te irás en el primer tren que vaya a Padley. Escribirás tu artículo, pero dirás exactamente lo que yo te dicte.

—¡Muy bien! —gritó con enfado—. Quizá eso sea lo que debería haber hecho.

No sabía por qué le dolía tanto que estuviera enfadado con ella. Eso la asustaba y la hacía sentirse como una motita de polvo vulnerable en medio de una tempestad de arena.

Miró su sombrío perfil y se mordió el labio. Lentamente, las lágrimas comenzaron a deslizarse por su rostro. Nunca se había sentido tan mal.

Nerviosa, buscó un pañuelo desechable en el bolso, pero no lo encontró entre todo lo que tenía adentro. Finalmente, desistió. Román se volvió hacia ella y masculló algo inaudible. El coche disminuyó de velocidad hasta que se detuvo con el motor apagado.

—Estás llorando —musitó mirándola desvalido y frustrado—. ¡Por Dios, toma este pañuelo!

«Caray», pensó ella, «Román no sabe qué decir». Le parecía imposible verlo vacilar.

Sammy respiró de manera dramática y se sonó la nariz. Sentía la tentación de continuar llorando, pero las ganas de sonreír fueron más fuerte.

Miró hacia abajo, con expresión de pesar.

—¿Qué esperabas? —preguntó Román a la defensiva—. No deberías haber explotado allí dentro. ¡Es lógico que te haya llamado la atención!

—Por supuesto —aceptó Sammy, mirándolo por el rabillo del ojo.

—Entonces… —tamborileó los dedos sobre el volante y siguió mirando por la ventanilla, decidido a no mirarla—. No puedes culparme por haberme enfadado.

—No te culpo.

—Muy bien —la miró enfurruñado y añadió—. Quizá te sirva de consuelo saber que con tu exabrupto he conseguido algo. Esos dos administradores por fin han prestado atención. Yo presentía que estaban dispuestos a continuar con su discusión hasta el fin del mundo. Tu punto de vista ha sido certero y creo que has conseguido que lo tuvieran en cuenta. No es mi estilo, pero a veces da resultado golpear la mesa con más fuerza que los demás; se logra su total atención.

—¿No lo dices para que me sienta mejor? ¡Eres imposible! —antes de que Sammy pudiera reaccionar. Román le acarició la mejilla.

La miraba con una expresión incomprensible, pero que a Sammy le pareció maravilloso.

No se atrevía ni a respirar para que no se perdiera la magia del

momento. Se dijo que era una estúpida e inmediatamente se alejó riendo nerviosa.

—Casi todos me describen así, tienes razón. — Román rió con torpeza como si fuera tan sensible a la magia que había entre los dos como ella.

—¿Qué te ha parecido la compañía? —preguntó él después de poner el motor en marcha.

—Creo que es prometedora —comentó despacio—. Sobre todo después de que hayas conseguido persuadir al sindicato de que tenga en cuenta tu punto de vista.

—Con tu vociferante ayuda.

—Sólo te he ayudado un poquito —admitió ella—. Estoy segura de que lo hubieras conseguido solo. ¿Dónde diablos aprendiste a ser tan diplomático?

—¿No se te ha ocurrido pensar nunca que es posible que haya gente que no tenga tan mal genio como tú?

—No —respondió—. Creo que la gente tranquila lo que hace es dominar su mal genio.

—¿Crees que yo puedo tener mal genio? —la miró de reojo y ella no supo si la pregunta era en serio.

—Sí, mucho genio, pero lo controlas muy bien.

—Ah —asintió Román—. ¿De modo que soy un negrero, un amante de las faldas y un maníaco homicida potencial?

—Algo parecido —aceptó riendo.

—Si comparas a tu novio conmigo, debe de ser muy aburrido — la risa había desaparecido de sus ojos.

Sammy se encogió de hombros. Había olvidado por qué había inventado un novio.

No hizo ningún comentario y decidió centrar su atención en el paisaje londinense donde se vieron atrapados en uno de los interminables atascos de tráfico.

Con tráfico o sin él, Sammy comprendió inquieta que se estaba acostumbrando a la ciudad y más al apartamento de Román. Le encantaba pisar las mullidas alfombras, le gustaba el decorado que la hacía pensar en él y el ambiente del apartamento que con el paso de los años había absorbido su presencia. Al pensar en su propio apartamento lo veía muy limitado y poco acogedor, con excepción de la amable presencia de Robbie.

No había dejado de llamar a casa todos los días para asegurarse de que Catherine se ocupaba debidamente del gato.

Al llegar al apartamento, se dirigió directamente al teléfono y marcó el número de su hermana. Oyó que Román servía dos bebidas.

—¿Cómo está Robbie? —le preguntó a Catherine.

Sammy la oyó en tanto la otra soltaba un monólogo acerca de Robbie, de la cantidad de comida que ingería diariamente y que seguramente alimentaría a un elefante muerto de hambre; luego habló de su galán más reciente.

—Cath —la interrumpió Sammy aprovechando un silencio—. No puedo pasarme la noche hablando por teléfono. ¿Tienes algo más que contarme?

—Sí, Derek ha tratado de ponerse en contacto contigo.

—¿Qué? —gimió Sammy y bajó la voz—. ¿Derek?

—¿No te lo dije la última vez que llamaste?

—¡No!

—Quería hacerlo respondió Catherine, sintiéndose culpable.

—Está bien —murmuró Sammy con sarcasmo. Había relegado a Derek al pasado. Lo único que le faltaba para que la vida se le complicara era que él reapareciera.

—Espero que no le hayas dicho dónde estoy —comentó en voz baja y cuando Catherine le dijo que nunca haría tal cosa, suspiró aliviada.

Oyó que Román se acercaba y habló en tono normal.

Muy bien. Hablaré contigo pasado mañana. Saluda a mamá y a papá.

Cortó la comunicación y permaneció un rato al lado del teléfono intentando digerir la desagradable noticia. Cuando se volvió vio que Román estaba a su espalda con una taza de café en la mano.

—¿Todo va bien?—preguntó con amabilidad.

—Por supuesto — murmuró Sammy, pasó delante de él para ir a la sala y se sentó, como siempre, en el sillón más lejano.

Pero su ardid no le dio resultado porque Román se sentó en el brazo del mismo sillón y dijo:

—¿Así que se llama Derek? —Sammy lo miró sorprendida, pero no dijo nada.

Tenía demasiadas cosas en la cabeza para buscar una respuesta

ingeniosa.

—No necesitas contestar —murmuró Román con aspereza—. Tu rostro me dice todo lo que necesito saber. Pero recuerda que has venido a hacer un trabajo. No quiero que traigas a tu amante a mi apartamento. Deja ese tipo de cosas para tu propia casa y hasta que no hayas terminado aquí, tendrás que prescindir del sexo.

Sammy se quedó boquiabierta.

Recordó el deseo que Román había despertado en ella en la habitación y en el coche e, inmediatamente, pensó que si él sospechaba que tenía un amante, no pensaría que la excitaba.

—Gracias por la advertencia —se puso de pie, se alejó un poco y Román ni la miró. Él también se puso de pie, fue a la ventana para mirar hacia afuera, a la oscuridad.

Irritada, Sammy se dijo que Román no habría titubeado en llevar a una mujer a su cama.

Lo que era correcto para él no lo era para ella.

Pues bien, el problema no era de ella porque pensar en Derek Cairas simplemente la asqueaba.

Esperó a que Román rompiera el silencio, pero pasados unos minutos, comprendió que él no hablaría.

Callada, abandonó la sala y corrió escalera arriba, a la seguridad de su cama vacía.

Capítulo 4

Al jueves siguiente, Sammy se emocionó cuando Román le dijo que iban a ir a Padley para pasar allí el fin de semana. Tenía que hacer algunas cosas en Thurston Manor.

—¿Cosas? —preguntó ella—. ¿Qué tipo de cosas?

—¿Qué tipo de cosas hace la mayoría de la gente después de comprar una propiedad? —preguntó Román sorprendido y con las cejas arqueadas—. Eres periodista, usa tu imaginación.

—Muy bien. Dicen que piensas convertir la mansión en un… un hotel —soltó. Lo observó con detenimiento para ver su reacción para su sorpresa, Román echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

Y cuanto más reía, tanto más se irritaba ella.

—Me alegro de que te cause tanta alegría —dijo ella en voz alta —. ¡Francamente no puedo imaginarme nada menos divertido que ver que parte de la cultura de Padley degenera en una casa de huéspedes para la gente que tiene más dinero que sentido común! ¡Casa de huéspedes!

¡Sí, casa de huéspedes con cuadros idénticos en todas las habitaciones y clases de equitación para los más aventureros!

—Eres adorable —se fue calmando y la observó con sus ojos verdes—. Nunca había conocido a nadie que me hiciera reír tanto como tú.

Vaya cumplido, pensó ella; Sammy Borde, una comida. No era exactamente una de sus ambiciones en la vida.

—Como de costumbre, te estás adentrando en un terreno que nadie se atrevería a pisar. ¿Nunca cuentas hasta diez antes de llegar a una conclusión?

—¿Y tú nunca cuentas hasta diez para hacer un esfuerzo por ser educado?

—Es gracioso, antes de conocerte nadie me había acusado de ser maleducado.

—Muy gracioso, pero todavía no has contestado mi pregunta. ¿Qué piensas hacer con la mansión?

—¿No quieres subir saltando la escalera para traer tu grabadora? Así cada una de mis palabras quedará grabada para tu artículo.

¿Subir saltando? A Sammy no le gustó que la hiciera parecer como un adorable animalito casero. Se sorprendió al comprender que deseaba que Román pensara en ella como en alguien que se desliza moviéndose con elegancia y gracia.

Volvió a mirar a Román aspirando su franca sexualidad y preguntándose qué sentiría al ver admiración en sus ojos sensuales. Pero se dominó rápidamente.

—Simplemente contesta mi pregunta.

—¡Sí, capitán! —saludó en broma y se puso serio—. Parte de lo que has oído es verdad —admitió Román y ella contuvo el aliento —. Pero no es el cuadro horrible que imaginas. Se harán algunas modificaciones y sí funcionará como cierto tipo de hotel, pero sólo parte del año y no para… ¿cómo lo has descrito, para la gente que tiene más dinero que sentido común.

—¿Sí? ¿Cómo elegirás a tus huéspedes? —preguntó—. ¿Les pedirás que llenen un cuestionario y luego decidirás si son aceptables para pasar unas vacaciones de una o dos semanas?

—Vuelves a lo mismo.

—Disculpa —dijo con premeditada frialdad—. Acabas de decirme que la mansión se convertirá en un hotel, pero esperas que yo permanezca tranquila haciéndote preguntas civilizadas —se puso de pie y se acercó a la silla que él ocupaba, inmediatamente, se arrepintió de haberse acercado excesivamente a él.

—Sí. ¡Bien, contesta mis preguntas!

—La mansión se abrirá al público sólo un mes al año y se utilizará como albergue para niños que de otra manera no podrían disfrutar de vacaciones. Son niños disminuidos. Habrá un equipo de personas preparadas para atenderlos y créeme no se dedicarán a beber cerveza en el bar del pueblo ni se pondrán pesados. ¿Satisfecha?

—Sí —susurró Sammy—. ¿Cómo era posible que aquel hombre tuviera la sorprendente habilidad de reducirla a la nada?

—¡Qué cambio verte sin tener nada que decir! Quizá debería sorprenderte con más frecuencia —murmuró Román, recorriéndola de pies a cabeza con la mirada.

De pronto, Sammy deseó estirar el brazo para acariciarlo, para sentir el calor de su piel. El deseo fue tan fuerte que falto poco para que se desmayara. Asustada, se puso de pie.

—Será mejor que vaya a hacer la maleta.

Tenía que salir de la habitación para huir del sentimiento de claustrofobia que la hacía ahogarse en presencia de Román.

Pero a la mañana siguiente ya había logrado analizar las cosas objetivamente. Sabía lo que Román pensaría de ella y eso era motivo más que suficiente para incitar contra la atracción que sentía hacia él.

Román le gustaba, era algo indiscutible. Sería una estupidez no admitirlo.

Ese era además el motivo de que se sintiera agotada. Lila estaba acostumbrada a trabajar muchas horas para el periódico. Pero sus sentimientos hacia Román eran cada vez más confusos y difíciles y unos días alejada de él le darían la oportunidad de reponer fuerzas. Así tendría también la posibilidad de reafirmarse en su decisión de no complicarse la vida saliendo con ningún hombre. Catherine no volvió a mencionar a Derek y Sammy, de manera muy conveniente, supuso que él había pasado por Padley, quizá para dirigirse a otro sitio. Cuando había descubierto que ella no estaba en el pueblo, habría decidido no volver.

Mientras colocaba la última prenda de vestir en la maleta, pensó que el fin de semana iba a tener efectos muy beneficiosos para ella. Cobraría unas fuerzas y volvería a ser la misma de siempre en vez de ser la chica vacilante y nerviosa en la que se había convertido.

Casi cantaba de felicidad cuando se reunió con Román en el coche.

—¿Eso es todo lo que te vas a llevar? —preguntó interesado al ver la maletita.

—Sólo van a ser tres días y creo que sobreviviré con lo que llevo —dejó la maleta en el suelo, a sus pies. —Supongo que dejaste tu ropa elegante en tu departamento —comentó Román al iniciar el trayecto—. Necesitarás algo sensual y seductor para contentar a tu amante. Llevas varias semanas sin verlo.

¿Sensual y seductor? Hablaba de ella como si fuera una cabeza hueca. Desde luego, aunque su novio no fuera inexistente, Sammy no estaría dispuesta a renunciar a su comodidad con la única intención de seducirlo.

¿Hacían eso todas las mujeres que él conocía?

De ser así, entonces era evidente que a ellas no les importaba

alimentar el fuerte machismo de Román. Él no desplegaba esa característica en el trabajo porque en ese ambiente se trataba a las mujeres igual que a los hombres. Quizá sólo la dejaba emerger cuando se encontraba a solas con una mujer. Una vocecita interior le dijo que estaba volviendo a precipitarse a la hora de sacar ciertas conclusiones, pero la ignoró.

—Ha sido un comentario muy machista —dijo Sammy en tono acusador, pero de buen humor. Román había hablado en un tono que a la joven no le había parecido ofensivo. ¿Tú te vistes con ropa sensual y seductora cuando sales con una mujer?

Román rió divertido y, durante un segundo, admiró el rostro de Sammy; fue suficiente para que la joven se sonrojara y molestara.

—El cuerpo masculino no está diseñado para llevar ropa sensual.

Sammy tuvo que hacer un enorme esfuerzo para no contestar, que él, incluso con su traje más aburrido, tenía un efecto sobrecogedoramente seductor.

—No te imagino vestida con ropa sensual —comentó pensativo.

—Gracias por el cumplido.

—¿Tienes algún vestido negro y corto? —Sammy se movió incómoda, en el asiento. No tenía ningún vestido de ese estilo. Siempre había dejado ese tipo de ropa para Catherine Emily quienes de todos modos las usaban con más aplomo que ella. Pero, evidentemente, no se lo iba a decir.

—Pues sí —respondió con frialdad.

—¿De verdad?

—Sí y tengo varios —mintió. Román la miró incrédulo y ella agregó irritada:

—Yo que tú mantendría la mirada fija en la carretera. Ayer hubo dos accidentes en este mismo tramo. La única ropa con la que Román la había visto hasta ese momento habían sido faldas y blusas durante el día y casi siempre, pantalón vaquero por las noches, pero eso no significaba que no pudiera tener un surtido de prendas bordadas con lentejuelas.

—¿Podrías llevar un vestido elegante a Londres? —continuó Román—. Cuando volvamos tenemos que ir a una fiesta.

—¿Qué fiesta?

—Haces demasiadas preguntas. ¿Siempre antepones tu trabajo a todo?

La idea era interesante. Sammy estuvo a punto de analizarlo con él, pero se reprimió. ¿Por qué habría de hacerlo? No había pasado por alto el hecho de que él había conseguido sacarle mucha información haciendo preguntas aparentemente inocentes. Él, por otro lado, casi nunca le contaba nada de él, a menos de que tuviera algún motivo.

—¿Qué fiesta? —repitió la joven negándose a tragarse el anzuelo.

Román esbozó una sonrisa como si le hubiera adivinado el pensamiento.

—Sólo es una pequeña fiesta que va a ofrecer una modelo llamada Yvonne Ridley. Quizás hayas oído hablar de ella.

Por supuesto que había oído hablar de ella. Yvonne Ridley era el rostro que la miraba desde las portadas de numerosas revistas con desagradable regularidad. Era pelirroja, de tez color marfil y tenía unos ojos violeta impresionantes. Sammy estaba convencida de que la mayoría de las mujeres se acostaban por las noches deseando despertar a la mañana siguiente milagrosamente transformadas en Yvonne Ridley.

La idea de verse vestida con un vestido pretendidamente seductor al lado de Yvonne Ridley, que no necesitaba ese tipo de ropa para tener un aspecto sensual, era una broma.

—¿Cómo la conociste? —preguntó Sammy, tratando de no mostrar mucho interés.

—Solía salir con ella. Sammy sintió que el estómago le daba un vuelco.

Pero, ¿no había sido ella la que había hecho la pregunta? No le había proporcionado satisfacción saber que la modelo era precisamente el tipo de mujer que imaginaba colgada del brazo de Román.

—¿Solías? —preguntó sin poder reprimirse.

—Nos vemos cuando vuelve de Inglaterra —Román la miró de reojo—. Trabaja mucho en el extranjero.

—¡Qué suerte! —murmuró Sammy con dolor.

—¿Por qué, por acostarse conmigo o porque trabaja en el extranjero?

—Creo que la respuesta es evidente —replicó—. Desde luego, por viajar al extranjero —se alegró al ver que la sonrisa de Román

desaparecía—. Envidio a la gente que viaja con frecuencia, aunque… —su voz se tornó maliciosa lo cual no era usual en ella… —aunque lo único que hagan sea permanecer de pie en el mismo lugar de la playa con cientos de cámaras tratando de plasmar su ángulo más favorecedor.

—¿No te gustaría hacer algo parecido? —Sammy supuso que Román se estaba burlando de ella.

—No creo que haya ninguna posibilidad de que eso ocurra. No me imagino siendo famosa ni apareciendo en las portadas de las revistas.

—Cierto —aceptó Román—, Seguramente, tu genio explosivo haría que las cámaras terminaran en el mar cuando te pidieran que hicieras algo que no desearas.

Después de oír esas palabras, Sammy metió una cinta nueva en su grabadora y observó a los coches que los pasaban. Tendría mucho que hacer en Padley. Iría a la oficina para ver a sus amigos y averiguar qué había sucedido durante su ausencia.

No había estado fuera mucho tiempo, pero tenía la sensación de que habían sido años. No era probable que hubiera ocurrido nada, pero a veces las noticias emocionantes sucedían en cuestión de minutos. Alguien podía haber descubierto algo, aunque si era sincera consigo misma debía admitir que en Padley nunca sucedían nada importante. La adquisición de Román de Thurston Manor había sido la noticia del año.

Lo miró de reojo y se preguntó qué impacto causaría en la solteras del pueblo. Desde luego, él no se fijaría en ellas, acostumbrado a salir con mujeres como Yvonne Ridley.

—¿Qué piensas hacer mañana por la noche? —preguntó Román, cuando estaban pasando por la calle High.

—¿Por qué lo preguntas?

Sammy no tenía ningún compromiso porque no le había apetecido planear nada. Tenía demasiadas cosas en la cabeza para ir a distraerse, aunque quizá sus amigos la convencieran de que fuera a tomarse una copa después del trabajo.

Definitivamente, Román no estaba en su lista como posible compañía para la noche del sábado.

—He pensado que quizá te gustaría ir a Thurston Manor para ver cómo van las reparaciones. Después, podemos ir a cenar.

—Lo siento —respondió al instante—. No puedo, tengo otros planes.

—¿Qué planes?

—No te incumben, pero gracias por la invitación. Quizá lo haga en otra ocasión —no habría otra oportunidad, pero él no debía saberlo.

Como Román no contestó, Sammy creyó que había dado por zanjado el tema.

—Seguramente saldrás con tu novio —dijo de repente.

Sammy no contestó.

—Contéstame cuando te dirijo la palabra —murmuró irritado mientras dirigía el coche hacia la calle en la que Sammy vivía. Sorprendida, Sammy se volvió hacia él.

Por lo que había visto, sabía que Román estaba acostumbrado a salirse con la suya, pero se enfadó al comprender que estaba dando por hecho que ella sería una de las muchas personas que sin chistar, obedecían sus órdenes.

—No soy propiedad tuya —dijo tratando de enfrentarse con aquellos inmensos ojos verdes sin estremecerse. —Pienso hacer lo que más me apetezca cuando me hablas. Además, no me he dado cuenta de que me estabas haciendo una pregunta. A mí me ha parecido una afirmación.

—No seas insolente.

Sammy levantó la maleta que tenía a sus pies y se dispuso a abrir la puerta del coche, pero antes de que pudiera hacerlo, Román le agarró la muñeca y se inclinó hacia ella.

A Sammy comenzó a latirle con fuerza el corazón, y se reclinó en el asiento; Román cambió levemente de postura.

—Con tu permiso, me apetece salir. Te acompañaré a la puerta.

—No es necesario abrió la puerta y cruzó la calle, se acongojo al darse cuenta de que él la seguía.

Llegó a la puerta, introdujo la llave en la cerradura, se volvió y dijo educadamente:

—Gracias por acompañarme. ¿A qué hora vas a venir a buscarme el domingo? —entreabrió la puerta sólo lo suficiente para pasar, pero Román la abrió más para poder entrar él también.

—¿No me vas a ofrecer una taza de té o café?

—No tengo leche. Muy bien, lo tomaré sólo. —Él se sentó en el

pequeño sofá y comenzó a hojear una de las revistas que debía haber dejado Catherine.

De mal humor, Sammy dejó la maleta en el suelo, pero no cerró la puerta, a pesar de que el aire que se filtraba era helado. Román había insistido en beberse una taza de café; pues bien, ella se la prepararía, pero no le permitiría quedarse más tiempo del necesario.

—Hmmm —murmuró él, cuando minutos después ella volvió de la cocina con una taza—. El color es interesante. ¿Qué marca de té usas?

Sammy no se rió. Permaneció cerca de él con los brazos en jarras y golpeando el suelo con el pie impaciente.

Fue un error porque Román la miró divertido como si fuera absolutamente consciente del juego que ella se traía entre manos. Se apoyó en el respaldo y sorbió el té con enfurecedora lentitud.

—Dime adónde vas a ir mañana por la noche.

—Ya hemos hablado de ese asunto.

—Tu primera respuesta no ha sido satisfactoria.

¡Qué atrevimiento! Sammy no conocía a nadie tan insistente como él. Pensó que un hombre normal habría comprendido que su actitud daba a entender que no quería hablar del asunto, pero Román no era un hombre normal. Sammy comenzaba a pensar que la reticencia de ella era un reto para él.

Como si eso no fuera bastante malo, Sammy se estaba quedando helada por el aire que entraba por la puerta. Se dirigió a ella y la cerró de golpe.

—Muy bien —dijo Sammy por fin al darse cuenta de que él no le prestaba atención a su insinuación—. Si quieres saberlo, quizá vaya a tomar una copa. Pero me acostaré temprano.

Román se había terminado el té y ella extendió la mano para recibir la taza y, con un movimiento exagerado, consultó su reloj.

—Tranquila, ya me voy —Román se había puesto de pie sonriendo y se inclinó para hablarle al oído.

Sammy seguía sintiendo su aliento en la nuca mientras él salía, encendía el motor del coche y se alejaba. Robbie se había enroscado alrededor de sus tobillos y Sammy lo levantó, lo colocó sobre su hombro y lo acarició deseando que su vida fuera tan sencilla como la del animal.

Como había rechazado la invitación de Román para cenar, Sammy se sintió obligada a no quedarse refunfuñando en casa el sábado por la noche.

No era una persona solitaria y la idea de pasar horas en un apartamento vacío pensando en su difícil situación no le parecía muy tentadora, a pesar de que pocas horas antes había añorado estar sola. Decidió que la gente sobreestimaba la soledad.

Sería inútil seguir pensando en sus reacciones ambiguas ante un hombre que no debía importarle. No cambiaría el hecho de que lo único que debía importarle era su trabajo. No debía olvidar que para Román el amor era sólo sexo, que le gustaban las mujeres atractivas pero tontas y recordar muy bien que ella no era ni lo uno ni lo otro. Además, él la consideraba poco mundana e infantil. No lo había dicho con esas palabras, pero ella lo había intuido en algunos de sus comentarios de él.

Llamó a Florrie y quedó en encontrarse con algunos de sus colegas a eso de las seis y media.

No era la cita que Román pensaba, pero quizá la ayudaría a olvidar algunas cosas.

Se puso un pantalón y un suéter de rayas que una de sus tías le había regalado para la Navidad y que le quedaba bastante ancho. Se vistió rápidamente y se miró en el espejo, pero en vez de ver su imagen imagino el escrutinio burlón de Román y recordó que él había dicho que no se la imaginaba vestida con elegancia.

Se quitó toda la ropa y se observó desnuda en el espejo. En realidad, no necesitaba esconderse con prendas tan anchas. No era alta, pero era delgada y bien proporcionada y sus senos eran altos y firmes, aunque pequeños.

Impulsivamente, Sammy buscó en el armario y encontró un vestido ceñido de lana rosa. Se lo puso y se sorprendió al ver lo bien que le quedaba. Realzaba sus curvas, la estrecha cintura y las caderas. La combinación del vestido con las botas de cuero café claro la favorecía.

Se maquilló con más esmero que de costumbre y encontró un lápiz labial casi del mismo tono del vestido. El cuadro final no estaba nada mal.

Cuando se reunió con los demás en el bar se sintió tontamente halagada por los silbidos de admiración que le brindaron.

—¡No me digas que vivir en Londres te ha cambiado! —Florrie sonrió y Sammy protestó vigorosamente diciendo que estaba absolutamente orgullosa de ser de pueblo.

La reunión comenzó a terminar poco después de las ocho y media. Algunos habían quedado de ir al cine e invitaron a Sammy, pero ella los rechazó con un movimiento de cabeza.

Estaba a punto de levantarse para salir con los últimos que quedaban cuando miró hacia la barra y se quedó paralizada. Debió palidecer porque Florrie le preguntó qué le pasaba.

—No es nada —respondió Sammy con dificultad—. Vete, te llamaré mañana. Quizá podamos vernos. Comeré con mis padres, pero estaré libre la primera parte de la tarde.

Después de que Florrie saliera, Sammy volvió a dirigir la vista al bar con la esperanza de que la pesadilla hubiera desaparecido, pero Derek Cairns seguía ahí. sentado en una mesa mirándola y llamándola con gestos.

Sammy titubeó porque no sabía si debía acercarse, pero decidió que si él estaba allí porque había querido verla para volver a ser parte de su vida más le valía aclararle de buenas a primeras que no quería volver a verlo. Ya se lo había dicho, pero era evidente que él no había aceptado su mensaje.

Apretó los labios y decidió que aquella vez lo convencería aunque tuviera que taladrarle el cráneo para conseguirlo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó enfadada. ¿Cómo había podido sentir algo por ese patán? Tenía el pelo demasiado bien peinado; los dientes, demasiado blancos; el rostro demasiado encantador. El la miraba con lujuria y parecía haber bebido más de la cuenta.

Lo observó con desdén.

—Siéntate, siéntate — Derek señaló una de las tres sillas desocupadas, pero Sammy permaneció de pie.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó con frialdad.

—¿No te ha dicho tu hermana que estuve buscándote?

—¿Para qué?

—¿Necesito un motivo? Te echo de menos —dio un gran sorbo a su bebida—. Mi esposa y mis hijos me han abandonado y me siento muy solo. Quiero que reanudemos nuestra relación.

Hablaba cada vez más fuerte y Sammy se sentó en la silla más lejana de él rezando en silencio para que no comenzara a gritar.

—No me importa que tu esposa e hijos te hayan dejado pronunció cada sílaba con desdén—. No quiero tener nada que ver contigo, ni ahora ni nunca. ¿Comprendes?

—No lo dices en serio, Sammy —alargó el brazo y la agarró la mano, pero ella la retiró.

Observó su rostro apuesto, pero vacío, y no supo a quien odiaba más: si a Derek por ser frívolo y mentiroso o a sí misma por haber sido tan tonta.

—Estoy hablando completamente en serio —murmuró—. No quiero tener nada que ver contigo y si vuelves a acercarte a mí te denunciaré a la policía.

Derek se quitó entonces su máscara de tristeza y amabilidad.

—Te arrepentirás —la amenazó y ella se estremeció de temor—. Me estuviste excitando durante seis meses y deseo lo que merezco.

—Si recibieras lo que mereces, estarías encerrado en algún sitio —dijo sin pensar y abrió los ojos de par en par al ver el intenso odio que se reflejaba en el rostro de Derek.

—¡Perra frígida! —tronó inclinándose hacia adelante—. Presta atención, te arrepentirás.

Sammy se puso de pie asustada. Se alejó de la mesa y se dirigió lo más calmada y decidida que pudo hacia la salida. Suspiró al sentir que el aire le enfriaba las mejillas.

No se movió durante unos minutos, respiró hondo y vio un Jaguar plateado aparcado al otro lado de la calle. ¡Román! ¿Habría estado ahí todo el tiempo? Trató de mirar hacia adentro, pero las cortinas le impedían ver el interior.

¿Qué pensaría de ella? Le había hecho creer que iba a salir con su novio. Su amante, corrigió disgustada. Debía haberla visto con Derek y quién sabía lo que se había imaginado.

En ese momento no le importó mucho porque seguía obsesionada con la amenaza de Derek.

Desde el inicio de su relación, había sabido que, a veces, se comportaba de un modo caprichoso e infantil, pero nunca le había visto los dientes como aquella noche en el bar. Desde luego, no había sido nada agradable.

Paró a un taxi para no ir andando a su apartamento y sólo al quedar encerrada en su habitación con Robbie al pie de la cama, se sintió segura.

¡Qué habría querido decir Derek al sugerir que se arrepentiría? En vano trató de olvidar la amenaza.

Finalmente desistió y se puso a leer hasta pasada la medianoche. Los ojos por fin se le cerraron y concilio el sueño.

El insistente timbre del teléfono la despertó. Contestó y oyó la voz de Román. Con un deje de rudeza le decía que saldrían de Padley al cabo de una hora.

—¡Sólo son las siete y media! —protestó después de mirar el despertador.

—Sé muy bien qué hora es —respondió Román con frialdad.

—¡Pensaba comer con mi familia!

—Cancela el almuerzo. —Sammy pensó en la orden durante unos segundos.

—Puedo ir más tarde en tren —transigió.

—Olvídalo, vendrás conmigo.

—Estoy harta de tus órdenes —gritó y comprendió que le resultaba más fácil lidiar con él cuando no se veían—. No creo que haya ningún problema en que vaya más tarde. No te estoy pidiendo que me pagues el billete del tren y no puede haber ningún motivo para que vaya temprano.

—Entonces, comeremos juntos —declaró después de un breve silencio.

—Creo que no me has oído, voy a comer con mis padres.

—Estoy seguro de que no les molestará alimentar a una persona más. Después nos iremos. Además, me mistaría conocerlos.

Sammy tuvo que sentarse en la cama, ¡eso era el colmo! No sólo había tenido que lidiar con sus sentimientos en Londres, sino que iba a tener que hacerlo hasta en la casa de sus padres.

Y lo peor era que sabía que a sus padres les encantaría conocerlo. Desde que ella había aceptado ese trabajo, no la habían dejado en paz con sus preguntas acerca de él:

—¿Y bien, a qué hora voy a buscarte? —preguntó Román.

—Once y media —gritó Sammy, antes de colgar de golpe.

Fue a la cocina, vio que no tenía nada que comer así que sólo alimentó al gato.

Recordó fragmentos de su encuentro con Derek y se dirigió a la sala sintiendo renacer el mismo miedo que la había asaltado la noche anterior.

De pronto pensó que sería un alivio volver a Londres, donde al menos, podría borrarlo de su mente. Era mil veces preferible tener que lidiar con los incesantes y confusos sentimientos que Román le provocaba que el miedo que había sentido al ver a Derek. Sabía que si se quedaba en Padley, el miedo no desaparecería.

Ella le había aclarado perfectamente su situación y esperaba que cuando el efecto del alcohol desapareciera, Derek comprendería que no había la menor posibilidad de que albergara por él otro sentimiento que no fuera amargura.

Sin embargo, algo en el tono de su voz y en su mirada le impedía restar importancia a lo ocurrido. Derek había conseguido asustarla de verdad. Se repitió que le había hablado en ese tono por culpa de la bebida. Derek Cairns era esencialmente un cobarde y no se atrevía a hacer nada más que amenazar en vano. De todos modos…

Miró el apartamento vacío y rió nerviosa por su propia tontería. Padley era un pueblo pequeño y conocía muy bien a los vecinos. Bastaría con que gritara para que todos acudieran, así que esa horrible situación nunca se presentaría.

Se alegró ridículamente al ver a Román que llegaba por ella a las once y media. Le dejó un recado a Catherine encima de un mueble de la cocina en el que le decía que estaría ausente durante lo que faltaba del fin de semana y bajó corriendo y al coche antes de que a Román se le ocurriera volver a entrar en su apartamento.

Román iba vestido con un pantalón de pana negro y un jersey color avena y Sammy sintió que el pulso se le aceleraba al verlo. En ese mismo instante, se olvidó completamente de Derek.

Tal como había imaginado, a sus padres les encantó conocerlo. Desde que entró en la modesta casa de tres dormitorios, Román lo aceptó todo de buen talante. Hizo preguntas sensatas e inteligentes sobre el jardín y habló de Padley y de su decisión de comprar Thurston Manor. Más o menos, redujo a Sammy al papel de observadora silenciosa.

Para cuando estuvo listo el almuerzo, sus padres ya hablaban con Román como si fueran viejos amigos. Y cuando la madre de Sammy llevó a su hija a la cocina, ésta fingió no notar su mirada inquisidora.

—No, mamá —dijo finalmente para contestar a una pregunta no

formulada—. Si estás buscando otro yerno, ya puedes ir olvidándote de éste. Créeme, mi red no es suficientemente grande para pescarlo, y además, tampoco me gustaría hacerlo —frunció el ceño con impaciencia ante la exhaustiva observación de su madre.

—No he dicho una sola palabra —contestó su madre, divertida.

—No ha sido necesario.

—Pero tienes que admitir que es un joven encantador.

—Mamá… —advirtió Sammy en tanto metía un dedo en la crema batida del postre.

—Y muy apuesto —continuó la señora sacando sus mejores platos y las cucharas de plata.

—Olvídalo, no quiero casamenteras ni miradas extrañas. De hecho, me gustaría que hablarais de algo tan inofensivo como el tiempo hasta que nos vayamos.

—Por supuesto, querida —su madre salió de la cocina y Sammy, frustrada, empujó el carrito con el postre con la mirada fija en la puerta cerrada.

Debería haberse imaginado que esa sería la reacción de su madre al ver a Román. Desde la desastrosa relación con Derek, su madre no había dejado de sermonearla acerca del peligro de convertirse en una amargada por culpa de un solo hombre.

Sammy respiró hondo y se pasó el resto de la comida nerviosa temiendo que su madre soltara algún comentario, que pudiera interpretarse ambiguamente.

Fue un alivio ver que Román se ponía de pie justo después de las tres para anunciar con tristeza que era hora de irse.

—Esperamos que venga pronto —comentó animada la señora Borde.

—Es un hombre muy ocupado —le informó Sammy.

—Volveré, lo prometo —repuso Román, haciendo caso omiso de las palabras de Sammy.

Sammy miró enfadada a su madre y ésta le dio un cariñoso abrazo.

—No te olvides de llamarnos, querida.

—¿Lo he olvidado alguna vez? Dile a Catherine que Robbie necesita atún. Se lo doy una vez a la semana.

El ruido del motor del coche ahogó sus palabras. Saltó al coche y cerró la puerta. Se despidió agitando el brazo hasta que perdió de

vista a la casa.

Capítulo 5

TRES días después, cuando Sammy habló con Catherine, ésta se quejó porque desde que sus padres habían conocido a Román no dejaban de hablar de que ya era hora de que ella dejara de cambiar de novio cada semana.

—No sabía que había tantos jóvenes en Padley —comentó Sammy.

—Te sorprenderías. Además, hay otros sitios cerca de Padley.

A Sammy no le interesaba la proximidad geográfica de Padley con otros sitios y tampoco le interesaba la agitada vida sentimental de su hermana. Quería saber si Derek había desaparecido de allá.

—Yo no lo he visto —respondió Catherine, titubeante.

—Perfecto.

—Pero sé que no ha dejado de hacer preguntas por todas partes.

—¿Qué tipo de preguntas?

No puedo decírtelo con exactitud. A mí me lo ha contado una amiga y ella lo supo por otra amiga. Ya sanes como son las cosas aquí. Si alguien estornuda, todo el pueblo se entera y el médico va a verlo para asegurarse de que no se trata de algo grave.

Sammy lo sabía perfectamente. Estuvo pensando en lo que Catherine te había dicho y llego a la conclusión de que cualquier pregunta que Derek Cairns hubiera hecho no le daría resultado. Ella no estaba en Padley y él no podía ir a verla a su apartamento.

Pensarlo la hizo sentirse mucho mejor y escuchó de buen humor a Catherine mientras le contaba con todo lujo de detalles por qué había tenido que cortar con su novio la semana anterior.

¿Por qué las conversaciones con su hermana siempre la dejaban agotada mentalmente? Se volvió y notó que Román la miraba fijamente.

Iba vestido con un pantalón informal y una camisa de manga corta y parecía más atractivo y peligroso que nunca.

Sammy desvió la mirada y se sentó.

—¿Con quién hablabas? —preguntó Román en tono indiferente mientras ojeaba el periódico que tenía en las manos.

—Con mi hermana —respondió—. La he llamado para saber cómo está Robbie y preguntar si ha ocurrido algo interesante en

Padley.

—¿Ha pasado algo? —se desperezó en la silla, cruzó las manos detrás de la cabeza y la observó con los ojos entrecerrados.

—No.

—Quizá estén esperando a que vuelvas —musitó.

—Quizá Padley sea un pueblo aburrido. Sobre todo si se compara con la bulliciosa Londres. Me parece muy raro que te hayas comprado allí una casa.

—Todos necesitamos descansar.

—Tenía entendido que los magnates nunca descansan —murmuró. De hecho, parecía que Román nunca lo hacía. Trabajaba a todas horas y aquella noche era la primera que pasaba en el apartamento desde que habían llegado.

—¿Por qué lo dices?

—Bueno, desde que vinimos, has salido todas las noches —se horrorizó al escucharse—. ¿Con quién? ¿Estoy a punto de conocer la otra cara, de la moneda?

—¿Te gustaría verla? —Román levantó la mirada y Sammy contuvo nerviosa el aliento. ¿Qué habría querido decir? Su expresión no le revelaba nada, pero de todos modos a ella no le importaba.

—Supongo que la conoceré el viernes —no se mordió la lengua.

—Me alegro de que no lo hayas olvidado —cruzó las piernas y fijó la mirada en la punta de su zapato—. Cuando se trata de compromisos, por experiencia sé que las mujeres enamoradas se vuelven un poco olvidadizas.

La observó con rapidez y ella no contestó. ¿Enamorada? Vaya, no podía haber dicho nada que estuviera más lejos de la verdad.

En cuanto a olvidar la fiesta, ¿cómo hubiera podido hacerlo? Esa sería su gran oportunidad de conocer los últimos detalles de la personalidad de Román antes de comenzar a escribir su artículo.

La fiesta de Yvonne Ridley. No le apetecía asistir, pero no había dejado de pensar en ello. Cada vez que lo recordaba, imaginaba a esa mujer en brazos de Román y el estómago se le revolvía.

Espero que tengas un vestido apropiado.

—Lo dudo —respondió—. Es decir, ¿qué es apropiado para una fiesta de la alta sociedad?

—¿Qué te parece tu vestido rosa? —Sammy se sonrojó y desvió

la mirada. Era la primera vez que él mencionaba, aunque de manera indirecta, que la había visto en el bar con Derek.

—No lo he traído a Londres. —Román se puso de pie, se acercó a la ventana y se sentó en el antepecho.

—¿Lo usas sólo para momentos especiales? —preguntó—. ¿Cómo cuando estás con tu amante?

—Me lo pongo cuando me aburro de la ropa que utilizo para ir a trabajar —respondió Sammy.

—¿Y por qué yo sólo te he visto con ese tipo de ropa? —preguntó Román sin quitarle los ojos de encima—. ¿Porque no soy tu amante?

Sammy se tensó. Sin saber qué contestar y se lo quedó mirando alucinada y sintiéndose muy torpe.

—Tendrás que comprar algo —dijo él bruscamente—. No puedes ir vestida como siempre.

—¿Quieres decir que no puedo ir con un pantalón vaquero y una camisa de punto? ¡Gracias por advertírmelo!

Pero Sammy tenía que admitir que Román tenía razón. Tendría que comprarse un vestido.

Era una lástima que Catherine no estuviera cerca. Algún vestido de su hermana la hubiera ayudado. Casi siempre que salía de compras volvía sin nada por indecisa ya que lo que había visto era o demasiado llamativo o excesivamente insignificante.

En Londres terminaría comprando algo de prisa en el último minuto.

—Tendré que tomarme el viernes libre.

—¿Para qué? —Román frunció el ceño.

—Para comprar un vestido.

—Muy bien, iré contigo.

Sammy lo miró horrorizada. Aquello era lo último que deseaba. Román sabía mucho de modas. Seguramente la obligaría a comprar algo que se saliera de su presupuesto y ella tendría que estar pagándolo durante los siguientes diez años.

Además de esa consideración práctica, no se le ocurría nada peor que ir acompañada por Román.

—Gracias, pero odio ir de compras acompañada —dijo con firmeza.

—Tonterías.

—¡Es cierto! —protestó tratando de ocultar la desesperación en su voz—. Puedo hacerlo sola.

—Bien, pero no compres nada pensando en el precio. Yo pagaré.

—¡Olvídalo!

—Sammy, no ha sido una sugerencia. Asistirás a la fiesta porque yo te lo pedí y pienso pagar el precio del vestido que compres. Por supuesto, espero que sea un vestido apropiado para la ocasión.

—¿Qué quiere decir «apropiado»? —preguntó por fin. Lo que para ella era apropiado probablemente no tenía r.aaa que ver con lo que él pensaba y ella no quena presentarse en una fiesta elegante, con fotógrafos por doquier, siendo la única mujer con vestido largo, corto o pantalón.

—Ponte de pie —le ordenó de pronto Román.

—¿Para qué?

—Para que te vea.

Sammy obedeció a regañadientes y deseó no haberle pedido su opinión.

A Sammy comenzó a darle vueltas la cabeza cuando Román se acercó. El aroma que Román emanaba siembre tenia aquel efecto embriagador en ella. Irritada, se dijo que Román debería embotellarlo como un perfume masculino. Vendería millones. Cuando Román le ciño las manos, ella las retiró con furia y cruzó los brazos de manera protectora frente a sus senos.

—¿Cómo puedo saber que te va a sentar bien si te pones así? —preguntó divertido. Le descruzó de brazos y la observó con ojos brillantes.

Sammy nunca se había sentido tan torpe.

—¿Has terminado? —preguntó irritada y se sentó para no arriesgarse a que Román pudiera oír los fueras latidos de su corazón.

—¿Por qué te pones tan nerviosa cuando te toco?

—Si no me vas a dar un buen consejo te agradecería que…

—¿Qué?

—¡Que te callaras! —gritó irritada por la abierta sonrisa de Román.

—Te comportas como si fueras una virgen ultrajada. ¿Lo eres?

Sammy lo miró fijamente.

—¡Me voy a la cama!

—¡Está bien! —le dijo Román y se alejó.

Sammy hizo todo lo posible por ignorar el brillo de sus ojos.

—El rojo debe quedarte muy bien, pero olvídate de las puntillas y de los volantes.

—¿Puntillas y volantes? Román no le estaba diciendo nada que ella no supiera. Tampoco ella quería terminar teniendo aspecto de árbol de Navidad.

Se odiaba por su falta de confianza en su físico y se odiaba más todavía por el hecho de no poder ocultárselo a Román. Con razón, él la consideraba muy divertida. Con envidia, pensó que a Catherine le encantaría contar con la atención de Román; su hermana florecería ante un escrutinio como aquél.

—¿Estás segura de que no quieres que te acompañe? Mi reunión de mañana terminará a las once y podríamos estar en Harrods al mediodía.

—Gracias, pero sabré hacerlo sola, no soy tan inútil —lo miró con fiereza.

—No —aceptó quedo—. No lo eres —la miró sombrío.

Tras las palabras de Román, se hizo un tenso silencio y Sammy salió de la habitación de prisa y a la mañana siguiente, se aseguró de estar fuera de la casa mientras él se vestía, pero llegó a la calle Oxford media hora antes de que abrieran las tiendas y tuvo que esperar.

Se dedicó a la tarea con la precisión de un general siguiendo una estrategia.

Estaba a punto de desistir cuando un bonito vestido, color salmón de una de las tiendas más exclusivas de la calle Bon le llamó la atención.

Le gustó de inmediato. Era de seda, ajustado hasta la cintura, y terminaba a la altura de las rodillas.

La dependienta la halagó con efusividad cuando se lo probó. Sammy ignoró todas sus palabras. Con el precio del vestido la dependienta habría hecho lo mismo si estuviera atendiendo a alguien con aspecto de elefante.

De todos modos, admitió que le sentaba bien. El vestido estaba confeccionado a la perfección. Lo pagó y dedicó la siguiente hora a comprarse un par de zapatos negros y bisutería. Volvió al apartamento muy contenta.

Román, cuando volvió, le preguntó si había encontrado algo y Sammy tuvo el deseo infantil de esconder el vestido hasta el momento de ponérselo para ver el efecto que le causaba a Román. Pero el lado más serio y racional de su personalidad le indicó que no causaría ningún efecto. ¿No se pasaba Román el tiempo libre con mujeres con las que ella nunca podría competir? De todos modos, se respondió que había encontrado algo, sin describir el vestido.

Se decepcionó cuando Román se limitó a asentir y a decir que esperaba que fuera elegante.

Él se quitó la corbata y corrió escalera arriba y Sammy lo observó irritada a causa del extraño dolor que le causó su falta de interés.

Tuvo ganas de gritarle que no era nada elegante, que era horroroso y que, cuando se lo ponía, parecía estar en el noveno mes de embarazo.

Esperó hasta oír que Román cerraba la puerta de su habitación para subir a la suya y bañarse con calma. Se lavó el pelo, se lo secó con el secador y se lo cepilló hasta dejárselo brillante como la seda.

Como no conseguía nunca dominar sus rebeldes rizos, ni siquiera lo intentó y en vez de eso se lo cardó hasta conseguir un efecto informal que no le quedaba mal.

¡Que le importaba que no le gustara a Román! No se estaba arreglando para él, ¿o sí? Se puso medias transparentes, los zapatos de tacón y deseó que fueran tan cómodos como cuando se los había probado porque no quería terminar cojeando por culpa de alguna ampolla.

Al final se puso el vestido que le gustó más que cuando se lo había probado en la tienda. Pensó que lo habían diseñado pensando en ella. Le acentuaba curvas que antes había ignorado y, por primera vez en años, se sintió atractiva.

Cuando se vio de pie al final de la escalera casi creyó que estaba en el decorado de una telenovela.

Román la estaba esperando abajo, dándole la espalda y tenía la mano en el bolsillo del pantalón. Se volvió y Sammy pensó que nunca antes había visto a un hombre tan atractivo.

Tenía el pelo peinado hacia atrás y llevaba el traje de etiqueta con una soltura que hacía aumentar su atractivo.

Román no hizo ningún comentario mientras Sammy bajaba, pero

no le quitó la vista de encima hasta que ella sintió que se sonrojaba. Román le sostuvo el abrigo para que se lo pusiera.

—Y bien —murmuró nerviosa por la insistente mirada de Román—. ¿No vas a decir nada? —se humedeció los labios y se alejó un poco.

—Me faltan las palabras.

—Muy bien —respondió Sammy inmediatamente—.Así me gusta más —con desesperación deseó que se la tragara la tierra.

La diversión burlona de la mirada de Román cuando le hablaba era preferible a su extraño silencio.

Una vez en el coche, Sammy se tranquilizó al sentir la oscuridad que los rodeaba. Al menos, ya podía respirar. Comenzó a hacerle preguntas formales acerca de la fiesta, dónde la ofrecían y cuanta gente asistiría. No se atrevía a permanecer en silencio. Si continuaba hablando, quizá podría ignorar la ardiente sensualidad que amenazaba con ahogarla.

Cuando el coche se detuvo frente a un prestigioso hotel de Londres se le hizo un nudo en el estómago. Habían alquilado un salón para la fiesta. Un hombre uniformado la ayudó a salir del coche y Sammy, impresionada, vio que Román le daba las llaves para que se llevara el Jaguar plateado al aparcamiento.

Román estaba a su lado. Agarrándola suavemente del brazo, la condujo al hotel que, como la mayoría de los grandes hoteles, estaba decorado de manera impecable, pero muy impersonal.

La fiesta estaba en pleno apogeo cuando llegaron.

Sammy miró a su alrededor interesada, y le susurró a Román que esperaba encontrarse algo más íntimo.

—¿Qué ha sido de los amigos cercanos y la familia? preguntó muy quedo—. ¿O ese concepto es anticuado?

Román rió pero no contestó, no tuvo tiempo. Era evidente que mucha gente lo conocía. Sammy se quedó un poco rezagada, observando. Advirtió que bromeaban con él, pero no podían borrar el miedo reverente que se le concedía a los hombres poderosos, ricos e inteligentes.

Las mujeres lo miraban con disimulo. Sammy se preguntó si Román se daría cuenta de ello. En cualquier caso, ignoraría ese interés, pues estaba muy acostumbrado a él.

Hizo un esfuerzo por participar en la conversación y sonrió con

amabilidad cuando uno de los invitados, un inmenso norteamericano con una chaqueta a cuadros la llamó «jovencita» y le preguntó cómo se ganaba la vida.

Aquel hombre le gustó. Cuando sonreía, su rostro parecía el de un colegial rubicundo. Estaba hablando del lugar en el que vivía cuando Sammy oyó una voz femenina lenta a su espalda.

—Román, cariño, por fin has llegado.

Sammy se volvió y vio que Yvonne Ridley le sonreía de manera seductora a Román; era preciosa y llevaba un vestido que dejaba todo al descubierto. Sammy sólo había visto algo parecido en la playa.

De pronto sintió que le sudaban las manos y, cuando se llevó la copa de champán a ¡os labios, tuvo que controlar un leve temblor.

—Querido —murmuró Yvonne en voz ronca—. Ha pasado mucho tiempo, demasiado —sin pensarlo siquiera, besó a Román en los labios. Sammy se sintió dolorosamente enferma.

—Parece que son viejos amigos —murmuró el norteamericano sonriendo.

—Lo son —Sammy no fue capaz de decir nada más. El murmullo de voces había desaparecido y Sammy sólo oía los latidos de su acelerado corazón.

Román fue el primero en alejarse. Sammy pensó con una puñalada de celos que ese tipo de comportamiento no era típico de Román.

—Veo que has decidido vestirte de acuerdo a la ocasión —le dijo Román a Yvonne. ¿Vestirse? —se preguntó Sammy. ¿Consideraba que eso era un vestido?

Sammy se volvió hacia Jake y se obligó a concentrarse en lo que él le estaba diciendo para ignorar la voz de Román a su espalda. Le pareció que hablaba con Yvonne de algo muy íntimo. La voz de Román definitivamente era acariciante y la de Yvonne ronca e invitadora.

Advirtió la falsa alegría de su propia voz en tanto hablaba con Jake. En todo momento estaba pendiente de Yvonne.

Ésta agarraba a Román posesivamente del brazo y, cuando comenzaron a caminar, Sammy cambió de posición para poder seguirlos con la mirada. Fue bastante fácil. Román era más alto que casi todos los presentes. Además, lo único que tenía que hacer era

mirar hacia el grupo más grande de personas para saber que él se encontraba en el centro.

En ese momento, dos bellas mujeres se habían pegado a él y con malicia, Sammy se dijo que eran como lapas. Quizá también eran modelos. Una tenía el pelo negro; la otra, también una morena, tenía expresión infantil y vacía.

Sin embargo, era evidente que Yvonne era la única que tenía algún derecho sobre él. En ningún momento lo soltaba.

Cuando Román deslizo el brazo por su cintura, Sammy lo observó con celos mal disimulados. Apretó los dientes y se volvió para tratar de concentrarse en la conversación con Jake.

No tenía ninguna posibilidad de competir con las mujeres que rodaban a Román desde que habían llegado a la fiesta.

Por muy realista que fuera, no dejaba de dolerle saber que le gustaba un hombre que podía conquistar a cualquier mujer que deseara.

De manera objetiva trató de convencerse de que todo aquello podía servirle para su artículo. Había mujeres por doquier y Román podía elegir a su antojo.

Sería una información precisa y a la gente de Padley le encantaría.

Cuando empezaron a servir la cena, un extraordinario bufet con todo tipo de embutidos y deliciosas ensaladas, Sammy ya estaba amargada. Le habían presentado a muchas personas, pero no era capaz de recordar sus nombres. Estaba demasiado concentrada en tratar de evitar las imágenes que su mente le proporcionaban de Román e Yvonne en la cama.

Se sirvió y cuando se volvió, vio a Román detrás de ella.

—¿Estás bien? —preguntó él.

—Por supuesto. No hay ningún motivo para que no lo esté —Sammy se alejó, encontró una mesa desocupada y se sentó a comer, aunque no tenía apetito.

No se dio cuenta de que Román la había seguido hasta que acercó una silla y se sentó frente a ella.

—Siento haberte dejado sola —murmuró Román.

—Olvídalo. Ya he visto que hay ofertas más interesantes.

—¿De verdad?

—Por supuesto. Yvonne Ridley por ejemplo, hacéis una

estupenda pareja.

—¿Debo considerarlo como un cumplido?

—Considéralo como quieras —Sammy se concentró en su plato.

—Si no supiera la verdad, diría que estás celosa —dijo Román calmado.

Poco faltó para que Sammy se atragantara con un canapé de salmón ahumado y tomate.

—¡Celosa! —repitió con desdén—. Confundes el interés por los celos. No olvides que estoy aquí en calidad de observadora. He visto que Yvonne Ridley no es la única mujer que conoces… bien.

Román apretó los labios y le dirigió una mirada glacial.

—Haces lo imposible por compararme con ese estúpido al que descubriste en tu maldito artículo. ¿Por qué no dejas de dividir el mundo en blanco y negro? No es cuestión de que yo sea célibe o amante de las faldas. Acepto que no soy virgen desde hace tiempo.

—¿Te parece bien que incluya eso en mi artículo? —preguntó Sammy en tono sarcástico.

—Te estás portando como chiquilla.

—¿Por qué? No hay una sola mujer en este salón a la que no le intereses. Sólo Dios sabe con cuántas te has acostado.

Se había sobrepasado y lo sabía, pero no iba a disculparse por decir algo que creía cierto. Miró a Román y advirtió que estaba a punto de explotar. Sammy sintió algo que no puedo definir; vergüenza por su comentario y también placer por la reacción que con él había provocado.

—¿Quieres que te las señale? —preguntó Román en tono cortante.

—Puedo vivir sin ese tipo de información —replicó Sammy. Tenía un doloroso nudo en el estómago, deseaba llorar, abandonar el salón, al menos para alejarse de la opresiva presencia de aquel hombre. Disgustada, observó su plato medio lleno.

—¿Estás segura? —insistió Román sin piedad—. ¿No te gustaría mencionar algunos nombres, sitios, horas? ¡Dios. Sammy, hablas como si el acto sexual fuera un crimen!

Yvonne la salvó de tener que contestar. Se detuvo a espaldas de Román y apoyó las manos en sus hombros. Román se inclinó hacia atrás y le cubrió las manos.

—¿Os molesta que os acompañe? —preguntó Yvonne,

sentándose en una de las sillas, deslizó la mano hacia el muslo de Román. Román me ha hablado de ti comentó Yvonne en tono condescendiente—, también de tu trabajo. Supongo que la novedad de Londres ya se te ha pasado, debes estar deseando volver a…

—Padley —terminó Sammy por ella.

—Padley —repitió Yvonne—. Nunca había oído hablar de ese pueblo, pero supongo que pronto todo el mundo lo conocerá porque Román ha comprado una mansión cerca de allí —le dirigió a Román una sugerente mirada y él sonrió.

Sammy decidió que no se necesitaba mucha imaginación para saber cómo iban a terminar Román e Yvonne. Seguramente, Yvonne había reservado una habitación en el hotel para ese propósito.

—¡Qué suerte tiene Padley! —masculló entre dientes Sammy y Román se echó hacia adelante como si tratara de descifrar el significado de sus palabras.

—¿Qué has dicho? —preguntó él.

—He dicho que es posible que el pueblo le parezca un poco aburrido a Yvonne —mintió.

—Creo que los pueblos pueden ser encantadores —repuso Yvonne—. Y muy tranquilizantes después de lo mucho que he viajado —rió—. Aunque si voy con Román dudo que llegue a conocer bien Padley. Sin duda estaremos demasiado ocupados.

Sammy se asustó ante la fuerza de sus propios sentimientos. Nunca había tenido que lidiar con los celos y su fuerza la dejó temblorosa.

La hizo pensar que lo que sentía por Román era algo más que una simple atracción física. Empezaba a adentrarse en los dominios del amor. Se acongojó al pensar que estaba enamorada de él.

Román se había inclinado hacia adelante y la miraba preocupado.

—¿Te encuentras bien? —preguntó.

—Estoy bien —respondió, pero la verdad era que nunca se había sentido tan mal y empujó el plato de comida. Yvonne la observó con detenimiento.

—Quizá debas irte a tu casa —sugirió sonriendo con falsedad—. Puedo llamar a un taxi para ti.

—Yo te llevaré —anunció Román, pero Yvonne le apretó la pierna.

—Ah. No lo harás —protestó—. Aún no nos hemos puesto al corriente de todo lo que hemos hecho. Estoy segura de que tu sombra puede irse sola.

—Estoy lista —murmuró Sammy. Se puso de pie y tuvo la sensación de que la habitación giraba a su alrededor—. Voy a ir a buscar un poco de agua.

—Román también se puso de pie y tiró de ella. No seas tonta —murmuró—. Nos iremos si te sientes mal.

—No quiero estropearte tu fiesta —Sammy se soltó y se perdió entre la gente.

Se volvió y vio que Román quería seguir buscándola, pero Yvonne le agarró la cintura con un brazo y lo alejó de ella.

¡Maldito! Salió y el silencio de afuera fue como una bocanada de aire fresco que le permitió pensar libremente.

¿Cómo era posible? ¿Cómo podía haberse enamorado de alguien como Román?

Fue al guardarropa a por su abrigo, pero no se lo puso porque prefirió sentir el intenso frío del invierno. Afuera se dirigió al taxi más cercano.

No se fijó en lo que tardó en volver al apartamento ni por dónde pasaron. Estaba absolutamente perdido en sus pensamientos.

Entró al apartamento oscuro y no se molestó en encender ninguna luz. Fue a la sala y acongojada, se desplomó sobre uno de los mullidos sofás.

Trató de desenmarañar los confusos pensamientos que giraban en su cabeza, pero su mente se negaba a funcionar. No podía razonar, lo único que sabía era que se había enamorado de Román Ferrers.

Las decisiones que había tomado cuando había roto con Derek Cairns no le habían servido de nada. Román había aparecido en su vida y le había abierto una puerta que ella nunca había sabido que existía. Se preguntó si alguna vez podría cerrarla.

Se acercó lentamente al interruptor, encendió la luz y parpadeó incómoda. Luego hizo algo que casi nunca hacía. Se sirvió una copa. Sintió que el líquido le quemaba la garganta y que los ojos se le llenaban de lágrimas.

Llevaba allí unos diez minutos cuando llamaron con insistencia al timbre de la puerta.

¡Román! ¿Habría abandonado la fiesta tan temprano? Intrigada, pensó que debía haberse olvidado sus llaves.

Se dio fuerzas para salir a su encuentro y tratar de ocultar el dolor que la desgarraba por dentro.

El timbre volvió a sonar dos veces y Sammy abrió la puerta con los labios entreabiertos para saludarlos.

Pero no era Román, era Derek y, antes de que pudiera cerrar la puerta, él metió el pie y entró.

—Vaya, volvemos a encontrarnos —murmuró—. ¿Te he sorprendido?

Capítulo 6

Sammy sintió un sudor frío. Sabía que se había puesto pálida y que seguía boquiabierta por la conmoción. Dio un paso hacia atrás sin dejar de mirar a Derek.

—¿Qué haces aquí? —murmuró—. ¿Cómo te has enterado de dónde estoy?

—Preguntas, preguntas. ¿Así se saluda a alguien que se ha pasado horas esperándote? —la observó de pies a cabeza y Sammy tuvo la impresión de que unos insectos viscosos recorrían su cuerpo. Miró la puerta tratando de calcular si llegaría hasta ella para salir antes de que Derek pudiera detenerla.

Había salido con ese hombre, había pasado horas con él, pero en ese momento lo único que sentía era temor. No le gustaba el gesto duro y calculador en la cara masculina. ¿Qué habría querido decir al reprocharle que había estado esperando durante horas? ¿Habría estado espiándola? ¿Cuánto tiempo? ¿Cuántos días? Se desplazo un poco hacia la puerta.

—Si fuera tú, no intentaría nada —comentó Derek. Al ver hacia donde ella había dirigido la vista—, Pero no eres tan tonta, ¿verdad? —le agarro el brazo y Sammy se sobresaltó, pero él la apretó todavía más.

—¿No me vas a enseñar esta casa tan bonita? —pregunte conduciéndola a la sala.

—La puerta de entrada está detrás de ti — dijo Sammy con firmeza tratando de ocultar su nerviosismo.

—¿La puerta? pero si acabo de llegar.

Ya estaban en la sala. Derek cerró la puerta comunicante, la soltó y admiró la magnífica decoración.

Sammy se frotó el brazo y, en silencio, lo observó mientras él admiraba los cuadros originales de las paredes, los muebles antiguos y las alfombras persas.

—Hermoso —dijo Derek, sentándose en uno de los sillones con las piernas extendidas sobre una mesita para el café—. Ciertamente muy bello. ¿Esperabas conocer a un hombre rico?

—La última vez que hablé contigo fue exactamente la última vez —se negó a sentarse para que él no creyera que podía quedarse—.

No tengo nada más que decirte. De modo que si no te molesta…

—¿Qué tipo de bebidas tiene tu amigo?

—¿No has oído lo que acabo de decir?

—Te he oído, Sammy, pero estoy aquí para convencerte de que tenemos que hablar y terminar lo que dejamos a medias.

A Sammy no le gustó lo que acababa de decir. ¡Terminar lo que habían dejado a medias! En lo que ella concernía, todo había terminado entre ellos.

Con disimulo consultó su reloj y le pidió al cielo que Román ya estuviera en camino, pero recordó que estaba con Yvonne y que, probablemente, éste había reservado una habitación en el hotel.

De modo que lo único que podía hacer era intentar que continuase hablando con la esperanza de que perdiera el conocimiento.

—¿Qué te sirvo? —preguntó con voz temblorosa. Se aclaró la garganta y se obligó a sonreír.

—Así me gusta, escocés con soda y que sea doble.

Sammy se volvió hacia el mueble con las bebidas y escuchó que él se quitaba los zapatos.

Por más que trató de tranquilizarse, su mente retornaba a la última conversación que habían tenido en el bar en Padley y a la mirada de odio que le había dirigido cuando la había llamado perra frígida.

Sammy le dio la copa y se sentó lo más lejos posible de él.

Derek bebió con sed y Sammy le sirvió más.

—¿El resto de la casa es tan bonito como esto?

—Sí —respondió a secas—. ¿Cómo has sabido dónde encontrarme?

Derek se tocó un lado de la nariz con un dedo. Un pajarito me lo dijo. Padley es un pueblo pequeño. Hice unas preguntas por aquí y otras por allá y, ¡listo! Por supuesto, hace tiempo que quiero estar a solas contigo.

Sammy no quiso preguntarle para qué, sabía la respuesta. Deseó ser capaz de llevar la conversación a un terreno neutral para que Derek se olvidara de que estaban solos y de que ella tenía miedo.

—¿Cómo va tu trabajo?

—Bien —Derek se encogió de hombros—. Pero ya es hora de que busque otros horizontes. Necesito algo que me permita comprar

cosas tomo éstas —señaló con el brazo la habitación.

—Estoy segura de que lo lograrás —comentó Sammy.

—¡No seas condescendiente conmigo! —la voz y las palabras de Derek la hicieron sobresaltarse.

—No lo soy —explicó—. Sólo he querido decir que te irá bien en lo que emprendas. Haces bien tu trabajo y todo el mundo te respeta.

—Es cierto —respondió apaciguado—. Pero no me pagan lo suficiente. Quizá si yo hubiera sido más rico te habrías acostado conmigo.

Sammy comprendió que debía alejarse lo antes posible de ese tema, aunque la insinuación la había enfurecido.

—El dinero no tiene nada que ver con eso —respondió.

—¿No? Es gracioso que hayas abandonado todos tus principios por alguien a quien no le va nada mal —le sonrió y Sammy apretó la boca.

—¿Te sirvo más escocés?

—Acércate más a mí.

A Sammy le latía con fuerza el corazón. Se aferró a los brazos del sillón.

—Debes tener hambre.

—Sólo te quiero a ti, cariño.

—¿Te sirvo algo de comer? ¿Un emparedado o algo más sustancial? —la desesperación comenzaba a notarse en su voz. ¿Por qué diablos tuvo Román que elegir precisamente esa noche para reanudar su amistad con esa mujer? Ella lo necesitaba en ese momento.

—Más tarde.

Sammy se estremeció horrorizada.

—¿Dónde vives ahora? —preguntó. No podía permitir que Derek dejara de hablar.

—En el mismo sitio, pero solo. ¿Te dije que Jenny se fue con los niños?

Sammy asintió en silencio.

—Desde luego, tú tienes la culpa —continuó en tono tranquilo —. Ella se enteró de lo nuestro.

Sammy deseó preguntarle si su esposa lo había abandonado porque ya no podía seguir soportando sus infidelidades, pero calló. La situación en la que se encontraba no propiciaba la franqueza.

—Lo siento —murmuró Sammy. No era cierto porque pensaba que la esposa de Derek estaba mucho mejor sin ese hombre.

—Si realmente lo sintieras, me lo demostrarías.

—¿Demostrarlo? —preguntó angustiada.

Derek esbozó una sonrisa.

—Nunca llegamos a lo que debió ser la conclusión natural de nuestra relación. Te agasajé. ¿Creías que yo no esperaba nada a cambio?

Sammy se ruborizó de vergüenza. Por enésima vez se preguntó cómo había podido sentir algo por un hombre tan repugnante como Derek.

—No pensé en eso —respondió con voz ronca—. Creía que yo te gustaba —dijo con amargura.

—Por supuesto que me gustas, pero eso no significa que no esperaba que tarde o temprano te acostaras conmigo.

—Pues te equivocaste.

—Eso descubrí —se puso de pie lentamente y estiró los brazos sin dejar de mirar a Sammy—. No deberías haberme incitado, fue un error.

Sammy fue entonces presa del pánico. Se levantó de un salto y se acercó a la ventana. Gritare si das un paso más.

—Hazlo si con eso vas a sentirte mejor, pero nadie te oirá. Eso es lo maravilloso de este tipo de casa antiguas. Se construyeron con paredes gruesas. No son como las casas modernas cuyas paredes son como el papel. Y si el grito es fuerte y alguien lo oye, pensará que ha sido de la televisión. Pero… —consultó el reloj—Las dos y media de la madrugada, ¿quién va a estar por la calle a estas horas?

Derek tenía razón. Las calles estaban desiertas. Sammy se abrazó para intentar dejar de temblar sin control.

Al sentir las manos de Derek en su rostro lo golpeó su temor se convirtió en enfado. ¿Quién diablos se creía aquel hombre? ¿Creía que iba a ceder sin luchar? Si era así, se iba a llevar una buena sorpresa porque estaba más que dispuesta a hacer que se arrepintiera de haberse acercado a ella.

—Eres odioso —gritó y se echó hacia atrás. Se encontró entonces con la saliente de la ventana y Derek aprovechó el momento para agarrarle la muñeca.

—Sé buena chica, Sammy —siseó—. Sólo deseo lo que merezco.

—¡Mereces una condena larga en Broadmoor!
—¡No me insultes!
—¡Sal de aquí! —gritó y sollozó.
Ninguno de los dos oyó que la puerta se abría en ese momento.
Sammy advirtió la presencia de Román cuando éste alejó a Derek de su lado y lo tiró al otro lado de la habitación. Derek chocó pesadamente contra el sofá y jadeando se desplomó al suelo.
Román observó a Sammy preocupado.
—¿Estás bien?
—Ahora sí —dio dos pasos titubeantes antes de que le flaquearan las piernas. Cayó, más que sentarse, al sofá.
Derek se incorporaba con torpeza.
—Ah, no —le dijo Román, mirándolo con desprecio—. Te quedarás aquí hasta que me entere de lo que ha pasado y sepa si Sammy quiere denunciarte.
—¿Qué pasará si no me quedo para averiguarlo?
—Intenta irte antes de que yo termine contigo —dijo Román en tono sedoso—. Créeme, disfrutaré la experiencia de obligarte a ponerte de rodillas.
Derek se puso lívido.
—Sammy —tartamudeó—. Dile que no ha pasado nada.
—¿Quieres que mienta? —Sammy lo observó con asco.
Román estaba de pie entre los dos, como un árbitro en una pelea de boxeo.
—¿Te ha tocado, Sammy? —preguntó. Controlaba la voz, pero la joven se dio cuenta de que estaba haciendo un gran esfuerzo por dominar su enfado. No había mentido al decirle a Derek que disfrutaría obligarlo a arrodillarse.
Sammy nunca lo había visto tan furioso. Parecía un ágil salvaje dispuesto a atacar.
En ese momento, casi compadeció Derek que seguía de pie muy asustado.
—Sólo he venido a hablar… —murmuró.
—Sammy, ¿quieres acusar legalmente a este hombre?
Sammy hizo un movimiento negativo con la cabeza.
Román miró a Derek.
—Sal de mi casa —masculló entre dientes—. Y si alguna vez piensas aparecer en la misma ciudad en la que esté Sammy,

personalmente me aseguraré de que vivas para arrepentirte.

Derek asentía de manera violenta. No volverá a verme —murmuró mientras se dirigía a la puerta.

Sammy y Román permanecieron en la sala y oyeron el portazo.

—Vete a acostar —ordenó Román—. Te llevaré una copa y, en caso de que quieras explicar qué diablos ha pasado aquí, estoy dispuesto a escucharte.

—Estoy demasiado cansada para explicar nada. ¿No puedes esperar a mañana?

—Ya es mañana —respondió Román mientras se quitaba la pajarita que dejó encima de la silla—. Y créeme, yo también estoy cansado, pero tenemos que hablar de algunas cosas. Vete a la cama, te llevaré la bebida y entonces me contarás qué hacías aquí con ese hombre. ¿Has comprendido?

Sammy asintió, pero permaneció donde estaba observando a Román mientras éste servía dos copas de brandy.

—¡Está bien, ya voy! —exclamó cuando él se volvió.

En su habitación se puso el camisón rápidamente y se aseguró de estar bien tapada antes de que Román entrara a su habitación.

A pesar de haber visto cómo había tratado Román a Derek en la sala y de estarle por ello sumamente agradecida, no podía evitar sentirse incómoda ante la próxima presencia de Román.

Unos minutos después, cuando Román entró a la habitación, lo miró con recelo. Sospechó que él conocía los motivos por los que se había tapado cuidadosamente hasta el cuello y se regañó por pensar tantas tonterías.

—Estoy muy cansada —dijo mientras aceptaba la copa de brandy que Román le entregaba.

Román no la prestó atención. Tenía el botón superior de la camisa desabrochado y se había arremangado hasta los codos.

Sammy observó sus manos fuertes y hábiles y desvió la mirada. No era conveniente olvidar dónde habían estado esas manos unas horas antes: sobre el cuerpo de Yvonne.

—He reconocido a ese hombre. ¿Es tu novio?

—No, fue una equivocación —murmuró muy quedo.

Le dio un sorbo al brandy y sintió que se le subía inmediatamente a la cabeza.

Román se sentó en la cama y ella tuvo que hacer un enorme

esfuerzo para no inclinarse hacia el de él.

—¿Qué ha pasado?

—Me estaba esperando —se encogió de hombros—. He entrado al apartamento y, pocos minutos después, ha sonado el timbre de la puerta. He pensado que te habías olvidado las llaves, pero al abrir me he encontrado con Derek. Ha entrado a la fuerza y bueno… ya sabes lo que ha ocurrido después.

Sammy inclinó la cabeza hacia Román y apretó los dientes para dominar el imperioso deseo de llorar.

—¿Por qué, Sammy?

—Hace tiempo estuvimos saliendo juntos, pero dejé de verlo cuando me enteré de que tiene esposa e hijos. De todos modos, él nunca ha aceptado… —la voz le tembló.

—¡Dios, si él te hubiera tocado…! —Román levantó una mano y le acarició la mejilla con un dedo. La habitación pareció encogerse de pronto.

—Pero no lo ha hecho —Sammy se alejó porque sabía que si Román seguía tocándola, aunque fuera sólo para consolarla, iba a olvidarse completamente del sentido común.

—Estaba contigo en el bar, en Padley. —Sammy lo miró sorprendida. Allí traté de aclararle la situación, pero nuestra despedida no fue nada amistosa —recordó la escena con una claridad asombrosa—. No sé que pude ver en él antes murmuró casi para sí—. Me pareció muy tranquilo y sincero cuando lo conocí —levantó los ojos hacia Román y pestañeó—. Me halagó que un hombre como él se hubiera fijado en mí.

—No siempre son correctas las primeras impresiones. De hecho, a menudo son totalmente equivocadas. De todos modos, creo que ese tipo ya no te causará problemas.

—No te he dado las gracias por haberme ayudado.

—Ha sido un placer.

—Creía que esta noche no ibas a volver porque parecías estar divirtiéndote mucho con Yvonne y he supuesto que seguirías juntos hasta mañana.

—¿Qué tratas de insinuar? —Román cambió de expresión.

—Nada —murmuró arrepentida. Román acababa de salvarla de una peligrosa situación y ella, después de agradecérselo, lo había estropeado todo diciendo algo que no tenía sentido. Incluso a sus

oídos sonó como la protesta de una chiquilla minuciosa y celosa.

—No te vas a poder escapar esta vez, Sammy. ¿Qué has querido decir?

—Nada, de verdad. Estoy tan nerviosa por lo que ha pasado que no me doy cuenta de lo que digo.

Lo miró y alarmada comprendió que Román estaba demasiado cerca para que ella pudiera sentirse cómoda.

—¿No eres consciente entonces de lo que dices?

—Algo así… sí, es justamente eso —Sammy se aferró a aquella tabla salvadora y se hundió lo más posible en la cama.

—Si te dejo sola, ¿estarás bien?

Sammy asintió. Román se disponía a irse, pero de pronto ella no quiso que lo hiciera. Su presencia la tranquilizaba y lo necesitaba a su lado.

Asustada, se dijo que aquello era una locura, pero cuando Román se preparó para levantarse, ella le tocó suavemente la mano.

Inmediatamente sintió que el ambiente se llenaba de palabras no dichas.

Sammy apartó la mano como si se hubiera quemado, pero antes de que pudiera volver a meterla en la seguridad de las sábanas, Román entrelazó los dedos en los de ella.

—¿Te hubiera molestado que me quedara toda la noche con Yvonne?

Sammy volvió la cabeza. En ese momento, el contacto con Román la molestaba más que imaginarlo al lado de otra mujer.

Una parte de ella deseaba que Román se fuera; otra, que se quedara y que siguiera acariciándola porque su cuerpo añoraba sentir el contacto de sus manos. Debajo del camisón, los pezones se le endurecieron por el deseo.

Con severidad, se dijo que después de lo sucedido con Derek lo último que deseaba o necesitaba era tener compañía, y menos la de Román Ferrers que tenía la odiosa capacidad de impedirlo actuar con lógica.

Lo miró y, durante un instante, sus ojos se encontraron en la semioscuridad de la habitación.

Sammy abrió la boca para pedirle que se fuera, pero no pudo articular palabra.

Cerró los ojos cuando Román se inclinó hacia ella y comenzó a

besarla con ternura. Gimió una débil protesta, pero su cuerpo ardía como si tuviera fiebre. Se movió mientras él deslizaba los labios sobre los de ella y le exigía más intimidad con la lengua.

—¿Quieres que me quede? —preguntó con voz ronca.

Sammy no contestó, pero le rodeó el cuello con los brazos, lo acercó a ella y entrelazó los dedos en el cabello oscuro.

No quiso decirle cuánto deseaba que se quedara. Pero su cuerpo traicionero hablaba por ella, reaccionaba a sus caricias con la pasión de una fuerza volcánica imposible de controlar.

—¿Quieres que me quede? —insistió.

—Sí —oyó un gemido de Román y sintió que estaba tan acalorado como ella.

—Desnúdame —murmuró Román.

Con dedos temblorosos, Sammy le desabrochó la camisa, cuando terminó, Román se la quitó del cuerpo y se puso de pie.

Sammy lo observó y fascinada notó que él se desabrochaba el cinturón. Sus movimientos eran gráciles y eróticos. El sorprendió su mirada y esbozó una sonrisa, como si fuera consciente del efecto que causaba en ella.

Se quitó lentamente el resto de la ropa. Sammy aceptó que había tenido tiempo para decirle que no deseaba que él se acostara con ella. Román no habría protestado y se habría ido. Lo sabía. Román nunca impondría su voluntad a una mujer que lo rechazara.

Y, desde luego, ella no lo rechazaba.

Estaba embriagada de deseo. Se quitó el camisón y cuando él se tumbó desnudo a su lado, se estremeció involuntariamente.

Román le acarició un muslo y ella, suspirando de placer, entreabrió las piernas.

—Si Derek te hubiera tocado creo que lo habría matado. ¿Te tocó así alguna vez? Contesta, Sammy necesito saberlo.

—No —balbuceó. Nadie la había tocado así. —Nadie lo ha hecho.

Sammy no miró a Román para ver qué reacción habían causado sus palabras.

—Entonces tendré cuidado —susurró Román al oído. Sammy se arqueó un poco para dejar que Román le acariciara el cuello y los hombros con los labios. Después, Román deslizó la boca hasta los senos y los humedeció con la lengua hasta que los pezones se

endurecieron.

En tanto él exploraba cada centímetro de su cuerpo, Sammy se sentía invadida por olas de placer.

Estaba perdida en su mundo de sensualidad que hasta entonces nunca había conocido. Todos sus pensamientos la abandonaron mientras se consumía por un intenso deseo.

Se tensó un poco cuando Román la penetró. Pero él la había llevado a un nivel de deseo desde el que ya era imposible retroceder. Se oyó pronunciar el nombre de Román, una y otra vez, y tuvo la sensación de que su voz procedía de miles de kilómetros de distancia.

Al principio, Román se movía lentamente, después con más urgencia. Se detuvo un instante y después, mediante un ritmo frenético la hizo disfrutar de sensaciones que nada tenían que ver con la realidad cotidiana.

Lo miró soñolienta cuando él se tumbó a su lado y le sonrió. Román también la observaba con sus extraordinarios ojos verdes, pero ella no tenía la menor idea de lo que pensaba en ese momento. ¿Habría sido aquel momento tan importante para él como lo había sido para ella?

Su personalidad normal y racional comenzaba a imponerse. Para ella la experiencia que acababan de compartir era indescriptible. Pero Román… sería menospreciar la realidad decirse que era un hombre con experiencia. La había acariciado de una forma que demostraba que era un sabio en la materia.

¿Habría acariciado así a Yvonne? ¿Miraría a otras mujeres, después de hacer el amor, con la misma satisfacción lánguida y sensual con que la miraba a ella?

Momentos antes le había parecido maravilloso hacer el amor, pero poco a poco, empezaban a invadirla las dudas.

Por ejemplo, ¿qué pasaba de ahí en adelante?

Sammy siempre había estado convencida de que el sexo no debía tomarse a la ligera. Sabía que quizá la mayoría de las mujeres consideraban que hacer el amor era simplemente una secuela de una relación, existiera amor o no. Para ellas eso era correcto y Sammy no pretendía imponer sus principios a las demás. Pero para ella eso no estaba bien.

Comprenderlo fue como recibir un cubo de agua iría.

Román empezó a besarla y ella comprendió asustada que estaba empezando a excitarse otra vez.

—Espera un minuto —murmuró ella.

—¿Qué te pasa?

—No puedo —musitó.

—No puedes, ¿qué?

—No puedo hacer esto —ella misma advirtió la ironía de sus palabras.

Román estaba apoyado en un codo y le acariciaba con languidez un seno con un dedo.

—No puedo hacer el amor cuando se te antoje, sólo porque me atraigas —Sammy apartó la mano de Román y respiró hondo—. No soy ese tipo de persona.

—¿Qué estás intentando decirme? ¿Que sólo harías el amor si estuvieras casada? ¿Es eso?

—No…

—Eso me ha parecido.

—¡Está bien, admito que soy algo anticuada. Supongo que no puedes comprenderlo, pero así es. ¡No tengo la costumbre de acostarme dondequiera con quien sea! ¡No soy como las Yvonnes del mundo que primero hablan con alguien e inmediatamente después se van a la cama!

—¿Estás intentando decirme que lo que acabamos de compartir ha sido un error?

—¡Sí!

—Comprendo —Román se sentó con brusquedad y bajó las piernas por un lado de la cama. Sammy tuvo que controlarse para no aferrarse a él.

—No lo comprendes —insistió.

—Sé que te arrepientes de lo que ha ocurrido —adoptó una expresión glacial mientras se subía la cremallera del pantalón y se ponía la camisa que se dejó desabotonada.

Sammy quiso gritarle que no estaba arrepentida, pero guardó silencio porque el complejo mundo de sentimientos que la embargaba no podría describirse con una simple negativa.

—¿Te has aprovechado de mí porque has pensado que te calmaría y te ayudaría a superar tu penosa experiencia con ese odioso hombrecito? ¿O tal vez has tenido una repentina necesidad

de demostrar que eres atractiva? También es posible que haya sido una extraña manera de demostrarme tu gratitud. Pues bien, considerémoslo como una locura temporal.

Salió de la habitación sin mirar hacia atrás y cerró la puerta de golpe.

Sammy se retorció en la cama. En cuanto se quedó sola, cedió a la derrota. Las lágrimas empezaron a brotar de una forma insostenible de sus ojos.

La asustaba la situación tan terrible en la que se encontraba. Afortunadamente, su trabajo con Román prácticamente había terminado. Daría alguna excusa y se iría por la mañana. Ya tenía suficiente información como para poder escribir una amplia disculpa. Al principio, todo le parecería difícil, pero podría seguir adelante.

Permaneció en la cama pensando en Román y en su propia estupidez por haberse enamorado de un hombre como él. Debería haber controlad sus sentimientos, estaba segura de que hubiera podido lograrlo. De no haberse pasado tanto tiempo mirándolo, quizá habría podido resistir la atracción que la llevaba a él. Y si lo hubiera mantenido a cierta distancia, habría podido evitar el encanto traicionero que había hecho disminuir sus defensas.

Miró el reloj que estaba encima de la mesilla de noche y pensó que en menos de cuatro horas se levantaría, dispuesta a salir de aquella casa y a evitar la influencia de Román. Volvería a la tranquilidad de Padley. El problema era saber si podría volver a tomar las riendas de su hasta entonces, ordenada vida.

Capítulo 7

Román estaba de pie terminando de tomarse un café cuando Sammy bajó al comedor.

—No te has vestido —comentó Román al verla.

—Lo siento —respondió Sammy, mirándose el pantalón desteñido y el suéter—. Yo creía que sí estaba vestida.

—Sabes a qué me refiero. No puedes ir a la oficina con el aspecto de un limpiacristales.

—No voy a ir contigo a la oficina.

—Más te vale ponerte ropa mejor y de prisa. Ya vamos a llegar tarde.

—¿No me has oído? Acabo de decirte que no pienso ir contigo a la oficina.

—Te he oído, pero he pensado que ese es tu estado de ánimo de las mañanas.

—No lo es —gritó Sammy—. Me voy.

—Procura no dejar que el sentimiento de culpa por lo que ocurrió anoche te agobie —dijo Román lentamente.

¿Sentimiento de culpa? ¿Cómo se atrevía?

—Las seis semanas todavía no han terminado —dijo Román en un tono que la retaba a contradecirlo.

—Lo sé, llevo la cuenta de los días que llevo contigo tan bien como tú, pero ya tengo suficiente información para escribir mi artículo de modo que he decidido que este momento es tan propicio como cualquier otro para volver al periódico.

—No tengas tanta prisa.

—No la tengo —murmuró Sammy sin atreverse a mirarlo de frente.

—¿No? Estabas dispuesta a quedarte durante el tiempo que habíamos estipulado y ahora quieres salir volando de aquí como si los demonios del infierno te estuvieran pisando los talones. Creo que tu prisa se debe a la desesperación.

—Muy bien, si eso es lo que crees, dejémoslo así.

—Si temes que se repita lo de anoche, te aseguro que no ocurrirá. Has cometido un error, los dos lo hemos cometido. Y como adultos que somos deberíamos aceptarlo y seguir adelante.

—¡Qué civilizado! —exclamó—. De hecho, te aseguro que no tengo ningún miedo a que se repita lo de anoche. Como te he dicho es hora de que me vaya. Dejé algunas cosas pendientes y cuanto antes las atienda mejor.

—Como quieras — Román se encogió de hombros—. Pero recuerda que tendré que leer todo lo que escribas antes de que lo publiquen.

—¿Por qué? —preguntó sorprendida.

—Usa la cabeza, jovencita.

—¡Ah! —Sammy no pudo editar interrumpirlo—. Ya veo que vuelves a llamarme «jovencita». ¿Es porque Yvonne como se apellide ha vuelto a aparecer en tu vida y es un punto de comparación? —sabía que estaba mostrando su rencor, pero no le importó. Ella no significaba nada para Román. Le proporcionó un placer casi masoquista irritarlo mencionando a Yvonne.

Era casi como si quisiera causarse daño imaginándolos juntos, como un castigo por haber cometido la estupidez de enamorarse de él.

En ese momento Román arqueó las cejas, pero no dijo nada. Permaneció sentado con total indiferencia.

—No comprendo por qué debes censurar lo que yo escriba —murmuró Sammy con testarudez—. Seré sincera.

—Cierto, pero me interesa leer lo que escribas antes de que se publique.

—Muy bien —aceptó a regañadientes—. Te enviaré una copia del artículo terminado.

—Iré a por él porque de todas maneras estaré en Padley el próximo fin de semana.

Sammy quiso preguntarle con quién.

—Siento mucho no poder llevarte a la estación —continuó Román—. Tengo un desayuno de negocios a las ocho y media. Llama a un taxi, la compañía lo pagará.

Sammy comprendió inmediatamente que no tenía otra elección. Pero, por algún extraño motivo le dolió que él no pudiera eludir la reunión para llevarla a la estación Euston.

Le dolió todavía más que Román mostrara tan poca preocupación por su partida prematura, pero, ¿por qué habría de preocuparse él?, se dijo, cansada. Probablemente, hasta se alegraba

de que ella se fuera. Para la mañana siguiente, su dormitorio ya estaría arreglado y nadie se acordaría de que ella lo había ocupado.

Sammy observó a Román mientras él terminaba de beberse el café, se ponía de pie y se disponía a salir. Al menos podía haber tenido la decencia de atragantarse con el café para darle la oportunidad de reírse de él, se dijo irritada.

Cuando Román la miró, a ella le pareció admitir en sus ojos una expresión extraña, pero ésta desapareció con tanta rapidez que creyó haberla imaginado.

—Quiero que llegues sana y salva —murmuró Román en tono perezoso—. Ha sido toda una experiencia trabajar a tu lado.

—La experiencia ha sido mía —respondió ella y Román rió.

Inmediatamente salió de la habitación y Sammy oyó que la puerta se cerraba de golpe.

El silencio la envolvió. Casi podía oír sus propios pensamientos, pero ninguno le gustaba.

Lo único que le causó alegría al volver a Padley fue Robbie, su gato, que parecía haber engordado.

—¿Cuánto te dio de comer Catherine? —preguntó sonriendo cuando el animal apoyó la cabeza en su nuca y ronroneó de placer.

Dejó caer las maletas al suelo y miró a su alrededor. Tal como había imaginado, el apartamento estaba impecable, más que cuando ella lo ocupaba. Era casi una lástima estropearlo con su presencia. Con tristeza se encogió de hombros, colocó a Robbie en la cama y vació las maletas rápidamente para meter su ropa en el armario sin fijarse en si estaba bien doblada.

Cuando sacó el vestido que había usado para la tiesta de Yvonne lo miró con enfado, lo hizo ovillo y lo arrojó al fondo del armario.

Se lo daría a Catherine.

A la mañana siguiente, cuando llegó a la oficina pensó que nada había cambiado. Pero también tuvo la sensación de haber estado fuera durante años en vez de dos semanas y media.

Florrie la acosó a la hora del almuerzo y le exigió una reseña detallada acerca de la vida en la gran ciudad.

¿Cómo te ha ido viviendo en la misma casa que ese galán? —preguntó con curiosidad.

Sammy se obligó a sonreír.

—Era mucho más cómodo que en mi apartamento. Su

apartamento es enorme. Los muebles son antiguos y las alfombras, persas. Y yo no había comido desde hacía años. Quizá haga un esfuerzo para mejorar mis habilidades culinarias.

—¿No querrás decir tu falta de habilidad? —Florrie rió y se enroscó el dedo en uno de sus rizos rubios. Le explicó a Sammy que deseaba lograr el efecto de un peinado despeinado.

—Entonces sal a la calle. El viento lo hará mucho mejor que tus dedos.

—Dime la verdad, ¿cómo ha sido? —insistió Florrie.

—Ya te lo he dicho Casa grande y buena comida.

—Sabes a qué me refiero.

Sammy lo sabía perfectamente. No se necesitaba ser un genio para comprender el tono insinuante y la curiosidad que se reflejaba en los ojos de su amiga. Florrie era como un cachorrito insistente que no soltaba el hueso hasta dejarlo totalmente limpio. En ese momento tenía la mirada fija en el rostro de Sammy.

Sammy no contestó, se dirigió a su escritorio, sacó sus emparedados y observó resignadamente a Florrie que la había seguido y se había sentado frente a ella.

—¿Y bien?

—¿Qué? —Sammy se hizo la desentendida—. ¿Se publicó mi artículo acerca del crimen?

—Tú, el galán. ¿Ha habido algún contacto físico?

Sammy tuvo ganas de decirle a su amiga que no se metiera en su vida, pero sabía que la ofendería.

—No somos del mismo tipo —respondió eludiendo la pregunta de su amiga. Le habló de Yvonne y de la fiesta y al oírse así misma casi no podía creer que la chica que estaba hablando fuera la misma Sammy que había vuelto a Padley sana y salva.

El resto del personal comenzó a volver y la conversación, para alivio de Sammy, cambió porque empezaron a contarle lo que había sucedido en su ausencia.

La siguiente semana dedicó una hora, cada día, a su artículo central acerca de Román Ferrers. Era lo más difícil que le habían encargado nuca. Los recuerdos que había esperado relegar al fondo de su mente emergían y parecían enconarse. Con cada pequeña descripción recordaba su aspecto, su aroma fresco masculino, el calor de sus caricias…

Recordaba cómo le brillaban los ojos cuando decía algo que lo divertía.

Terminó el artículo y no quiso leerlo de nuevo. Se lo enseñó a Hugo y le explicó que Román quería leerlo antes de que se imprimiera.

—¿Vas a llamarlo tú? —preguntó esperanzada, pero Hugo lo negó con un movimiento de cabeza.

—Sería una tontería. Tú has estado mucho tiempo a su lado y debes terminar tú misma este asunto. Además, ya no tiene por qué preocuparte. El artículo es excelente y está bien documentado. No creo que él le encuentre ningún fallo.

Sammy pensó con tristeza que así terminaba el asunto. Román no se había puesto en contacto con ella y, si no lo hacía durante el fin de semana, ella no tendría más remedio que llamarlo por teléfono. No tenía ninguna gana de volver a oír su voz, pero no tenía alternativa.

El siguiente lunes descolgó a regañadientes el teléfono y marcó el número de la oficina de Román.

No había tenido noticia de él durante el fin de semana y se decía que eso la había tranquilizado, pero, en realidad, se había pasado todo el domingo encerrada en su apartamento; incluso se había animado a doblar y a colocar bien su ropa en el armario. En ningún momento había dejado de observar la puerta principal esperando que Román llamara al timbre.

Era exactamente el tipo de situación que ella odiaba. Había sido una mujer independiente antes de que Román Ferrers se presentara en su vida, y le gustaría seguir siéndolo. No le gustaba aquel nerviosismo que la incitaba a unos arranques de actividad inútil y la hacía sentir que la vida se le había escapado de las manos. Derek Cairns había sido una mancha en su horizonte ordenado, pero ella lo había eliminado con rapidez. La irritaba su incapacidad para conseguir que Román saliera de la misma forma de su vida.

La secretaria de Román contestó el teléfono. En el transcurso de pocas semanas, Sammy había entablado amistad con aquella mujer de mediana edad. Maggie le informó que Román estaba en una reunión y que era una suerte porque últimamente ya no era el mismo de antes.

—Quizá esté incubando alguna enfermedad —comentó Sammy

con la esperanza de que fuera un mal estomacal. Conversó unos minutos y luego, colgó el auricular y soltó el aire de sus pulmones.

Más tarde lo intentaría otra vez. Necesitaba unas horas para darse ánimos para enfrentarse a aquella dura prueba.

Dedicó las siguientes horas a escribir un artículo humorístico acerca del parecido entre los perros y sus dueños. A las seis y media releyó lo que había escrito, gimió desesperada, estrujó las hojas y las arrojó a la papelera. Pensó que a ese paso iba a seguir sentada hasta medianoche. En aquellas circunstancias, le parecía imposible escribir un artículo gracioso, pero le habían dado un plazo para entregarlo; y de todos modos, quedarse en la oficina era mejor que volver a su apartamento vacío y a Robbie.

A las ocho y media ya todos se habían ido.

Sammy avivó al oír pasos fuera de su oficina. Pensó que podría ser Derek, a pesar de las amenazas de Román. Si no era él, ¿quién podía ser? Derek la había seguido a Londres, ¿por qué no también a Padley? Era muy posible que estuviera equivocada y que el patán todavía no hubiera aprendido la lección. Se alarmó al imaginar que volvía para terminar lo que había empezado.

Y estaba terriblemente sola. Afuera estaba muy oscuro y no se oía ningún ruido. A pesar de los dos restaurantes y los dos bares, Padley era un pueblo muerto por las noches. Sobre todo en invierno, porque todos preferían quedarse en casa.

Vio que el picaporte se movía y corrió hasta la puerta con un grueso libro en las manos. No encontró nada mejor para golpear al inesperado merodeador. Esperó a que abrieran la puerta y golpeó. Oyó un sonido sordo que la satisfizo. Había hecho contacto en algún punto, estaba segura.

Abrió la puerta de par en par y estaba preparándose para salir corriendo y gritando, cuando Román se tambaleó hacia adentro.

—¿Qué diablos crees que haces? —jadeó y dio un portazo.

Sammy se lo quedó mirando. Al ver su expresión, soltó una enorme carcajada.

—Te parece gracioso, ¿no? —preguntó Román, malhumorado.

—Moderadamente —asintió cuando recuperó el aliento.

—¿Así sueles saludar a la gente que viene a tu oficina?

—Sólo cuando viene tan tarde. Román fijó sus extraordinarios ojos en ella y Sammy se ruborizó.

—¿A qué has venido? —preguntó ella antes de volverse hacia su escritorio. No podía mirarlo de frente e, incluso al darle la espalda, sentía que flaqueaban las piernas. Pensó que Román había ido a buscar el artículo y lo levantó del escritorio. Se volvió, dispuesta para entregárselo y salir. No le apetecía tener ningún tipo de conversación con él.

Román estaba a su espalda, le agarró la muñeca y la estrechó contra él.

—¿Qué haces? —murmuró ella sin aire—. Aquí está tu maldito artículo.

—Después de un viaje tan largo, ¿no crees que me sentaría bien una taza de café?

Sammy tuvo ganas de decirle que la cafetería Pandora todavía estaba abierta y que allí preparaban un excelente café, pero no ganaría nada con esa actitud grosera. Lo único que podía hacer para quitárselo de encima era mostrarse lo más indiferente y cortés posible.

—Muy bien —respondió con aplomo—. Pero antes suéltame, es difícil preparar café con una sola mano.

Román la soltó y Sammy se dirigió hacia la cocinita que había en el fondo de la oficina, consciente de que Román la observaba, pero ignorando lo que pensaba.

Cuando volvió con la taza, Román estaba dando vueltas por la oficina con una mano en el bolsillo del pantalón.

—¿Cuál es tu escritorio?

Sammy lo señaló y luego se sentó frente al mueble. Román se sentó sobre la superficie y comenzó a hojear los fajos de papeles.

—Ya era hora de que ordenara todo esto —murmuró Sammy quitándole de las manos su artículo sobre los perros y sus dueños. Al hacerlo, le rozó los dedos y se alejó bruscamente.

—No luches contra esto, Sammy —murmuró Román mirándola, pero ella volvió la cabeza—. Yo no puedo hacerlo.

—¿Luchar contra qué? —preguntó y se obligó a reír—. No sé de qué me hablas.

—Te lo explicaré mientras cenamos.

—Será difícil porque no pienso cenar contigo.

—¿Hay buenos restaurantes por aquí? ¿Qué te apetece cenar? ¿Comida china, india o algo más elegante?

—Un sándwich de atún, gracias, eso es exactamente lo que voy a cenar cuando vuelva a mi apartamento… sola.

—Supongo que tendré que conformarme con los sándwiches —tiró de una silla y se sentó.

—Toma el artículo —dijo Sammy a manera de respuesta.

—Está bien —comentó Román, después de hojearlo y devolvérselo.

—No lo has leído.

—Confío en ti.

Sammy cerró con llave los cajones del escritorio y alargó el brazo para coger su abrigo. Tenía el pulso acelerado y no se atrevía a mirar a Román por temor a dejarse hechizar otra vez.

Se acercó hasta los interruptores, apagó la luz y la oficina quedó envuelta en una oscuridad plateada. No se dio cuenta de que Román se había acercado y, cuando le tocó el hombro, se sobresaltó.

—Entonces, ¿atún en tu apartamento?

Sammy pensó con rapidez. Sabía que Román no le permitiría volver sola y ella no deseaba tener que lidiar con él en la intimidad de su casa.

—Está bien murmuré irritada—. Cenaré contigo.

Abrió la puerta y, cuando estaba metiendo la llave en la cerradura, Román le rozó el cuello con los dedos. Sammy sintió que la sangre se le subía a la cabeza y que se mareaba como si la hubieran privado de oxígeno. ¿Qué juego se traía Román entre manos?

—Te agradecería que guardaras tus labios para ti.

—¿Por qué? —susurró Román—. Sabes que me deseas tanto como yo a ti. He pasado los últimos días pensando en ti y he comprendido que te necesito. Créeme, desde que te fuiste, he hecho todo lo posible para olvidarte.

¿Necesidad? Román no conocía el significado de esa palabra. Lo único que él necesitaba era satisfacer un deseo. Aun así, Sammy no pudo evitar que la embargara una intensa emoción.

—Hay un lugar agradable como a tres kilómetros del centro —sugirió mientras iban al coche de Román.

—Perfecto. ¿Necesitas cambiarte de ropa?

—No —respondió de inmediato. Quedarse a solas con él en el

apartamento era lo último que debía hacer. Era peligroso—. No es un restaurante elegante, es económico y animado.

—Económico y animado entonces —le abrió la puerta y se inclinó hacia ella—. Hueles muy bien. ¿Qué perfume usas?

—Transpiración —respondió, se sentó y se puso el cinturón de seguridad. Oyó que Román ahogaba la risa antes de cerrar la puerta y dirigirse al lado del conductor.

Sammy no pudo evitar mirarlo por el rabillo del ojo durante el corto trayecto al restaurante. Desde luego, Román no podía haber cambiado en una semana.

Pero sí que debía haber cambiado la actitud de Sammy hacia él después de haber intentado pensar con cierta lógica. Pero por lo visto, de nada le había servido porque el impacto que Román causaba en ella era tan fuerte como antes, quizá más.

Cuando había sentido los labios de Román en el cuello, sus razonamientos habían volado para ser sustituidos por el dolor; un dolor agudo, incontrolable y traicionero.

—¿Sueñas despierta? —le murmuró Román al oído y Sammy se sobresaltó. Ya habían llegado y Román estaba inclinado hacia ella sonriendo de manera encantadora y peligrosa.

—Si eso es lo hacías, ojalá estuvieras soñando conmigo —murmuró y le abanicó el rostro con su aliento.

—Deja de imaginar cosas absurdas —Sammy abrió la puerta.

El pequeño restaurante estaba muy animado y lleno de gente. Según Sammy, era el mejor lugar para ellos porque no había peligro de encontrarse en la intimidad. La distribución del restaurante no lo permitía. No había rincones oscuros y se oía música moderna de fondo. Pensó que ni siquiera Don Juan podía haber seducido a una mujer ahí.

Miró al otro lado de la mesa cubierta con mantel a cuadros rojos y azules y notó que Román la observaba. Cuando se cruzaron sus miradas, Román sonrió, arqueó una ceja, pero no dijo nada. Sammy se imaginó que sabía perfectamente todo lo que ella pensaba.

Román le habló de cómo iba su negocio y Sammy se sorprendió al darse cuenta de que echaba de menos la actividad que desplegaba a diario en su compañía. Escuchó con interés y contestó con animación. Cuando les sirvieron lo que habían pedido, dos platos colmados de pasta humeante con albahaca, Sammy

aprovechó el descanso en la conversación para preguntar:

—¿Cuánto tiempo te vas a quedar en Padley? —se concentró en enrollar en su tenedor las largas hebras de espaguetti mientras esperaba la respuesta.

—¿Ya quieres deshacerte de mí? —miró a Sammy con una inmensa curiosidad.

—Sólo es curiosidad.

—Bueno, es posible que vaya y vuelva a Londres a diario durante el resto de la semana. Todavía hay que hacer muchas cosas en la casa y quiero que terminemos de acuerdo a lo programado.

—¿Y la compañía? —preguntó Sammy un poco alarmada. ¡Era injusto! Le dijo enfadada. ¿No tenía Román nada mejor y más importante que hacer? No importaba que la casa necesitara supervisión. El podía delegar ese asunto. Trabajaba mucha gente para él y cualquiera estaría dispuesto a obedecer sus órdenes.

—La compañía marchará perfectamente sin mí durante una semana. Además, tenemos un asunto pendiente.

—¿Un asunto pendiente? —un estremecimiento de alarma le recorrió la espalda.

—¿No recuerdas que huiste de mí?

—No he huido de nadie —repuso Sammy—. Tenía toda la información que necesitaba y me vine.

—¿No te parece que eso es una excusa? —había terminado de cenar y estaba apoyado en el respaldo de la silla; su expresión era similar a la de un gato que, con calma y paciencia, estuviera observando una fuente de leche que no estuviera a su alcance.

—Hmm.

—Hicimos el amor y unas horas después decidiste que tenías que volver a Padley.

—No fue así —Sammy apartó su plato.

—¿No? Te suplico que me expliques entonces cómo fue.

—No sé por qué te quejas —murmuró con el rostro encendido—. Sin duda hay bastantes mujeres deseando calentarte la cama por las noches.

—Ninguna que la caliente como tú.

Sammy cerró los puños con fuerza. Mil pensamientos volaron por su mente. Pensó que Román la deseaba. Quizá la había deseado desde el principio. Después de todo, ella era muy diferente al tipo

de mujer que estaba acostumbrado a seducir. Pero, probablemente, no hubiera hecho nada al respecto si no se hubiera dado cuenta de que ella también lo deseaba.

Era evidente que Román había decidido volver a la vida de Sammy para continuar lo iniciado. La joven temía pensar que añoraba sus caricias porque, si no se cuidaba, Román seguiría destruyéndola y, cuando estuviera destrozada, la abandonaría para seguir con otras mujeres.

Con amargura, pensó que los hombres como Román Ferrers, por naturaleza, siempre seguían adelante. En asunto de mujeres, todos eran nómadas. La única diferencia entre Derek y él, era que Román era justo y nunca lastimaría conscientemente a nadie. No sabía cuánto la había herido ya, ¿o sí? No sabía que hacía mucho ella había traspasado las fronteras invisibles que separaban la atracción física y el amor.

—No quiero postre —consultó su reloj y vio que Román sonreía.

—¿Quieres acostarte ya? Mañana tengo que levantarme temprano —respondió.

—Por supuesto —le hizo señas al camarero para que le diera la cuenta y se negó a que ella pagara la mitad.

Mientras volvían al apartamento, rodeados de un tenso silencio, Sammy tenía el estómago totalmente revuelto por los nervios. Observó la negrura de la noche y trató de analizar la situación con sentido común.

Sabía en qué posición se encontraba, entonces, ¿cuál era el problema? Cuando Román paró el coche enfrente de su edificio, Sammy se inclinó para abrir la puerta, pero se quedó petrificada al ver que Román salía del coche.

—Permíteme —murmuró en tono perezoso y le abrió la puerta. Sammy salió con torpeza y caminó de prisa hacia el edificio.

— ¿No me invitarás a pasar a tomar una copa? —por supuesto. Román la había seguido.

—Lo siento, estoy muy cansada. Gracias por todo. Ha sido una velada muy agradable —dijo muy tensa y se aclaró la garganta.

—¿Eso es todo, una velada muy agradable?

—¿Estás de acuerdo en que entregue el artículo para que lo publiquen?

Román no contestó y muy despacio, Sammy levantó la vista

hacia su rostro. En la oscuridad de la noche, Román la observaba con sus hermosos ojos verdes, más bien la devoraba.

—Buenas noches —murmuró, pero antes de que pudiera llegar al refugio de su apartamento, Román empezó a acariciarle el cuello. Entrelazó los dedos en su pelo y la estrechó contra él.

Sammy lo empujó.

—Deja de luchar contra mí, Sammy.

—No lucho —respondió forcejeando. Román la soltó y ella fue caminando de espaldas hasta la puerta. Ahí permaneció un minuto, con la mano sobre el picaporte, sabiendo que no podía volverse y cerrarle la puerta en las narices para obligarlo a irse.

—Déjame entrar. Sólo quiero hablar contigo —Román levantó los brazos a manera de capitulación—. Lo prometo.

—Está bien, pero sólo unos minutos —Sammy le permitió pasar —. Recuerda que tengo que levantarme temprano —murmuró de espaldas a él.

Tonta, se dijo. ¿Qué estaba haciendo? Mientras cerraba la puerta, comprendió que era una débil y una estúpida porque estaba cediendo a sus sentimientos cuando sabía que aquello iba a terminar muy mal para ella.

Román se sentó.

—Has dicho que quieres hablar —lo animó—. Adelante, te escucho.

—¡Tienes la habilidad de hacer que uno se sienta a gusto!

—Si quieres sentirte a gusto, estarías mejor en una casa de huéspedes.

—¿Por qué actúas así? ¿Ya te has olvidado de que hicimos el amor?

—¿Qué insinúas, que debería arrojarme a tus brazos para saltar contigo a la cama más cercana sólo porque de pronto has decidido que tenemos que hacerlo. ¡Tú no me pediste que me quedara cuando te dije que había terminado de recopilar la información que necesitaba y que pensaba irme!

—¿Por eso estás tan enfadada? ¿Pensabas que yo no quería que te quedaras?

—¡No pensé nada parecido!

Yo pensaba que al no tenerte a mi lado podría olvidarte —levantó un adornito de la mesita y lo observó.

Sammy tenía la sensación de estar abrasándose por dentro. Cada una de las palabras de Román avivaba el fuego que ardía dentro de ella, un fuego que había estado dormido durante los últimos días.

—Muy bien —su desesperación se reflejaba en su voz . Puedes empezar por irte inmediatamente para que yo no esté a tu lado. Me olvidarás en menos de quince días, te lo garantizo.

—Me temo que no será tan fácil.

—Mala suerte. ¿No se te ha ocurrido pensar que es posible que yo no quiera verte?

Román la miró y esbozó su sonrisa más seductora.

—No—susurró.

—Pues yo no quiero verte aquí. No puedo decirlo más claramente.

—No te creo. ¿Por qué tienes tanto miedo de salir con un hombre? ¿Es por ese tipo Cairas, o el problema se remonta mucho más atrás?

—No tengo ningún miedo a las relaciones —protestó con vehemencia.

—Entonces siéntate y hablemos como adultos que somos.

A regañadientes, Sammy se sentó en la silla que estaba más lejos de Román. No quería hablar de nada en calidad de adulta. No se sentía adulta cuando Román estaba con ella; se sentía como una adolescente enamorada.

—¿De qué tenemos que hablar?

—No seas tonta, Sammy. Hablemos del motivo de tu miedo.

—¡No tengo miedo!

—Nos atraemos —continuó Román ignorando su respuesta—. Hicimos el amor una vez y me encantaría volver a hacerlo. ¿Dónde está el problema?

Sammy tuvo ganas de decirle que él nunca podría comprender cuál era el problema. Para él la situación era muy sencilla. Ella le gustaba, él la gustaba, y habían cedido a sus deseos. Todo estaba muy claro. Pero la ecuación no era tan fácil para Sammy.

Román se puso de pie y se acercó a ella, Sammy lo miró asustada.

—Podemos hablar sin que te acerques tanto —murmuró.

—No puedo —se sentó a su lado—. No luches contra esto —murmuró de manera persuasiva mientras le acariciaba el tobillo, la

curva de la rodilla y la tersura del muslo.

Sammy gimió. No tuvo fuerzas para empujarlo, se sentía como si estuviera bajo los efectos de una droga.

Sentía el cuerpo pesado y lánguido.

—No, por favor —protestó. Román estaba arrodillado frente a ella y con los dedos le desabrochaba las medias del liguero. Se las quitó con un solo movimiento y comenzó a besarle los muslos. Sammy suspiró y entreabrió las piernas. Sintió que su cuerpo se disolvía en una nube de sensualidad.

No tenía fuerzas para apartarlo. Pero tampoco quería hacerlo.

Capítulo 8

Sammy sintió un agudo espasmo de placer en todo el cuerpo cuando Román deslizó las manos más arriba de los muslos. Con dedos temblorosos, la cabeza inclinada hacia atrás y los ojos cerrados, se desabrochó la falda. Los senos le dolían por la necesidad de que Román se los acariciara y ella misma se los moldeó con las manos.

Sus principios, tan cuidadosamente guardados fueron insignificantes carreras de arena en una playa.

¿Para qué molestarse en luchar contra esa terrible atracción? Cedió a aquel deseo de abandono y se contorsionó cuando Román exploró sus más íntimas profundidades.

Se aferró a su pelo y lo acercó a ella; lo soltó cuando empezó a acariciarle los senos y le mordisqueó los endurecidos pezones.

Con una facilidad asombrosa, Román se quitó el pantalón y le agarró suavemente la mano a Sammy para que lo acariciara. Sammy pudo sentir entonces su excitación que era tan fiera y febril como la de ella.

Cuando Román encontró sus labios, Sammy le devolvió el beso con avidez. Pensó que nada era suficiente para combatir aquel sentimiento. Si esa relación terminaba siendo destructora, lo cual parecía inevitable, tendría que aprender a sobrevivir. Era lo único que podía hacer.

Cuando Román la penetró, la joven gimió y empezó a moverse rítmicamente al lado de él.

Después, dejó que Román le llevara al sofá y permaneció tumbada a su lado escuchando los tranquilos latidos de su corazón.

—Has ganado —murmuró él con languidez.

Román soltó una carcajada y apoyó el rostro en su pelo.

—No sabía que estábamos participando en un juego.

—Sabes a qué me refiero —respondió Sammy—. Has venido, has visto y me has conquistado.

—¡Y qué conquista tan deliciosa! —le acarició el pelo y añadió— Incomparable.

—¿Eso piensas de las mujeres? —preguntó con la mayor indiferencia que pudo fingir—. ¿Conquistas, criaturas a las que

debes perseguir y seducir para luego rechazarlas?

—Esta conversación me resulta conocida. ¿No hemos dicho algo parecido antes?

—No lo recuerdo.

Sammy miró hacia el techo y trató de concentrarse en contar las manchas que la pintura no había podido ocultar.

—Tienes mala opinión de mí, ¿verdad? —preguntó Román con franqueza—. A pesar de que has hecho el amor conmigo, sigues pensando mal de mí porque asocias el acto sexual con el matrimonio y todo lo que eso conlleva.

—No —protestó Sammy sin estar muy convencida—. Por supuesto que no. Simplemente, he hecho una afirmación —su voz sonó sospechosamente temblorosa y sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas porque sabía que lo que iba a oír a continuación destruiría cualquier ilusión que podía haber abrigado respecto a esa relación.

Ella se había comprometido a seguir compartiendo la cama con Román, no había podido resistir ni nunca podría resistir su deseo, pero eso no significaba que estuviera dispuesta a escuchar los despiadados resentimientos de Román.

—Quiero ser justo contigo Sammy —murmuró él y ella tuvo ganas de gritarle que se callara porque no quería oírlo hablar de justicia, pero su boca se rehusó a funcionar.

—No creo en el matrimonio. Nunca he creído y quizá nunca crea en él —calló y le levantó la barbilla con un dedo para volverle la cara hacia él.

—¿Por qué?

—¿Recuerdas que una vez me preguntaste por mi pasado y que yo más o menos te respondí que no era asunto tuyo?

Sammy asintió y recordó vagamente la conversación.

—Pues bien —continuó apesadumbrado—. Te voy a contar por qué estoy harto del amor, porqué todas esas declaraciones a la luz de la luna me parecen sólo palabrerías. Al menos en lo tocante a mí —se interrumpió como si quisiera buscar las palabras más adecuadas—. El hecho es que mi padre estaba locamente enamorado de mi madre y creo que hasta hubiera dado la vida por ella. Cuando tuve la edad suficiente, me di cuenta de que ella no merecía su amor. Se había casado con él creyendo que él tenía

mucho dinero, pero no fue así. Vivían en un modesto apartamento que para él era suficiente, pero no para ella.

Estaba emocionado y Sammy quiso decirle que no era necesario que continuara, pero Román estaba sumido en sus recuerdos.

—Mi madre le dio un ultimátum, más dinero o adiós al matrimonio. Para entonces, ella había contraído muchas deudas y mi pobre padre se pasaba el día trabajando tratando de reunir el dinero necesario para saldarlas.

Abrazó a Sammy con fuerza y la acercó más a él.

—Es lógico que no pudiera cumplir sus exigencias. Seguía queriéndola tanto que creyó que si le explicaba la situación y le hacía comprender que el dinero no crecía en los árboles, podrían ser felices sin él. Creyó que ella lo comprendería.

—Pero no fue así —opuso Sammy, adivinando el final de la historia antes de que Román se lo contara.

—Has acertado, le dijo muy claramente que el matrimonio había sido un grave error y que no se habría casado con él si no se hubiera quedado embarazada. No estaba dispuesta a atarse para siempre a un fracasado. Lo abandonó cuando encontró un futuro más prometedor —rió con amargura—. Durante un año y medio, presencié el deterioro gradual de mi padre. Comenzó a beber, nunca lo había hecho, y consiguió lo que realmente deseaba. Murió de una embolia cerebral.

Sammy deseó decirle que lo comprendía, pero sabía que no era el mejor momento para hacerlo.

—Desde que mi padre murió, quizá mucho antes, decidí que sería rico para no encontrarme a la entera disposición de nadie y que con las mujeres sólo tendría relaciones basadas en el deseo. Así soy y tendrás que aceptarlo.

La miró esperando su respuesta y Sammy quiso poder gritarle que ella no tenía nada que decir al respecto.

—¿Y qué me dices de tu madre? —preguntó.

—Hace como ocho años murió en un accidente, cabalgando. La última vez que nos vimos fue antes de que se fuera de casa. Yo traté de ponerme en contacto con ella una vez, pero ella no quiso saber nada de mí.

—Ah.

—Entonces, ¿lo aceptas?

—¿El qué? —preguntó deseando posponer lo inevitable.

—¿Me aceptas como soy o en este momento damos por terminada nuestra relación?

Sammy sintió que Román contenía el aire mientras esperaba su respuesta. Si hubiera tenido más valor, le habría dicho que la dieran por terminada, pero no lo hizo.

—Sin compromiso —respondió ahogando un profundo dolor—. Y sin arrepentimientos —se obligó a sonreír para aligerar la tensión.

—Muy bien, entonces, ¿me invitas a quedarme a desayunar?

Con tristeza, Sammy pensó que le dejaría quedarse todo el tiempo que quisiera.

—No tengo nada de comida —le advirtió con fingida alegría.

—Tú tienes un aspecto muy apetitoso… —«También tú, pensó Sammy, pero eres muy peligroso para mi salud, más que yo para la tuya». Decidió olvidar la temporalidad de los sentimientos de Román hacia ella y disfrutar mientras pudiera. Al menos, los recuerdos le durarían para toda la vida.

—Bien, señor, creo que esta pequeña posada podrá alojarlo esta noche—murmuró con voz ronca.

Era una suerte que tuviera una cama de matrimonio y Román estuvo haciendo bromas al respecto hasta que ella le tiró una almohada. Sammy sintió que el calor del amor emergía en su interior y se preguntó si Román lo notaba. Esperaba que no. No quería la compasión de Román para cuando llegara el momento de terminar su aventura sentimental.

Román la abrazó y le preguntó qué pensaba.

—En lo mucho que me gustas —respondió.

—Lo mismo digo yo —con delicadeza deslizó los dedos por sus senos. Sammy pensó que, a pesar de su respuesta, los sentimientos de Román estaban muy lejos de los suyos. Él actuaba impulsado por la lujuria, ella por el amor.

Con inesperado cinismo, se dijo que el siglo veinte no era apto para las románticas. Aún así no se arrepentía de haber decidido continuar acostándose con Román mientras él la deseara. Una parte de ella sabía, con resignación, que aceptaría lo que él le diera porque sin él a su lado se sentía como una sombra. Román era el sol, la lluvia, la suave brisa que la fortalecía.

Le encantó sentirlo a su lado al despertar, a la mañana siguiente;

el tímido sol de invierno se filtraba en la habitación.

Normalmente, Sammy iba temprano al trabajo, pero aquella mañana se olvidó del tiempo. Al ver que Román se despertaba, lo acarició.

Hicieron el amor, despacio como si dispusieran de todo el tiempo del mundo, aunque Sammy sabía en el fondo que tendría que apresurarse para llegar a la oficina a las nueve.

Exploró el cuerpo de Román y acarició cada centímetro de su ser, haciéndolo rendirse a sus caricias. Sammy se puso encima de él y se arqueó hasta atrás mientras él le acariciaba los senos. Podría haberse quedado en la cama días, semanas.

—Tengo que ir al trabajo —dijo a regañadientes.

—¿Ya?

—¡Son las ocho y media! Algunos tenemos que ganarnos la vida aunque nos paguen poco. ¡En Padley esperan noticias y yo tengo que escribirlas!

Saltó de la cama, se duchó rápidamente y lo amonestó con fingida severidad cuando él quiso meterse a la ducha con ella.

Salió del apartamento a las nueve menos cinco.

—Cuando vuelvas, habré preparado una cena romántica con velas —le comentó Román, mientras la acompañaba a la puerta. Estaba un poco mojado por la ducha y sólo llevaba una toalla atada a la cintura. Era el diablo en su aspecto más tentador.

—Tendrás suerte si encuentras aquí los ingredientes para preparar algo — Sammy sonrió.

Pasó el día flotando en las nubes, contando los minutos que le faltaban para salir del trabajo.

La noche del viernes, después de perder una batalla contra el orgullo, le preguntó titubeante cuándo pensaba ir a Londres.

—¿No te gusta cómo cocino? —preguntó él, bromeando.

—Sólo has cocinado una vez. De todos modos, lo haces mejor que yo.

—Cierto.

—¿Qué? ¡No niegues que esta semana he mejorado mis habilidades culinarias!

—Cierto también. El espaguetti con pan tostado que preparaste para la fiesta de anoche estuvo espléndido. ¿Cuándo volveré a verte? Román la observó en silencio durante tanto tiempo que ella

se preguntó si habría oído su pregunta.

—Volveré a Londres —murmuró con voz extraña—. Vendré a verte los fines de semana.

Sammy experimentó un gran alivio. Durante un angustioso momento, había estado convencida de que le iba a decir que todo había terminado.

—No te he oído gemir de placer —murmuró Román. Estaban en la cama y él se volvió hacia ella para darle un ardiente beso en el cuello. Sammy contuvo el aliento y el rió quedo—. Sabía que reaccionarías tal como esperaba.

Le entreabrió las piernas con una mano y la acarició mirándole a los ojos mientras ella disfrutaba la exploración de sus dedos.

—Me vuelves loco, jovencita —gimió Román. Sammy sonrió. Había dejado de insistir en que él eliminara la palabra «jovencita» de su vocabulario, en el transcurso de aquellos días había pasado a convertirle en una palabra cariñosa.

Román le había dicho que su falta de experiencia era encantadora y ella se preguntaba cuánto tiempo seguiría gustándole esa característica en ella. ¿Una semana, un mes, un año?

Román volvería a Londres a la mañana siguiente e iría directamente a su oficina, a pesar de que sería sábado. En ese momento, la estaba besando con pasión, le acariciaba y besaba los senos llevando a Sammy al borde de un placer insoportable.

Ella también deseaba poseer al menos su cuerpo aquella última noche que iban a pasar juntos. Deseaba tocar cada centímetro de su piel como si con eso pudiera memorizarlo, guardarlo como referencia futura para cuando él no estuviera a su lado.

A la mañana siguiente, observó a Román mientras se alejaba en el coche y se sintió increíblemente sola.

Habían pasado casi toda la noche haciendo el amor.

En realidad, ella nunca había sufrido una crisis de seguridad en sí misma. Desde muy jovencita, había aceptado sus limitaciones y había amoldado su vida a ese hecho, suponiendo, de manera filosófica, que si alguien no la aceptaba tal como era, ese alguien no tendría cabida en su vida.

Pero desde que se había enamorado de Román, se veía invadida por temores que no conseguía superar.

¿Qué pasaría si a la luz fría del día, cuando volviera a su

apartamento, Román decidía que prefería a las sofisticadas mujeres a las que estaba acostumbrado? ¿Qué pasaría si al final decidía que no le gustaban ni su aspecto desaliñado ni su personalidad?

Gimió al observar su apartamento que parecía haber sufrido los estragos de varios desastres simultáneos. Se puso a ordenarlo y a limpiarlo con un ímpetu no acostumbrado, hasta limpió los cristales.

Cuando terminó, se sentó y se preguntó si la limpieza había sido producto de un repentino arranque de culpabilidad o de un terrible aburrimiento.

El domingo por la tarde, después de haber dado varios paseos, haber comenzado y rechazado varios libros y haber intentado concentrarse en un artículo para el periódico, marcó el número telefónico de sus padres y Chaterine contestó después de un solo timbrazo.

Sammy dijo quién era y hubo un momento de silencio antes de que su hermana respondiera en tono decepcionado.

—Esperaba otra llamada —explicó cuando Sammy, bromeando, se disculpó por haber llamado.

—Déjame adivinar, estabas esperando la llamada de un hombre.

—El es maravilloso. Rubio, de ojos azules y estupendo bailarín.

—Por lo visto es irresistible —comentó Sammy—. ¿También tiene cerebro o es pedir demasiado?

—Creo que es pedir demasiado — Catherine rió.

—Ya que hablamos de hombres, tengo una noticia.

Catherine calló y Sammy adivinó lo que su hermana estaba pensando. La vida sentimental de Catherine estaba llena de hombres, pero si Sammy había empezado a salir con alguno, eso significaba…

—¡No me digas que es Derek Cairns!

—Ni pensarlo—respondió Sammy—. Ese patán ha desaparecido para siempre de mi vida.

—Entonces, ¿quién es? —Aunque Sammy había iniciado el tema no quiso dar más detalles. Deseó no haber dicho nada, pero no había podido resistir el deseo de compartirlo con alguien.

—Un verdadero hombre —balbuceó—. Román Ferrers, al que seguí como una sombra en Londres varias semanas.

—¡No necesitas recordármelo! Tenía entendido que no te

gustaba.

—¿Y qué?

—Pero…

—He cometido la estupidez de enamorarme de él.

—¿Enamorarte, hablas de amor verdadero? —Catherine casi no pudo contener la emoción—. ¿Cómo estás? ¿Te llevo unas aspirinas?

—¡Muy graciosa! No es la situación ideal, es decir, de momento yo le gusto, pero él no cree en las relaciones permanentes, me lo ha dejado muy claro —se dio cuenta de que le temblaba la voz y se aclaró la garganta.

—Y tú quieres una relación permanente, ¿verdad, Sam? El matrimonio o explotas.

Dicho de esa manera parecía más anticuado. Sammy recordó la expresión sonriente de Román cuando se había despedido de ella. Fue la antítesis de un hombre hecho para el matrimonio.

Después de eso, cortó la comunicación. Sammy no dejaba de sorprenderse de que su hermana la conociera tan bien, a pesar de que fueran tan diferentes. También le sorprendió el hecho de que le hubiera llegado el momento de contarle a Catherine sus problemas. Normalmente, era al revés. Esperaba que Catherine no divulgara su secreto porque su madre tenía la extraña habilidad de hacer las preguntas más perspicaces en las circunstancias más extrañas y ella iba a cenar con ellos al día siguiente. Sería el colmo que se pusiera a llorar mientras saboreaba la carne asada y el budin Yorks-hire.

Como siempre, llegó tarde a casa de sus padres y se tranquilizó al darse cuenta de que Catherine había guardado su secreto. Su hermana le hacía señas con el pulgar alzado, a espaldas de su madre, y Sammy tuvo que pedirle al oído que dejara de hacerlo porque de lo contrario sus padres iban a sospechar que les ocultaba algo.

De hecho, su madre ya comentó varias veces que el aspecto de Sammy no le gustaba.

—¡Es muy posible que haya pillado un catarro! —respondió Sammy, concentrada en la comida.

—¿Tienes fiebre? —preocupada, su madre le tocó la frente.

—¡Mamá, tengo veinticuatro años!

—Todavía eres una chiquilla y hay mucha gente con gripe.

¿Comes bien?

—Por supuesto —protestó con voz débil.

—Mírame de frente cuando me hablas, jovencita. Y no creas que no conozco esa mirada vaga.

—Como bien, mamá —Sammy miró a su madre directamente a los ojos—. Pero depende de lo que tú consideres comer bien. Los frijoles son muy nutritivos y tengo mucha fruta en el frigorífico.

Su padre sonrió y su madre movió la cabeza con resignación. Todos sabían que su madre iba a repetir una vez más que no se había cansado de enseñarlas a sus hijas lo importante que era la buena alimentación. Entonces, ¿por qué diablos no comían cuando ella no estaba a su lado?

—Lo intentaré, mamá.

—Samantha, has tratado de hacerlo desde que te fuiste de casa y vives en ese insignificante apartamento.

—Se necesita mucho tiempo para llegar a ser una experta cocinera protestó Sammy, mirando a su hermana en espera de que la apoyara, pero la otra no dijo nada.

—Sólo es cuestión de un poco de trabajo. Parece que has adelgazado. Necesitas un marido que te cuide como es debido.

—Tu comida es estupenda, mamá. Me encanta cómo preparas las verduras. ¿Les has puesto zumo de naranja a las zanahorias?

Su madre suspiró resignada y, como no hizo ningún comentario, Sammy se tranquilizó. No quería que se hablara de posibles esposos. Había logrado no pensar en Román por lo menos durante cuarenta minutos y no deseaba estropear la cena poniéndose nerviosa. Su madre era capaz de descubrir cualquier problema que pudieran tener sus hijas, así que Sammy se pasó el resto de la velada con una sonrisa constante en los labios y contando infinidad de anécdotas acerca de lo ocurrido durante la semana en la oficina o desde la última vez que había visto a sus progenitores.

Estaba agotada cuando se dispuso a irse. Su madre la llevó a un rincón de la cocina y le dio una bolsa de comida preparada para que se la llevara.

—¡No deberías haberte molestado! —Sammy olfateó el interior de la bolsa y aspiró el delicioso aroma de asados y fruta—. Pero ya que lo has hecho, ¿crees que esto llegará a convertirse en hábito? Resolvería muchos de mis problemas alimentarios. Puedes

considerarlo como tu contribución semanal a la caridad.

—Estaría mucho más contenta si encontraras a un joven agradable y echaras raíces con él.

Sammy se puso el abrigo rápidamente e insistió en que era hora de que se fuera porque no quería tener una discusión sobre el tema favorito de su madre.

Cuando Sammy llegó a su apartamento, empezó a pensar en Román y se pasó el resto de la semana esperando que el teléfono sonara.

El viernes por la noche decidió que el maldito aparato no daría señales de vida y aceptó ir con sus colegas de trabajo a uno de los bares del pueblo.

Vestida con un pantalón vaquero y un suéter holgado y grueso se disponía a salir cuando sonó el timbre de la puerta.

El instinto le dijo que era Román. Abrió la puerta, lo miró y se fijó en todos y cada uno de los rasgos que tanto había echado de menos durante toda la semana.

Román que iba vestido de modo informal, empezó a quitarse la cazadora.

—¡Espera! —Sammy levantó una mano para detenerlo porque de pronto se enfureció por haber malgastado tantas horas esperando de que el teléfono sonara—. Voy a salir —le informó—. Como no me has llamado, he hecho planes para esta noche.

Se puso su chaqueta, pero terminó en la sala porque Román le agarraba el brazo con firmeza.

—¿No te dije que vendría el fin de semana?

Sammy lo miró a regañadientes. Deseó que Román no la impactara tanto. La cercanía de aquel hombre la hacía tambalearse. Román estaba sentado en el sofá con las piernas estiradas hacia delante. Por un lado deseó abofetearlo por los sentimientos que le causaba, pero por el otro deseó perderse en él y olvidar todos sus rencores.

—¡Ven! — Román le hizo una seña con un dedo y ella, irritada se sentó a su lado.

Román llevaba allí sólo diez minutos y ya había conseguido acabar con su fuerza de voluntad. Sammy mantuvo los ojos fijos en la televisión apagada. Sabía que su comportamiento era infantil, pero no podía evitar que le doliera que Román no la hubiera

llamado.

—He estado fuera del país —le dijo Román como si le hubiera adivinado el pensamiento—. He estado muy ocupado en Estocolmo y lo creas o no, tenía unas ganas insoportables de verte.

—Había quedado en ir al bar —contestó Sammy, cruzándose de brazos. Ya estaba más tranquilo.

—Los compromisos pueden romperse. Además, ¿no prefieres estar a mi lado?

Román deslizó la mano por debajo del jersey y acarició la tersura de los senos.

—He hecho planes para este fin de semana.

Sammy permaneció con la cabeza apoyada en su pecho, mientras, con movimientos perezosos, continuaba acariciándole los senos.

—¿Humm?

—Pasaremos el fin de semana en Thurston Manor.

—¿Sí? —se estrechó contra él y él se echó a reír.

—Habrá tiempo para eso, amor mío —le susurró al oído.

Amor mío. ¿Realmente había dicho eso? ¡Ojalá fuera cierto!

—Haz una maleta pequeña.

—¿Y qué haré con Robbie?

—Mañana vendremos a darle de comer, pero desde luego, puedes llevarlo, aunque prefiero estar a solas contigo.

De mala gana, Sammy se enderezó y se desperezó con una gracia felina.

—No hagas eso porque nunca saldremos de aquí —murmuró Román a espaldas de ella.

—¡Promesas, promesas! —rió y se puso de pie.

Román emanaba seguridad, confianza en sí mismo. Y Sammy estaba segura de que se valía de esa cualidad para conseguir todo lo que deseaba.

Sammy pensó que hubiera sido mucho más fácil haberse enamorado de alguien más sencillo.

Hizo una maletita y besó a Robbie a manera de disculpa por dejarlo solo. El animal la miró antes de volverse a dormir en el centro de la cama de ella.

Román la estaba esperando al lado de la puerta.

—Te alegrará saber que mi ama de llaves nos ha preparado una

cena ligera de modo que no tendremos que perder tiempo en un restaurante —le dio un beso fugaz en los labios, pero ella profundizó la caricia hasta que el frío comenzó a calarles los huesos. Corrieron al coche riendo.

Sammy seguía eufórica cuando Román cruzó con el coche dos pilares de piedra y recorrió el caminito flanqueado de árboles que los conduciría a la puerta de la fachada.

Sammy había visto Thurston Manor, pero sólo por fuera. De todos modos, quedó impresionada por la fachada, la multitud de ventanas y la inmensa puerta de roble que el ama de llaves había abierto antes de que ellos se acercaran.

—Ya era hora —comentó de mal humor la mujer—. La ensalada está empezando a marchitarse —examinó a Sammy y se dirigió a la cocina dejándolos de pie en el inmenso vestíbulo.

Román le explicó a Sammy que aquella mujer estaba trabajando temporalmente para él y que insistía en que la llamaran por su nombre de pila, o sea Esmeralda.

Sammy casi no lo oyó porque la grandiosidad de la mansión la tenía boquiabierta.

Román le contó que la cocina, el comedor, la biblioteca, una salita y las habitaciones de los empleados estaban a la derecha. La condujo a la izquierda a una de las salas que habían decorado en tonos pastel.

—¡Aquí no falta espacio! —comentó ella—. Con razón te quejas de claustrofobia cuando estás en mi apartamento. ¿Crees que con tu casa de Londres y con esta tienes sitio suficiente o piensas comprar también Escocia para tener más espacio?

Román soltó una carcajada. Sammy lo observó y no fue la primera vez que pensó que era comprensible que lo consideraran tan buen partido. ¿Cuántas mujeres habían dedicado horas a tratar de pescarle?

Cenaron bastante tarde y sólo porque Esmeralda les pidió que lo hicieran a menos de que quisieran que se llevaran la comida para que la cenaran la noche siguiente.

—Es usted un dragón —le dijo Román a la señora en tanto se servían bajo la supervisión de sus ojos de halcón.

—Lávese bien la boca, señor Ferrers. No es usted demasiado viejo para sentir los efectos de mi mano.

Sammy soltó una risita y Román adoptó su postura más sumisa.

—Me han puesto en mi lugar —comentó él.

La comida estaba deliciosa. Román se mostró incrédulo y Esmeralda reflejó satisfacción porque Sammy se sirvió tres más.

—No estás a dieta, ¿verdad? —preguntó él.

—Desde que estuve en Londres, mi apetito ha aumentado cien veces y tú tienes la culpa. Antes yo sobrevivía con casi nada, pero ahora soy adicta a la buena mesa.

Era verdad, comía más de lo acostumbrado; y a pesar de que su madre había dicho que había adelgazado, Sammy sabía que era lo contrario. No era mucho, pero bastante para que el pantalón le apretara un poco.

Tomaron el café en la cómoda sala en la que Esmeralda había encendido la chimenea y hablaron de diferentes temas.

Fueron a la habitación ya de madrugada.

Cuando entraron, la joven abrió los ojos de par en par al ver la cama de broce, los muebles de caoba y la inmensa alfombra oriental que cubría el suelo. Con cierta diversión, Román observó las reacciones de Sammy, pero no dijo nada y ella se lo agradeció en silencio. Sabía que era un poco infantil mostrar con tanta franqueza su admiración, pero no podía evitarlo.

Román se tumbó vestido en la cama y la llamó. Sammy se sintió casi tímida cuando se acurrucó a su lado.

También en esa habitación había chimenea, pero no estaba encendida. Toda la casa tenía calefacción central y no era necesario.

—¿Tienes sueño? —preguntó Román.

—Mucho—respondió y desvió la cabeza.

—Quizá pueda convencerte de que te mantengas despierta un rato más.

Muy lentamente comenzó a desabrocharle la blusa dejando al descubierto los pequeños y firmes senos. Sammy comenzó a respirar agitadamente.

Román siguió desnudándola con enloquecedora lentitud, y después de cubrirle el cuerpo de besos, él también se desnudó.

—¿Te excito, Sammy? —preguntó con voz ronca.

—¿Tú qué crees? —respondió titubeante.

—¡Dímelo!

—¿Por qué? —bromeó—. ¿Sufrirás una crisis de confianza si no

te lo digo?

—No,— respondió y se levantó un poco para mirarla a los ojos —. Pero de todos modos, quiero oírte decirlo. Sammy lo miró de frente Tratando de interpretar su expresión. Reconocía sus expresiones de alegría o enfado, pero en ese momento fue incapaz de saber lo que estaba pensando.

—Me excitas—respondió muy seria. Román ahogó un gemido y la besó con pasión.

Capítulo 9

Sammy llevaba más de una hora acostada y la habitación parecía seguir girando. Decidió que era inútil dejarse dominar por el pánico y que la apatía tampoco iba a llevarla a ninguna parte.

Estaba embarazada y, como no pensaba abortar, tendría que pensar en lo que iba a hacer. Apoyó la mano en su vientre todavía plano y tuvo un repentino sentimiento de respeto reverencial.

A pesar de los sentimientos contradictorios que la embargaban, comprendía muy claramente una cosa: Román no se enteraría, decírselo sería una locura. Al menos por el momento. Quizá al cabo de cinco años podría escribirle unas palabras con una postdata. O quizá, cuando ya hubieran pasado otros cincuenta años.

Pero pronto dejó de pensar en aquel futuro tan lejano y volvió a concentrarse el presente. Sus problemas le parecieron sobrecogedores. Se levantó de mala gana de la cama y se dirigió a la cocina para prepararse una taza de té.

Se preguntó si Román trataría de quitarle a la criatura o si pensaría que ella había tramado todo para que terminara casándose con ella. Román nunca eludiría sus responsabilidades hacia su hijo.

Como empezaba a sentirse culpable, se negó a seguir pensando en ello. Además, tenía la cabeza llena de ideas y no podía detenerse mucho en ninguna.

Román no creía en el matrimonio ni en el amor y cualquier mención a ellos, sería como tirar de unas cuerdas invisibles, que él no titubearía en cortar.

¿Qué diría él de su embarazo? Por lo que le había confesado, Sammy no se sorprendería si le decía que nunca había imaginado la posibilidad de tener un hijo.

Se esforzó por imaginarse la expresión de Román cuando le diera la noticia. ¿Enfado? Seguro, pero también vería algo más. La frustración de alguien que se sentía atrapado en una situación no buscada.

Definitivamente, tendría que escribirle una carta dentro de cincuenta años.

No había otro camino. Y además, tendría que terminar su relación con él antes de que notara su estado. El médico le había

dicho que su cuerpo no cambiaría en varias semanas, pero Sammy no quería esperar hasta el último momento.

No quiso pensar en las consecuencias que generaría un encuentro fortuito con Román. ¿Qué podría decirle, que iba a una fiesta de disfraces vestida de ballena? Rió con tristeza pensando en el lío que se había metido.

No supo cuánto tiempo se pasó observando la taza de té hasta que vio que se Informaba una película en la superficie. Estaba empezando a dormitar cuando el teléfono la sobresaltó.

—¿Sammy?

Al oír la voz de Román despertó de inmediato. Su somnolencia la abandonó y se tensó.

—Hola.

—He llamado en cuando he podido. Los últimos dos días he tenido mucho trabajo. Han convocado huelgas en dos de las fábricas y he tenido que ir a resolver ese problema. En tu oficina me han dicho que no te encuentras bien.

—No es nada serio —Sammy cruzó los dedos y rió nerviosa; era una suerte que no tuviera que sostener esa conversación cara a cara. Los ojos avizores de Román no pasaban nada por alto y a los cinco segundos hubiera sabido que algo andaba mal.

—¿Qué? Estabas bien cuando te vi el último fin de semana. De hecho, más que bien.

—Es un ligero malestar estomacal —respondió.

—¿Qué te pasa, Sammy? —insistió Román, preocupado.

—Ya te lo he dicho. Es el estómago. Algo debe haberme sentado mal.

—¿Es todo?

—¡Deja de interrogarme! —tronó.

—No sabía que estaba interrogándote. Pensaba que sólo estaba mostrando preocupación.

Sammy sintió el dolor de la culpabilidad, pero no debía ceder a ninguna debilidad.

—Estaré contigo el viernes a eso de las seis —continuó Román al ver que Sammy no daba señales de querer romper el silencio—. He pensado que podríamos pasar el fin de semana en el campo, en alguna posada, cerca de Clinton. Y si hace buen tiempo, quizá podamos salir a caminar en vez de vernos obligados a pasar todo el

día en la cama —rió.

—Lo siento —respondió Sammy secamente—. No puedo ir contigo.

—¿Por qué no?

—Voy a salir —presintió un repentino interés en la voz de Román.

—¿Adonde piensas ir?

—¡No es asunto tuyo! Que nos hayamos acostado juntos no quiere decir que tengas derecho a conocer todos los detalles de mi vida privada.

—No, pero sí me da derecho a pedir respuestas sinceras —dijo con dureza y Sammy se sobresaltó. Se lo imaginó sentado frente a su inmenso escritorio de caoba, apoyado en el respaldo del sillón giratorio de cuero.

—Está bien —masculló Sammy—. Tengo una amiga enferma y he prometido acompañarla este fin de semana.

—Vamos, Sammy. ¿Una amiga enferma? ¿No es eso lo que dicen las esposas antes de encontrarse con su amante? Espero que no vayas al encuentro de un amante.

—Ya te he dicho que tengo que ir a ver a una amiga enferma —respondió cansada. Román tenía razón; la excusa era patética. No hacía falta ser muy inteligente para sospechar y Román era un hombre especialmente astuto.

—¿Quién diablos crees que soy? —explotó Román interrumpiendo el curso de los pensamientos de Sammy—. ¿Dónde está tu amiga enferma? ¿Por qué nunca me has hablado de ella? ¿Se trata de una enfermedad repentina que ha estado incumbándose durante varios años?

—No es preciso que me creas.

—Cierto, pero me gustaría saber la verdad en vez de esa sarta de mentiras tan poco sutiles.

—De acuerdo, te diré la verdad: no quiero volver a verte. He decidido que nuestra relación fue divertida mientras duró, pero para mí ya ha terminado.

Román calló y Sammy pensó que era buen momento para colgar, pero siguió escuchando, esperando una respuesta sin saber lo que quería oír. Necesitaba continuar oyendo su voz.

—Prefiero hablar de esto contigo frente a frente respondió

sombrío—. No puedo hablar contigo ahora, sentado frente a mi escritorio, esperando varias llamadas pendientes y teniendo que meterme en una reunión dentro de quince minutos.

Sammy fue presa de un pánico repentino. No quería verlo porque no confiaba suficientemente en ella misma. ¿Por qué no podía él dejarlo así? Una llamada telefónica, pocas palabras y una separación absoluta.

—Prefiero no hacerlo —murmuró.

—¿Por qué? —preguntó Román irritado—. ¿Temes no ser capaz de hablarme en el mismo tono estando delante de mí?

—Ahora estoy muy ocupada —respondió—. Tengo mucho trabajo y…

—Estaré allí mañana por la noche. Espérame.

Román colgó el teléfono y Sammy se aferró al auricular, aunque no podía oír nada.

Trató de ordenar sus pensamientos. Había sido una ilusa al pensar que Román aceptaría terminar la relación sin chistar. Era evidente que ella lo atraía. No la soltaría sólo porque ella, educadamente, le hubiera pedido por teléfono que lo hiciera. Pero, ¿de qué otra manera podía hacerlo?

Sammy tuvo que admitir que si Román hubiera reaccionado de otra manera, ella se hubiera sentido desolada.

Además, existía la posibilidad de que fuera el orgullo el que no le permitía ser rechazado. Dudaba que alguna mujer lo hubiera hecho antes.

Se pasó el resto de la tarde rumiando en el apartamento, pensando en todo lo que podía ocurrir y quedó agotada mentalmente por el esfuerzo.

Llamaron a su puerta cuando se estaba preparando algo sencillo para cenar.

Román estaba al otro lado de la puerta. Aquel día había empezado a llover desde primera hora de la mañana. Era el tipo de tiempo que la hacía pensar que el sol había decidido que tenía cosas más importantes que aparecer encima de un pueblo insignificante. El abrigo de Román estaba mojado, a pesar de lo cerca que había dejado el coche de la puerta.

Sammy se lo quedó mirando.

—Pensaba que vendrías mañana —comentó en voz fría, se

colocó en una posición estratégica frente a la puerta para impedir que Román entrara.

Román la recorrió de pies a cabeza con la mirada y se fijó después en su rostro.

—¿Me creerías si te digo que pasaba por aquí?

—No.

—Tienes razón, no es cierto —Román se obligó a sonreír—. Un deseo irresistible me ha hecho venir a ver cómo es posible que la jovencita encantadora que dejé el domingo por la noche se haya convertido en la mujer fría con la que he hablado por teléfono esta mañana.— Sammy se ruborizó. Tuvo ganas de gritar para justificarse o, al menos, para borrar la expresión severa de Román.

—Lo siento —balbuceó.

—Dime qué te pasa, pero entremos antes —empujó la puerta y pasó frente a ella. Se quitó el abrigo y la chaqueta y los dejó en una silla. Tenía el pelo mojado y despeinado.

—¿Quieres un café? —Sammy lo miró titubeante.

—No quiero café ni té, sólo una explicación.

—Creo que te lo he explicado todo cuando he hablado contigo por teléfono.

—Estás totalmente equivocada —estiró las piernas—. No me has explicado nada. Primero me has dicho que estás muy ocupada para verme, luego has hablado de una amiga enferma y al final me has dicho que la verdad es que ya no quieres verme. No me has dado ninguna explicación. ¿Qué sucede? ¿Por qué? ¿No será que ha vuelto aquel hombre odioso? Si es eso, me encargaré de que…

—No —respondió y levantó la mirada—. Derek no ha vuelto. Por cierto, ¿tienes hambre? ¿Quieres comer algo? —rió nerviosa—. Aunque no lo creas, tengo bastante comida en el frigorífico.

—Deja de ofrecerme comida y bebida —golpeó la mesita de café con tanta fuerza que un tarro de cristal con pétalos secos se deslizó unos centímetros—. Si hubiera querido comer y beber habría ido directamente a un restaurante. Quiero que me hables en vez de que me trates como a un maldito extraño —se puso de pie y comenzó a pasearse por la habitación.

Sammy pensó que, en cualquier momento, iba a romper alguno de los cuadros o tirar los adornos al suelo.

Román estaba más que impaciente, estaba furioso y tenso como

si estuviera controlando haciendo un enorme esfuerzo.

A Sammy le temblaban las manos cuando llevó el plato a la cocina y se sirvió un vaso de leche.

—¿Qué diablos te pasa? —preguntó con forzada calma. Caminó hacia ella y entrelazó los dedos en su pelo para obligarla a mirarlo —. Te aseguro que lo averiguaré aunque tenga que sonsacártelo.

Sammy abrió la boca para hablar, pero no dijo una sola palabra.

Román tiró de ella para sentarla a su lado en el sofá, le agarró los hombros para que no se soltara.

—Mírame —ordenó.

Obediente, Sammy levantó la mirada.

—Dime que ya no me deseas —la voz de Román era un persuasivo susurro que la acariciaba tan efectivamente como si la hubiera desnudado y estuviera tocándola—. No me hables de amigas enfermas, de estar ocupada, simplemente dime que ya no me deseas. Mírame y dímelo.

—Ya no te deseo —murmuró después de respirar hondo.

—Mentirosa —inclinó la cabeza oscura y ella trató de dominar el pánico mientras Román la besaba.

En cuanto recobró la cordura, Sammy lo empujó. Estaba temblando y trató de controlarse desesperadamente; no podía hacer otra cosa. Si cometía la equivocación de volver a sucumbir, ya no podría dejar de caer en el mismo error una y otra vez.

Seis meses antes, se habría echado a reír si alguien le hubiera dicho que se enamoraría de un hombre y que estaría dispuesta a amarlo hasta la eternidad, a pesar de que no era correspondida. Pero entonces, la vida era fácil. En ese momento, tenía que luchar cada minuto por controlar el deseo de entregarse a Román.

—Lo he dicho en serio, Román —suplicó quedo—. No quiero volver a verte. Déjame decírtelo de otra manera. No puedo volver a verte porque sería desastroso para mí. Ya he sufrido bastante y no quiero volver a hacerlo por otra relación.

—Yo no quiero hacerte ningún daño —dijo con cuidado como si también a él le fuera difícil expresar sus propios pensamientos—, ¿Qué te ha hecho pensar que voy a hacerte sufrir?

—No se trata de eso —Sammy desvió la cabeza—. El caso es que podrías hacerme mucho daño sin proponértelo. Muy poca gente quiere causar daño voluntariamente.

Román se sonrojó.

—¿Alguna vez pensaste en todas las mujeres a las que has dejado destrozadas porque no han sido capaces de soportar tu falta de amor?

—No he dejado a ninguna mujer destrozada —murmuró él.

—Lo siento, yo no seré una de ellas —continuó como si Román no hubiera dicho nada.

—No lo serás —comentó en tono persuasivo y con brillo en los ojos—. Te lo prometo.

—Lo siento —repitió Sammy.

—¡Por Dios, deja de disculparte! —masculló entre dientes y Sammy tuvo la impresión que, de alguna manera, los papeles se habían cambiado. Se alejó lentamente de él.

—De todos modos —continuó Sammy con los ojos fijos en la pantalla gris de la televisión—. No creo que vaya a tener dificultad en reemplazarme. Quizá Yvonne todavía esté disponible —se dijo con amargura.

—Es posible, pero no pienso intentar averiguarlo.— ¡Perfecto!, quiso gritar Sammy.

—De modo que… —se puso de pie y se obligó a sonreír, pero sintió náuseas y se asustó.

—De modo que aquí termina todo. Adiós, ha sido agradable conocerte, pero adiós —la interrumpió Román.

Sammy sintió un arranque de enfado y, agradecida, se aferró a ese sentimiento con la misma desesperación con la que alguien se aferra a una tabla en medio del océano. Enfado, eso era lo que necesitaba. Cualquier cosa que mitigara el ardiente dolor que crecía dentro de ella.

¿Quién diablos se creía él? ¡Tenía la osadía de actuar como si ella estuviera siendo injusta con él, pero probablemente Román había sido mucho más despiadado las veces que había querido terminar alguna de sus aventuras sentimentales! Seguramente, él las enviaba flores, las invitaba a una última cena y se despedía de ellas.

—¿Y bien? —preguntó Román—. ¿Se te ha comido la lengua el gato? Hace unos minutos hablabas muy vehementemente. No me digas que ya no tienes nada que añadir.

—¡No tengo nada más que decirte! —gritó ella—. ¡Actúas como si yo estuviera cometiendo el crimen del siglo! ¡La vida está llena de

relaciones rotas! Tú lo sabes. ¡No me digas que no tienes ninguna experiencia en eso!

Román se puso de pie y se acercó a ella. Sammy lo miró con recelo y dio unos pasos atrás. No quería estar cerca de él.

No necesitaba que nada le recordara que Román Ferrers le gustaba y que también lo amaba. Lo único que podía hacer era bloquear sus pensamientos y concentrarse en su enfado.

Evitó mirarlo y entrelazó los dedos.

—Nada de eso. ¡No creas que puedes hablarme así y esperar que me porte como un niño bueno que acepta todo sin chistar! Maldición, Sammy, ¿te das cuenta de lo que has dicho? Dices que podemos separarnos como si no hubiera habido nada entre los dos.

—Correcto —admitió—. Una vez me dijiste que podíamos hablar como adultos. Pues bien, creo que no podía decírtelo más claro. Estoy segura de que, al salir por esa puerta, te darás cuenta de que puedes vivir muy bien solo. No trates de decirme que te estoy haciendo sufrir.

Sammy le pidió al cielo que Román se fuera; pensaba que sus duras palabras le estaban haciendo más daño a sí misma que a él.

¿Sabía Román lo que le había hecho? Dudaba de que algún día pudiera superar lo que aquellas semanas habían significado para ella; Román la dejaría con algo más que un recuerdo. Se colocó la mano sobre el vientre de manera protectora, pero inmediatamente la apartó.

Román se había puesto la chaqueta y llevaba el abrigo colgado del brazo.

—¡Te he comprado esto! —metió la manos en el bolsillo y sacó un estuchito negro. Se lo entregó y en silencio, Sammy lo aceptó.

Dentro había una cadena de platino con un colgante.

—No puedo aceptarla —murmuró y se lo devolvió.

Román fijó la vista en la mano extendida de Sammy.

—¡Tírala, véndela, haz lo que te dé la gana! Yo no la quiero.

Abrió la puerta y salió sin darle oportunidad de protestar. Sammy permaneció quieta y oyó que el motor del coche cobraba vida.

Se sintió morir, como si le hubieran arrancado la vida.

Lo único bueno que le quedaba era su futuro hijo. Era una pena que no hubiera podido hablar de eso y que las cosas entre los dos

no hubieran sido diferentes. El embarazo era una liberación para ella, pero para Román hubiera sido una trampa.

Habría dado cualquier cosa para que Román le hubiera declarado su amor y todo hubiera encajado en su sitio con la precisión de un cuento de hadas, pero Román no era capaz de amar. Había pensado que podía hacerla cambiar de opinión sólo porque la deseaba. ¿No era eso lo único que él quería? La deseaba, ella también lo deseaba, de modo que para él no había ningún problema.

Se bañó y se puso un camisón con los movimientos lentos y medidos de una autómata, pero tardó horas en conciliar el sueño. Los crueles pensamientos no la abandonaban, se retiraban durante un instante para retornar con nuevas fuerzas.

A la mañana siguiente, fue al trabajo a pesar de que estaba agotada. También tenía náuseas, pero trató de ocultárselas a Florrie, que la observaba con curiosidad.

Más adelante tendría que contarles a todos que estaba embarazada. Pero antes se lo diría a sus padres.

Por esa razón se obligó a parecer animada y se dedicó de lleno al trabajo, incluso logró trabajar dos horas extras. Al final, su cansancio estuvo justificado.

Algunas personas olvidaban sus penas con alcohol. Ella lo haría con el trabajo.

Entró a su apartamento donde disfrutó de la oscuridad, pero cuando Robbie se enroscó en sus piernas encendió la luz.

—Eres un gatito fiel —murmuró con tristeza—. Es una pena que no puedas convertirte en príncipe con un beso.

No se sorprendió a darse cuenta de que no podía concentrarse. Después de cinco minutos de constantes cambios de canales, desistió y apagó la televisión. Abrió un libro, pero las letras comenzaron a bailar antes sus ojos, pues no dejaba de pensar en el futuro bebé, en Román y en mil cosas pequeñas que habrían estado mejor en el olvido.

Finalmente levantó el auricular y llamó a sus padres para pedirles que fueran a verla.

Había decidido esperar para darles la noticia, pero en la soledad del apartamento le pareció conveniente enfrentar cuanto antes la situación.

Además, se sentía desesperadamente sola. Se sentía como un pozo abierto con nada adentro, con excepción del bebé y no dejaba de recordar dolorosos momentos que había pasado en compañía de Román.

Con punzante claridad, recordaba que se había ido para siempre de su vida.

Se había ido intrigado y enfadado por su repentino cambio de actitud hacia él.

No la ayudó pensar que ella no había tenido otra opción, que las circunstancias le habían dictado el camino que debía tomar.

Esperó a sus padres impaciente, sentada en el sofá, imaginando varias escenas en las que todo terminaba bien. Imaginar finales felices, aunque ficticios, la ayudaba a mitigar la angustia que la roía como si fuera un terrible virus.

Después de su desengaño con Derek, había decidido seguir su vida y mantenerse alejada de los hombres. Román le había dado una dolorosa lección; había aprendido que su aislamiento voluntario no la había liberado, al contrario, la había encerrado. Él la había liberado, pero, ¿para qué? ¿Para terminar viviendo en el territorio de la imaginación?

Se tranquilizó cuando sus padres llamaron a la puerta. Abrió la puerta y los vio preocupados, aunque ninguno de los dos dijo una palabra.

Se quitaron los abrigos y los colgaron en el perchero al lado de la puerta.

—¿Qué pasa, Samantha?

Sammy miró a su madre y trató de esbozar sin éxito una sonrisa. Eso no los engañó. Su padre le agarró la mano y le dio una palmadita cariñosa.

—¿Qué te pasa, criatura? —preguntó con amabilidad—. ¿Estás endeudada? ¿Cairns ha vuelto a molestarte?

Sammy lo negó con un movimiento de la cabeza y decidió comenzar por el final.

—Estoy embarazada —dijo sin preámbulo y no supo quién de los dos se sorprendió más. Hecho extraño, su madre pareció no saber qué decir. Observó a su hija, boquiabierta como si se hubiera quedado sin habla.

De pronto, los dos empezaron a hablar al unísono; su madre le

preguntó por qué no se lo había dicho antes y el padre exigió saber quién era el responsable.

Sammy levantó una mano y cuando se callaron comenzó a darles explicaciones. Román, Londres, las visitas de Román a su apartamento… les contó todo.

—¿Lo amas? —preguntó su madre y Sammy sonrió con tristeza.

—¡Desgraciado! —gritó su padre—. ¡Se ha divertido con mi chiquilla y la ha abandonado al enterarse de su estado!

—Papá, te equivocas —Sammy pensó que, de haber sido así, quizá la situación habría sido más fácil. En ese caso habría sido un accidente y ella, al menos, no habría sufrido tanto. Habría podido aceptar lo ocurrido.

—¿No? —gruñó su padre. Desde luego, te apoyaremos —la calmó su madre.

—Cuenta con ello —insistió el padre. —Pero debo decir que él me pareció un joven muy agradable. ¿Estás segura de que no has interpretado mal la situación?

—No he estado más segura de algo en mi vida —respondió Sammy.

Callaron un buen rato antes de que su madre murmurara:

—Tendré que comenzar a tejer. —Quizás deberías volver a casa. Allí, mamá podrá cuidarte mejor.

Tu padre tiene razón, Samantha.

Sammy los oía hablar. Comprendió que su madre, después de haber digerido la noticia, comenzaba a contar los días que le faltaban para ser abuela otra vez.

—No soy de porcelana —comentó Sammy y rió titubeante por primera vez desde que Román había salido de su apartamento—. No necesito irme de aquí. Sólo soy una mujer embarazada y el mundo está lleno de ellas.

—Pero sólo tú eres nuestra hija —recalcó su padre. Sammy preparó café y lo sirvió con galletas. Era evidente que ellos pensaban mimarla y Sammy estaba dispuesta a disfrutarlo al máximo. Asintió cuando su madre sugirió que le prepararía comida cada semana. Sé lo que voy a decir es algo delicado, Samantha dijo lentamente su padre—. ¿Ha comentado algo sobre la posibilidad de pagar el sustento de la criatura?

—No exactamente, de hecho, no.

—¡Él te abandona estando tú embarazada y se niega a ayudar con la manutención de su hijo! —frunció el ceño.

—Hija —murmuro su madre—. Sena estupendo tener una nieta.

—Román no sabe que estoy embarazada —Sammy se movió con torpeza—. Y no se lo pienso decir —añadió con testarudez para evitar que sus padres protestaran. Comprendía que ellos no estaban de acuerdo, pero ella se mantendría firme al respecto—. Él no me ama —explicó—. Sería injusto echarle todo esto encima.

—Más injusto es no decírselo —contestó su padre, pero, afortunadamente, no siguió insistiendo.

Sus padres intercambiaron miradas y Sammy supo exactamente lo que estaban pensando. Pensaban que, con el tiempo, recobraría la cordura y comprendería que debía decírselo a Román.

Desde luego, estaban equivocados, pero Sammy no quiso dar más explicaciones. Con el tiempo, sus padres tendrían que aceptar su decisión.

Sammy dirigió la conversación al tema seguro de la ropa y los nombres del futuro bebé y, de pronto, llamaron a la puerta y ésta se abrió. El aire helado de la noche se filtró junto con unos copos de nieve.

Los padres de Sammy se volvieron y ella, incrédula, observó a la persona que estaba en el umbral.

Capitulo l0

Román al presentir lo tenso que estaba el ambiente, observó a Sammy con curiosidad.

—¿He venido en mal momento?

—Sí —respondió Sammy.

—Joven —intercaló el padre de Sammy, poniéndose de pie e ignorando la mano que Román le ofrecía—. Si yo fuera un poco más joven…

—Román —intercaló Sammy desesperada, deseando que la tierra se abriera y se la tragara—. Quizá puedas volver más tarde.

Su madre había tirado de su marido para sentarlo en el sofá y le dirigió una mirada severa para que recordara lo que Samantha les había dicho.

Román se quitó el abrigo y la chaqueta, al parecer, dispuesto a quedarse a pesar de la tensión y de la súplica en el rostro de Sammy.

Su madre observaba a Román y su padre hacía lo mismo, pero con franca hostilidad.

—No sé que les había dicho Sammy de mí, pero sospecho que no se trata de un cuadro halagador —comentó Román.

—En eso tiene usted razón, joven.

—¿Qué les has dicho? —fijó sus ojos verdes en el rostro encendido de Sammy y ella respiró hondo. Román la miraba con interés y sus padres lo miraban a él con más curiosidad todavía.

—Sólo les he dicho que ya no estamos saliendo juntos— balbuceó.

—Sería más exacto decir que has cortado conmigo.

—¿Samantha? —preguntó su padre a manera de advertencia.

Como ella no contestó, Román asintió para sí y se acercó a ella. De manera automática, Sammy dio unos pasos atrás y rió para sus adentros. ¿A qué le temía? Román no iba a atreverse a hacerle nada delante de sus padres.

—Señor Borde —dijo Román, mientras se sentaba en la única silla desocupada—. He perseguido a su impetuosa y cabezota hija y como ven, sigo haciéndolo, a pesar de que ella trata de alejarme.

—¡No soy impetuosa ni cabezota! —gritó Sammy.

—Eres una bruja —respondió él con calma.

—En eso tiene usted razón —aceptó su padre y, durante un momento, pareció olvidar su hostilidad—. Siempre ha sido muy exaltada.

Sammy se cruzó de brazos y siguió la conversación con atención. Vio que incluso en esa extraña situación Román comenzaba a ejercer su encanto. Hablaba de ella como si no estuviera presente y, lo peor era que su padre lo incitaba a seguir porque estaba de acuerdo con todo lo que Román decía.

—Perdonad —dijo Sammy, irritada—. Siento interrumpiros, pero no te hemos invitado a pasar, Román y te agradecería que te fueras.

—Espera un momento, Sammy —dijo con firmeza su padre—. Creo que debemos aprovechar esta oportunidad para averiguar qué ha pasado entre este par de jóvenes.

—No es posible porque Román se va a ir y, además, no es tan joven.

Román soltó una carcajada y Sammy notó que sus padres se

ablandaban un poco más.

—Tengo la suficiente edad para saber que Sammy necesita a un hombre como yo —dijo Román muy serio.

Sammy quiso gritarle que era un puerco. ¿Qué juego se traía entre manos? ¿Trataba de dar la impresión de ser un hombre responsable cuya única misión en la vida era cuidarla? ¡Los dos sabían perfectamente lo que quiso decir al declarar que ella necesitaba a un hombre como él!

Román continuó habiéndoles a sus padres de su trabajo, de sus planes, de los cambios que había hecho en Thurston Manor, pero sobre todo de ella. Disgustada. Sammy oyó que los invitaba a ver su mansión porque ya habían terminado los trabajos de renovación.

—Sería agradable —comentó la madre de Sammy entusiasmada —. ¿No te parece, Samantha?

Dios, lo único que le faltaba era que su madre empezara a imaginar una relación que no existía. Por la forma en que Román les hablaba, iban a pensar que él era la inocente víctima de aquel triste asunto. No.

Román la miraba como si se sintiera triunfal. Era evidente que a sus padres se les hacía difícil pensar que él era el ogro que Sammy les había descrito. Sammy sabía lo que sucedería si Román permanecía un segundo más allí. Su madre la llamaría a la cocina y le diría que había tenido razón al decirles que Román era encantador, tal como habían pensado cuando había comido con ellos, y luego se dedicaría a hacer el papel de casamentera.

Con rebeldía. Sammy pensó que no resultaría. Era posible que Román lograra engañar a sus padres, pero ya no la engañaba a ella.

—Estoy muy cansada —dijo en voz alta para interrumpir la conversación—. Ya es hora de que la fiesta termine.

—Por supuesto, cariño —repuso su madre en tono tranquilizador —. Te comprendo, vámonos, Walter, no queremos cansar a Samantha.

—¿Cansarla? —preguntó Román, mirando a los padres de Sammy y ésta gimió para sus adentros.

«¡Muchas gracias, mamá!, ¿por qué no gritas a los cuatros vientos que estoy esperando un niño?», se dijo.

—Espero volver a verlo —le dijo la señora a Román.

—Lo dudo, mamá —Sammy esbozó una sonrisa.

—Estoy seguro de que volveremos a vernos, señora Borde —repuso Román y Sammy lo miró con irritación.

Todos estaban de pie al lado de la puerta y Sammy volvió a la sala para tomar el abrigo y la chaqueta de Román.

—No te olvides esto.

—No te preocupes, no se me ha olvidado. Pero de momento no lo necesito —volvió a dejar sus cosas encima de la silla y Sammy deseó gritar. Quería patalear, obligarlo a que se fuera porque el simple hecho de pensar que se iba a quedar a solas con él bastó para debilitarla.

Sus padres los observaban con curiosidad y Sammy les dirigió una débil sonrisa.

—Debes decirle lo del bebé —le susurró su madre al oído cuando Sammy los acompañó al coche. Sammy se volvió para mirar a Román que se había quedado en el umbral.

—Lo haré cuando el infierno se congele y las vacas tengan alas —respondió también al oído de su madre.

—No seas terca, Samantha. Román es un hombre agradable, te tiene cariño y merece saberlo.

Sammy no dijo nada porque no tenía nada más que decir. No quería discutir con sus padres.

—Os veré el domingo —dijo en voz alta para que Román la escuchara.

—Muy bien, querida —respondió su madre con resignación—. Pero piensa en lo que te he dicho. Es un hombre decente y estoy segura de que te apoyará. Es posible que hayas reaccionado exageradamente y que te hayas dejado llevar por dudas y recelos absurdos. El embarazo puede causar tensión, si lo sabré yo…

Sammy prometió hacerlo, aunque no lo haría. Pensaba deshacerse de Román lo antes posible, mudarse de casa, cambiar de empleo, en fin, hacer todo lo necesario para asegurarse de que Román no pudiera volver a arruinarle la vida.

Observó alejarse el coche de sus padres y despacio, volvió al apartamento.

Román estaba sentado en el sofá y Sammy, pensó que parecía estar muy a gusto.

—¿Para qué has vuelto? —preguntó Sammy intentando no perder el control—. ¿No he hablado suficientemente claro? No

quiero verte. ¿Qué más puedo decir? ¿Tengo que ponerlo por escrito?

Román cambió pronto de expresión.

—No estoy acostumbrado a que me echen, Sammy. Me pone de mal humor así que no incites a tu suerte con sarcasmos.

—¿No te gusta que te echen? —se burló—. Pobrecito. El corazón me sangra por ti.

—Basta, Sammy.

—Diré lo que me plazca —continuó Sammy—. ¡Por si no lo sabes, estás en mi casa! Si no te gusta que te echen, hay una solución. Deja de perseguirme.

—¡No puedo dejar de perseguirte! —le gritó con el rostro encendido.

Sammy lo miró fijamente y sintió que el corazón le daba un vuelco. Román parecía estar incómodo, como si estuviera obligado a decir algo que no deseaba decir. Un rayito de esperanza iluminó un rinconcito de su corazón, pero se dijo que su reacción era absurda porque estaba buscando algo que no existía.

—Puedes, pero no quieres. No te gusta que una mujer te rechace. ¡Te encantaría que yo fuera la que tuviera que irme cuando tú quieras cortar la relación!

Inesperadamente, Román se puso de pie y se acercó a la ventana; miró hacia afuera.

Sammy podía ver que apretaba la mandíbula y quiso saber qué pensaba, pero decidió que realmente no le gustaría saberlo.

—No es cierto —murmuró él sin volverse.

A Sammy le temblaban las manos. Levantó las tazas de la mesita, y colocó los cojines en el sofá, deseando poder continuar ocultando sus verdaderos sentimientos.

Por el rabillo del ojo vio que Román se volvía hacia ella.

—¿Qué quieres que diga?

—No quiero que digas nada —mintió—. No hay nada que decir. En asuntos relacionados con hombres es muy posible que yo sea una ingenua y tú lo sabes —añadió sin piedad—. Pero no soy tan tonta como para no saber que sólo soy una de tus muchas mujeres. ¡Con razón eres tan orgulloso! Estoy segura de que cuando tenías cinco años ya te perseguía una fila de niñas dispuestas a hacer lo que tu quisieras. ¡Bueno, pues yo no me veo en ese papel, esperando

a que encuentres algo mejor!

—¿Qué pasaría si no apareciera nada mejor? —se acercó a ella y la obligó a sentarse a su lado en el sofá.

—Me comeré mi sombrero.

—No tienes sombrero.

—¿Cómo lo sabes? —gritó y se obligó a dominar sus ridículas ganas de echarse a llorar—. ¡Es posible que tenga un armario lleno de sombreros y tú no lo sepas!

—Eres adorable —antes de que ella pudiera responder, Román la estaba besando con tanta pasión que casi no le permitía respirar. Sammy intentó soltarse, pero Román seguía agarrándola con fuerza y no le permitía ponerse de pie para ir a resguardarse en otra parte de la habitación.

—Deja de luchar contra mí, Sammy —murmuró con voz temblorosa—. Ya basta de luchar contra nosotros.

—No hay nosotros.

—Te quiero.

Sammy se quedó petrificada.

—¿Qué has dicho?

—Me has oído perfectamente.

Sammy lo miró y deseó reír y llorar al mismo tiempo. ¿Sabía él cuánto había añorado oírle decir esas palabras?

—Te amo —repitió y con una mano temblorosa le moldeó el rostro—. Nunca se lo había dicho a una mujer y jamás pensé que se lo diría a una jovencita que no conseguía sacarme de la cabeza.

—¿Por qué no me lo has dicho antes? —preguntó pasmada.

—¿Qué pensabas que iba a decirte cuando he venido antes? ¿Cómo iba a saber me me iba a tener que enfrentar con dos padres furiosos que pensaban que soy un ser despreciable?

Sammy sonrió. Todas las defensas que había comenzado a agredir cuando había decidido que no podría tolerar la compañía de Román se derrumbaron como un castillo de naipes.

—Sólo querían protegerme.

—Creía que les había gustado cuando me conocieron. ¡Quién sabe qué piensan de mí ahora! Tiemblo al imaginar lo que puedes haberles dicho.

—Creo que tu encanto comenzaba a hacer efecto en ellos —respondió con franqueza.

—¿Te refieres al mismo encanto que dio resultado contigo? —la observó con malicia.

—Una variación del mismo.

Román le estaba acariciando un muslo y le levantó la falda con una mano para deslizar los dedos debajo de la ropa interior de encaje. Sammy se relajó. En la cabeza sólo tenía un pensamiento maravilloso: Román la amaba, la amaba y la deseaba. No le había propuesto matrimonio, pero había parejas en todo el mundo que vivían juntos sin ese lazo. ¿Qué importaba que ellos fueran una de ellas? Por supuesto, serían más que una pareja, serían una familia.

Sammy le apartó la mano a Román y suspiró.

—¿Y ahora qué, bruja?

Sammy sintió su calor.

—Tengo algo que decirte —musitó con torpeza.

—Siempre y cuando sea sólo una cosa y no tardes mucho en decirla porque tenemos cosas más emocionantes que hacer.

Volvió a deslizar la mano sobre su piel y Sammy se estremeció de placer.

—Quizá tarde algún tiempo —Sammy calló y se preguntó cómo iba a expresar lo que tenía que decir. Román le había dicho que la amaba, pero, ¿cómo reaccionaría al enterarse de que pronto sería padre?

Sammy se mordió el labio y se sentó. Deseaba verle el rostro cuando ella le revelara su estado. Román era un experto en ocultar sus sentimientos, pero ella adivinaría lo que pensaba por el brillo de sus ojos.

—¿De qué se trata, Sammy? —preguntó intrigado.

Se sentó frente a ella, con los brazos apoyados en las rodillas.

—¿Qué piensas de los bebés? —preguntó titubeante.

La pregunta lo sorprendió.

—No puedo decir que haya muchos en el mundo de las finanzas —respondió sonriendo—. Pero eso no significa que no quiera tener familia, eso me encantaría.

—¿Cuándo?

—Cuando, ¿qué?

—¿Cuándo quieres tener familia? —Sammy contuvo el aliento deseando taparme los oídos para no oír la inevitable respuesta de «dentro de cinco años» y quizá no con ella.

—Deja de hablar con acertijos —replicó molesto y entrelazó los dedos en los de ella.

—Está bien, no más acertijos. Lo diré sin rodeos, estoy embarazada —lo miró y vio sorpresa en sus facciones—. Eso no quiere decir que quiera más de ti de lo que estás dispuesto a darme. Nos amamos, pero el hecho de que esté embarazada no significa que te esté pidiendo el matrimonio. Nunca me has hablado de un compromiso y no espero que lo hagas ahora.

Sólo un reloj rompía el tenso silencio que los rodeaba.

—Estoy preparada para cuidar al bebé —continuó diciendo . Lo he pensado bien y sé que podré hacerlo.

—Voy a ser padre —murmuró Román, tumbándose en el sofá con un brazo debajo de la cabeza y mirando hacia el techo.

—Dentro de siete meses y medio.

—Pero tuvimos cuidado…

—La primera vez no.

—¿Por qué no me lo has dicho antes?

—No me parecía justo que te sintieras obligado a atarte a mí —Sammy se ruborizó.

—¿Justo? ¿Injusto? ¿Con una criatura de por medio? ¿Con mi hijo?

Sammy pestañeó y sintió que la ternura que habían compartido un minuto antes comenzaba a desaparecer. Por supuesto, debería habérselo dicho. Minutos antes le parecía imposible, pero comprendía que su debilidad había sido guardar silencio.

—Si yo no hubiera vuelto esta noche, ¿me lo habrías dicho?

—Sí, pero después del nacimiento, cuando ya estuviera trabajando otra vez —respondió.

—Muchas gracias.

—Por favor, Román —suplicó con voz queda—. Te amo.

Román la miró y sonrió.

—Eres una chica malditamente confusa.

Tiró de ella para abrazarla y besarle los ojos, donde empezaban a brillar algunas lágrimas.

—Debería abofetearte —murmuró él.

—¿Estás enfadado?

—No por el embarazo, pero sí por los motivos que has tenido para no decírmelo. Y antes de que continúes hablando, tengo que

decirte que lo que quiero hacer es casarme contigo. No estoy dispuesto a ser un padre soltero.

Una ola de euforia la invadió y Sammy trató de controlarla.

—No necesitas…

—Si hubieras esperado un poco más… —le acarició el vientre— … te habrías dado cuenta de que de todos modos te lo propondría. Sé que no necesito hacerlo, pero quiero que así sea. Lo deseo como no he deseado otra cosa en mi vida. Nunca había pensado en el matrimonio, pensaba que eso era bueno para otros, pero no para mí. No me interesaba. Ah, sí, pensaba que, a su debido momento, me casaría con la mujer indicada para tener hijos y proporcionarme compañía, pero aparte de ese vago pensamiento nunca había dejado que la idea se infiltrara en mi mente. Es decir, hasta que te conocí.

Sammy se apoyó relajadamente en él.

—¡No te creo! —se burló mientras deslizaba los dedos por el rostro de Román.

—Más te vale creerlo, brujita. Cuanto te ví la primera vez en la oficina de Hugo, testaruda, rebelde y llena de fuego, tuve el incontrolable deseo de levantarme para besar tu boquita decidida. Al principio, creí que esa atracción se debía a la curiosidad. No te pareces a ninguna de las mujeres con las que he salido. De hecho, hubo un momento en el que pensé que ibas a pegarme. Pero al cabo de un rato, comprendí que te habías metido en mi vida para siempre. Podía hablar contigo como nunca lo había hecho con nadie.

Sammy rió. Me alegro de que sintieras lo mismo que yo. Al principio quería tocarte, acariciarte y antes de que pudiera darme cuenta eso se convirtió en un irresistible deseo de acostarme contigo para dominar un poco tu energía. Cuando estuvimos en la fiesta, me resultaba difícil concentrarme en lo que Yvonne me decía. Te seguía por todas partes con la mirada. Recelaba de todos los hombres que se acercaron a ti.

—Y yo pensé que tú e Yvonne erais la pareja perfecta.

—¿Estabas celosa?

—Sí.

Sammy le lamió seductoramente los labios y él gimió antes de besarla con pasión.

—¿Has terminado de hablar? —murmuró ella con voz seductora

—. Antes has dicho que tenemos cosas mejores que hacer.

FIN